Juan Bautista Rivarola Matto

LA ABUELA DEL BOSQUE

ARANDURÃ
EDITORIAL

Juan Bautista Rivarola Matto

La abuela del bosque

Novela

ARANDURÃ
EDITORIAL

–I–

–¿Qué le parece, señor juez? En este corredor, mirando al río, me acomodo por las noches a beber una cañita después de cenar. Es un buen sitio para aguardar al sueño, que tarda en venir cuando uno se pone viejo y tiene demasiadas cosas para recordar.

–El paisaje iluminado por la luna llena es muy hermoso; pero este mirador en el borde de la barranca, sobre un precipicio, me da vértigos. Debió haber puesto una baranda.

–En el Alto Paraná los pies se acostumbran a pisar donde es debido; un error puede ser el último.

–¡No afloja el calor!

–Las noches suelen ser frescas, aun en verano; pero ahora hay amenazo, se prepara un temporal, hasta la luna parece sofocada. Siéntese usted.

–Gracias, don Marciano.

–Allí no, use el otro sillón.

–¿A quién lo tiene reservado?

–A la muerte o al diablo; o acaso a una mujer a la que espero contra toda esperanza... El whisky y el hielo son para usted, sírvase a su gusto.

–Un trago me vendrá bien, fue un día pesado.

–¡A su salud, señor juez!

–¡A la suya, don Marciano!

–Ni un soplo de viento, todo está como muerto.

–No se engañe, escuche con atención, aquí el silencio tiene voces. El río parece inmóvil, pero es un torrente formidable, que se precipita por un cañón de piedra que lo oprime y encauza como la fatalidad. Ahora retumba sordamente, se agita y retuerce en su lecho como una hembra en celo. Aguarda al huracán.

–Es cierto, ahora puedo oírlo...

–Según los indios, todas las cosas hablan y su lenguaje es comprensible si se las escucha con atención.

–Hay como un murmullo que parece salir de todas partes.

–Como a los instrumentos de una orquesta sinfónica, se aprende a distinguir los ruidos del bosque. Atienda usted: los árboles retiemblan, crujen; maúlla el gato onza; silba tenso el carpincho; gritan las aves nocturnas. Hace algunos años hubiera oído también rugir al tigre, que en noches de amenazo no mata para saciar el hambre sino por desahogar su furor.

–¡A la pucha, don Marciano, por su modo de hablar seguro que es guaireño, y poeta, que es como decir la misma cosa!

–Guaireño soy, de la docta Villarrica de principios de siglo; en cuanto a lo de poeta, de poeta y de loco todos tenemos un poco. A su edad escribía versos, versos desesperados cuya destinataria nunca podrá leer... ¿Cuántos años tiene usted, señor juez, si no es indiscreción?

–Veinticinco, don Marciano; y no me diga "señor juez"; llámeme Francisco, o Pancho, si lo prefiere.

–Le diré Francisco, no está bien tratar de "Pancho" a todo un señor juez.

–Juez de instrucción nomás, don Marciano; y le haré una confidencia: este es mi primer caso.

–¡Caramba, lo felicito!

–¿A quién sino a un novato lo iban a comisionar a estos montes?

–Y aquí es usted el primero que actúa in locus, como dicen los letrados. Me imagino la cara que puso el comisario cuando lo vio llegar.

–Sí, para él fue toda una sorpresa; a mí también me extrañó que no me esperara. Cuando le hice avisar a usted por radio que vendría, supuse que se lo haría saber al comisario.

–Tal vez debí hacerlo, pero no lo hice.

–¡Es usted un diablo, don Marciano!

–El diablo sabe por diablo, pero más sabe por viejo.

–Encontré al sospechoso molido a palos, semidesnudo, estaqueado en el sol, con las hormigas y los tábanos cebándose en él. Pero me abstuve de hacer reproches al comisario, que parecía sinceramente convencido de que no había hecho otra cosa que cumplir con su deber. Me limité a ordenar que lo soltaran y le diesen de comer y beber.

–Ha obrado cuerdamente. Lo que usted ha visto no es nada comparado con las atrocidades que antes eran comunes en el Alto Paraná. Sin algo que la sujete la crueldad humana es monstruosa; el diablo la envidiaría.

–Para eso está la ley, don Marciano.

–Supongo que sí, señor juez; pero debe estar cansado del viaje, ¿no quiere irse a dormir?

–No, gracias, hace demasiado calor. Si me lo permite, prefiero relajarme un poco en su compañía. Tal vez mañana vea las cosas con mayor claridad.

–Según el comisario el caso está resuelto: Alejo Benítez es el asesino de la señorita Alicia Santos.

–No es tan simple como cree el comisario. Desde el punto de vista procesal no se ha probado nada. A Alicia la encontraron muerta en el remanso de un arroyo, con signos de que habían intentado violarla. La causa de la muerte fue un golpe que se dio en la cabeza al caer sobre una piedra, probablemente en el curso de la

lucha con el agresor o los agresores; pero también pudo haber sido un accidente, con o sin la participación de terceros.

–¿En qué se basa entonces el comisario para acusar a Alejo Benítez?

–¿No se lo ha dicho?

–Sí, pero me gustaría saber lo que le ha dicho a usted.

–Alejo solía acompañar a Alicia en calidad de guía cuando ella se internaba en el bosque, para realizar investigaciones antropológicas en los caseríos indígenas y en los trabajados de los peones paraguayos.

–¿No le dijo que también solía ir sola, armada solamente de un cuaderno y una máquina fotográfica?

–Sí, me lo ha dicho. Esos objetos fueron hallados cerca del cadáver.

–Muchas veces le advertimos a Alicia que andar así era muy peligroso. El comisario le ofreció una escolta de soldados de policía. Ella no aceptó alegando que le haría perder la confianza de sus amigos, que le hablaban sin recelo de sus vidas, de sus creencias, de sus mitos.

–Por lo visto era una chica muy valiente.

–No tenía noción del peligro; creo que si se hubiera encontrado con un tigre se hubiese acercado a acariciarlo como si fuera un gatito, y el tigre, desconcertado y complacido, se hubiera puesto a ronronear.

–¿La conoció usted bien?

–Claro, me visitaba a menudo. Sentada en el mismo lugar en que ahora usted se encuentra, solía pasar noches enteras escuchando, con el alma en un hilo, como si se tratara de lo más interesante del mundo, mis aburridas historias de viejo memorioso.

–¿Cómo era ella?

–Sin ser hermosa era bonita; menuda, vivaracha, confiada y alegre, con un corazón grande como una casa, pero con un carác-

ter firme y una voluntad de hierro. Le ofrecí las comodidades de mi casa, pero ella prefirió alojarse en un rancho, con la familia de un peón. Como no podían entenderla, la gente no la tomaba muy en serio y pensaba que era un poco tilinga.

–¿Y usted, don Marciano?

–La quería mucho, más de lo que me imaginaba, su muerte ha sido un duro golpe para mí, que ha abierto viejas heridas y del que no acabo de reponerme. Me culpo de no haber intervenido a tiempo para evitar una desgracia que era por demás previsible. En la vejez uno se inclina por encogerse de hombros y dejar que ocurran las cosas como si ya no le incumbieran; pero resulta que no es así: mientras se vive se está expuesto al dolor.

–¡Dios mío, qué fue eso!

–Es el lamento de un urutaú.

–¡Es desgarrador!

–Sí, hiela la sangre, oprime el corazón... ¿No lo había oído antes?

–Nunca, me crié en la capital.

–Espero que jamás lo escuche dentro de sí mismo. El urutaú fue un hombre que, aturdido por sus pasiones, dejó que se perdiera lo que más amaba en el mundo. Condenado por su propia conciencia, se convirtió en un pájaro que llora por las noches aferrado a la copa de los árboles muertos. El padre Ñamandú, Verdadero el Primero, en una de sus visitas a esta morada terrenal imperfecta, conmovido por el llanto del ave, le perdonó el pecado cometido. Pero el urutaú no puede perdonarse a sí mismo, y seguirá llorando hasta que Ara-yaryi, la Abuela del Tiempo, le conceda el olvido.

–Es una hermosa leyenda... Pero, volviendo a nuestro asunto, ¿qué me puede decir de Alejo Benítez?

–Lo conozco muy poco; no trabaja en mi aserradero sino en un obraje propiedad del padre de Alicia. Según el capataz, es un mozo retobado pero guapo; esto es, díscolo pero trabajador. Se le

respeta, es decir, se le teme. Alicia solía hablarme de él con entusiasmo algo excesivo.

–Muy interesante. Según declaran varios testigos, en la mañana del día en que ocurrió el hecho, pese a los ruegos insistentes de Alicia, él se negó a acompañarla. Tuvieron un altercado. Ella le hizo amargos reproches, le amenazó con hacerlo despedir, le dijo que al fin y al cabo no era más que un miserable peón. Entonces Alejo le dio la espalda y se metió en el monte. No fue visto hasta el oscurecer, cuando regresó a su casa. Lo primero que hizo el comisario después de que se descubrió el cadáver de Alicia, fue buscar a Alejo Benítez. Lo encontró en su rancho, completamente borracho, hablando incoherencias, siendo como es un individuo habitualmente sobrio. Tenía en su poder un medallón de oro con el nombre de Alicia grabado en el reverso. Nada de esto prueba que la haya matado.

–¿Qué dice Alejo?

–Es lo que me desconcierta: no ha dicho una sola palabra desde que lo detuvieron, a pesar de que el comisario es sumamente persuasivo.

–¡Ya lo creo que lo es!

–El comisario está perplejo, nunca ha visto ni oído nada igual. Ensayé otros métodos: le convidé cerveza, cigarrillos, que aceptó de buen grado, pero no dio siquiera las gracias. Nada lo saca de su mutismo. No ha perdido el juicio, pues su mirada es inteligente; me escucha con una sonrisa contenida, entre resignada y burlona. Tal vez crea que está perdido y nada puede hacer al respecto.

–O que ya no le importa.

–No le entiendo, don Marciano.

–Perdone, hablaba para mí mismo.

–Si Alejo declara que Alicia le regaló el medallón, o que lo encontró por ahí, o incluso que lo robó, aunque no fuera verdad no habría modo de probar lo contrario. El obstinado silencio del sos-

pechoso, que ni se defiende ni confiesa, es lo que me obliga a mantenerlo en prisión hasta que se aclaren las cosas... Ahora bien, don Marciano, dígame con franqueza, ¿cree usted que Alejo Benítez asesinó a Alicia Santos?

–Mire, Francisco, en estos montes hay muchos hombres y muy pocas mujeres, las más de ellas feas como Satanás y más podridas que el agua de una charca. Una linda chica que anda sola por el bosque es demasiada tentación. Cualquiera pudo haberlo hecho. El comisario se apresuró a encontrar un culpable porque el padre de Alicia es un hombre rico e influyente. Si la víctima hubiera sido una chinita del lugar ni se hubiera molestado en hacer averiguaciones... Ni hubiese venido un juez de instrucción...

–En fin, convengo en que es cierto lo último que ha dicho. El padre de Alicia exige que se condene al verdadero culpable, no a cualquier substituto. Supongo que para eso estoy aquí.

–¡Ojalá tenga éxito!

–¿Por qué esa ironía, don Marciano?

–No he querido ofenderlo, no pongo en duda su capacidad.

–No me ofende, me intriga; y le repito la pregunta: ¿cree que Alejo Benítez mató a Alicia Santos?

–No, no lo creo.

–Entonces es inocente.

–Sólo dije que no creo que haya matado a la muchacha; pero tal vez él se cree culpable de lo ocurrido y desee purgarlo, porque intuye que le será imposible vivir con esa carga en la conciencia. Este caso, que como le dije reabrió en mí viejas heridas, me recuerda un proceso al que asistí en mi juventud, entre los indios salvajes.

–Me interesa, siempre es útil conocer un precedente.

–Es parte de una larga historia de la que fui protagonista, y temo aburrirlo.

–De ningún modo, don Marciano, la oiré con sumo interés.

–De acuerdo; pero antes haré que traigan un poco más de hielo.

–¿Quiere emborracharme?

–Al contrario, quiero beber un whisky yo también; no es peligroso como la caña, que dicen tiene un diablo adentro.

–Salud, don Marciano!

–¡Salud, Francisco!

–Así que pasó más de un año y medio en una tribu de indios completamente salvajes, ¿cómo fue a parar allí?

–Maté a tres hombres.

–¡Diablos, y lo dice así tranquilamente!

–No hay otro modo de decirlo, fue hace cincuenta años.

–En fin, supongo que fue en defensa propia.

–Podrá juzgarlo usted mismo. Si quiere hacerlo no solamente desde el punto de vista de la ley, sino también en el de la conciencia humana, ante el Tribunal del Silencio en el que el acusado ha de dar el veredicto, tendrá que escuchar mi declaración, que cubre muchos legajos, desde el principio al fin.

–¡Adelante!

–II–

Como le dije, soy de Villarrica, llamada la "docta" con alguna petulancia por los propios guaireños, y un poco burlonamente por extraños envidiosos. Está en el centro de la región oriental del Paraguay, apartada del resto del país más que por la geografía por la índole de sus habitantes, que fueron a fundarla muy lejos de donde ahora se encuentra, y regresaron trayendo su ciudad a cuestas, junto con el nombre de la lejana región de donde provenían.

Los conquistadores españoles vinieron al Paraguay en busca de El Dorado, al que los guaraníes llamaban Maitití, que significa literalmente lo mismo. Era un reino de fabulosa riqueza y organización social perfecta. Que se sepa, los únicos extraños que lo visitaron fueron Cándido y su fiel sirviente Cacambo. Los guaraníes buscaban el Yvymarae'y, la Tierra sin Mal. Al principio les fue fácil entenderse a hombres tan dinámicos y emprendedores como eran los españoles y los guaraníes. La conquista empezó por ser una alianza.

Los guaraníes eran pueblos de cultura neolítica, que tenían un patrimonio común, su idioma, que cultivaban con esmero, y que fue lengua general en la que se entendían indios de todas las parcialidades al este de la cordillera de los Andes, desde el Caribe hasta la Patagonia. Al parecer los caraivé o carió, llamados carios por los españoles, que habitaban la región de Asunción, eran los más desarrollados. Poco sabemos de ellos porque se mestizaron

por completo, tanto biológica como culturalmente, dando origen a lo que es hoy el pueblo paraguayo. Esto viene a cuento porque tengo la fundada sospecha de haber convivido con el que creo que fue el último grupo de carios que quedaba en este mundo.

Los conquistadores llegaron a considerarlos españoles, no fueron repartidos en encomiendas, establecieron con ellos sólidas y duraderas relaciones de parentesco; lo cual no les impidió que se enfrentaran en sangrientas batallas. Al término de estas, una parte de los indios se avenía a hacer la paz, mientras otras se internaban en los bosques. En 1599 se había completado el mestizaje y prácticamente no quedaban españoles peninsulares en el Paraguay. Entonces los mestizos fueron reconocidos, por disposición del virrey del Perú, españoles con derecho a acceder a los oficios de justicia y república, caso único en la legislación de Indias.

Villarrica había sido fundada treinta años antes, en 1570, a doscientas leguas de su asiento actual, a medio camino de la mar océano, que entonces todavía se llamaba Mar del Paraguay. Lo hicieron el formidable andaluz Rui Díaz de Melgarejo y cuarenta esforzados hijodalgos bastardos, mestizos mancebos de la tierra, tras abrirse camino por bosques y montañas. Su objeto era evadirse de la jurisdicción de Asunción, regida por conquistadores achacosos y pendencieros del partido del finado capitán Vergara, como llamaban al genial conquistador vizcaíno Domingo Martínez de Irala, cuyos yernos y entenados acaparaban oficios y beneficios en la paupérrima Provincia, en la que sólo abundaban la comida y las mujeres hermosas.

Alucinados por el oro y por el mito de la Tierra sin Mal, igualmente inhallables, al trazar la ciudad y repartirse encomiendas imaginarias, creían fundar un reino del que ellos serían los únicos señores; pero, en el siglo que siguió, Villa Rica del Espíritu Santo, acosada por bandeiras de mamelucos paulistas, feroces cazadores de esclavos descendientes de marranos portugueses, fue

retrocediendo de asiento en asiento desde los dominios del cacique Coraciverá hasta hacer alto definitivo al pie del cerro Yvytyrusú, en el corazón de la tierra de donde habían salido sus fundadores, y a la que regresaba con las ilusiones perdidas, convertida en una extraña y poseída de una fatiga histórica de la que nunca se recuperó.

En trescientos años en Villarrica no pasó absolutamente nada que trascienda lo anecdótico. No intervino en disturbios y rebeldías como Asunción, la díscola, en la época colonial. No participó en la revolución de los comuneros ni en la independencia. La guerra contra la Triple Alianza, que aniquiló al Paraguay, llegó a Villarrica cuando ya había terminado, y los guaireños fueron los únicos paraguayos que ofrecieron al invasor el pan y la sal. Es uno de los pocos lugares del país donde nunca se libró una batalla. Mi ciudad es un criadero de pedantes, jurisconsultos, historiadores, oradores, poetas y literatos como de héroes el resto del Paraguay, heroico por antonomasia.

–¿De qué se ríe, don Marciano?

–Me estoy saliendo por completo del asunto. Como todo guaireño he comenzado mi discurso hablando de Villarrica en términos rimbombantes, venga o no a cuento.

–Siga nomás, me gusta oírle.

–¡Si me oyeran mis compueblanos me ahorcarían!

El Guairá fue la única región del Paraguay que no devastó la Guerra Grande. Mientras en el resto del país se incorporaban voluntariamente a filas niños de diez años que combatían como leones, no pocos guaireños se emboscaron prudente y sabiamente en el Yvytyrusú. Mediante eso allí no fue tan grande la hecatombe

humana y la catástrofe cultural. Después de la guerra, el Guairá revitalizó el alma de la nación destruida.

Allá fueron a afincarse algunos inmigrantes extranjeros particularmente bien dotados. Entre ellos mi padre, un caballero español muy ilustrado, que ya no era joven cuando llegó a Villarrica. Casó con una niña de la mejor sociedad guaireña, cuya familia entronca con los primeros fundadores. Por el lado de mi madre soy pues un aristócrata de prosapia india y andaluza; y creo que también por el lado de mi padre, que decía estar emparentado con un conde de no sé dónde.

Inspirado en el anarquismo, mi padre predicaba una suerte de socialismo fantástico, lo cual no le impidió amasar como tendero una respetable fortuna, y ser miembro conspicuo del Club Social.

Era un hablista extraordinario, sus conferencias se hicieron famosas, y en esto competía con oradores nativos de igual fuste. En Villarrica se hacía poco, pero se leía y hablaba mucho. Los estudiantes del Colegio Nacional frecuentábamos por entretenimiento a los clásicos griegos y latinos, y había algunos que recitaban de memoria a Virgilio en su idioma. Y desde luego, multitud de novelas francesas, inglesas, rusas y españolas. Reinaba la poesía romántica, pero el modernismo, tardíamente, comenzaba a tener acólitos; yo, entre ellos. A las chicas educadas había que conquistarlas con bien rimados versos; a las mocitas del pueblo, con endechas en guaraní, que el guaireño Marcelino Pérez Martínez había elevado a la categoría de lengua literaria con su inmortal poema "Rojhechagaú". Y todo esto matizado con reideros chismes y comidillas de aldea. A los dieciocho años yo llevaba una existencia casi idílica. Maldecía a mi padre que me obligaba a permanecer algunas horas detrás del mostrador de la tienda, o llevando libros de contabilidad en el escritorio.

Quería mucho a mi padre pero no lo tomaba muy en serio. Era un hombre ya viejo, un poco extravagante, que aburría con sus prédicas libertarias que poco tenían que ver con su manera de vivir y de administrar el negocio. Para su mejor ilustración le diré que era física y temperalmente parecido a don Ramón del Valle-Inclán. Hacíamos juntos frecuentes viajes a la capital, donde invariablemente visitábamos a su compatriota y correligionario Rafael Barrett, que había provocado una tempestad con una serie de artículos, luego publicados en folleto, titulados "Lo que son los yerbales". En ellos se hace una apasionada denuncia de la cruel explotación de los trabajadores en los yerbales y obrajes de las selvas.

El peonaje, "forma disfrazada de la esclavitud", como la llamaba mi padre, citando a Carlos Marx, comenzó en el Paraguay después de la guerra contra la Triple Alianza. Hasta entonces se había aplicado el criterio de que los productos espontáneos de la naturaleza pertenecen a la nación, cualquiera sea la propiedad en que se encuentren, por lo que eran explotados exclusivamente por cuenta del Estado. Pero después el país, derrotado, ocupado, desmembrado y gobernado por personeros del enemigo, fue puesto en subasta pública. Se vendieron a vil precio inmensas extensiones de tierra a empresas extranjeras de intereses depredatorios. Al mismo tiempo los campesinos fueron despojados de las suyas, con lo cual se creó un proletariado para explotar los latifundios. Con el objeto de imponer disciplina a quienes hasta poco antes habían sido granjeros independientes, relativamente prósperos, se sancionaron leyes que otorgaban a los patrones la facultad de obligar por medios violentos, que les permitía hasta matarlos, a cumplir sus contratos de trabajo. Las autoridades colaboraban activamente para que tales leyes se aplicaran. En los territorios anexados por el Brasil y la Argentina se usaron de hecho las mismas prácticas que en

el Paraguay. Mi padre sostenía que era una venganza contra el pueblo paraguayo, que había luchado en la guerra con un heroísmo sin parangón en el mundo.

Rafael Barrett, un español que comprendió y amó al Paraguay como acaso ningún paraguayo lo comprendió y amó jamás, fue el primero en denunciarlo con su prosa apasionada y brillante, que dio origen a toda una literatura al respecto; y, sobre todo, despertó la conciencia social que acabaría con esos males, al menos en sus formas más inhumanas y perversas.

Yo admiraba a Rafael Barrett como escritor; pero, con la irreverencia propia de la juventud, lo consideraba personalmente, como a mi padre, un tanto extravagante. Esto me hizo perder la oportunidad, el privilegio, de conocer mejor a aquel hombre extraordinario, cuya figura se agiganta conforme transcurre el tiempo.

Prefería aprovechar mis estadías en la Asunción para jugar al señorito en compañía de mi primo Eulalio, en cuya casa nos alojábamos. Concurríamos al igual que toda la dorada juventud a saraos y tertulias de buena sociedad, a bailongos de a cinco la puñalada en el suburbio Ycuá-satí, a las mancebías de buen tono y a los quilombos de mala muerte. Y también a cantar románticas serenatas. Acabábamos en alguno de los muchos selváticos baldíos que había entonces, cantando "La Magdalena" fatídica, prohibida desde el púlpito porque evocaba a una célebre pecadora de posguerra, que se aparecía danzando envuelta en tules transparentes, para acabar convirtiéndose en un horrible esqueleto.

Para estas andanzas había persuadido a mi padre, quien dicho sea de paso era muy amarrete, que me comprase ropa adecuada, en la que me moría de calor, porque era de casimir inglés. Mi primo Eulalio me prestaba un revólver, prenda de vestir tan indispensable como el pañuelo. Rafael Barrett, que consideraba a los

paraguayos de natural sosegado y sencillo, se burlaba de esta costumbre y los comparaba con Tartarín de Tarascón.

A cuatro décadas de la Guerra Grande el país tenía apenas medio millón de habitantes. La hecatombe había sido tremenda. Recuerdo de memoria lo que Rafael Barrett escribió al respecto:

"Esta es la nación más joven del mundo; nación de resucitados, no de convalecientes. Todo aquí es nuevo, empezando por los hombres. Nación sin viejos, sin recuerdos casi. El aniquilamiento no igualado en ninguna época, fue absoluto; el hachazo formidable. La raza fue ajusticiada; los bordes de la herida, altos como un precipicio, no se soldaron nunca, y un pueblo, por espontánea generación, nació en un mar de sangre".

Ese pueblo, que había perdido todo menos el honor, comenzaba a reivindicar para sí una de las epopeyas más conmovedoras de la historia humana. Estaba en pleno auge la polémica entre los que renegaban del pasado y quienes lo exaltaban. La nación paraguaya estaba recuperando su voluntad de ser, pero el Paraguay parecía una empresa imposible.

Esta parte de mi relato, que me temo se está yendo demasiado por las ramas, ocurre entre 1908 y 1911, en plena anarquía. Los gobiernos cambiaban de un día para el otro, estallaban cruentas revoluciones campales. Terminó en mayo de 1912 con la muerte del coronel Albino Jara en la batalla de Paraguarí; pero, para entonces yo estaba refugiado en una tribu de indios salvajes.

En Asunción conocí a muchas personas importantes y me hice de muchos amigos. A algunos de éstos los volví a ver en vísperas de una batalla, mientras otros, en el bando contrario, se preparaban a atacarnos.

Asunción tendría por entonces unos treinta mil habitantes. Ella y Villarrica, que tenía diez mil, eran las dos únicas ciudades del Paraguay. No rivalizaban, pero cada una tenía sus propias características.

Había guaireños en todos los bandos; pero, dentro de Villarrica se participaba solamente con discursos, mientras en el resto del país se hacía a balazos. Yo me moría de ganas de intervenir en las contiendas, como ya estaban haciendo muchos de mis compañeros de colegio. En esos tiempos era muy natural tomar partido y empuñar las armas en pro de la divisa elegida. Pero a mí me faltaba un pretexto, un motivo, una bandera. Mi padre, fiel a sus ideales libertarios, al igual que Rafael Barrett, que había sido expulsado del país, condenaba aquellos fratricidios como crímenes contra la humanidad.

Las cosas cambiaron cuando el coronel Albino Jara instauró su efímera, desaforada y pintoresca dictadura militar. No habían pasado tres meses cuando estalló en el norte, en Concepción, un movimiento revolucionario encabezado por Adolfo Riquelme; y otro en el sur, en Caí-puente, a unos ciento cincuenta kilómetros de Villarrica, dirigido por el capitán Brizuela.

Albino Jara, mientras se preparaba para combatir a Riquelme, envió contra Brizuela al sádico coronel Matías Goiburú con el grueso de la infantería.

Sería media mañana cuando se detuvieron en la estación de Villarrica trenes cargados de tropas hasta en los techos. Corrimos a verlos, atraídos por la novedad. Pensamos que seguirían de largo, pero empezaron a descender, a formar y a hacer su entrada en la ciudad. El coronel Goiburú había resuelto pasar allí la noche para dar descanso a sus soldados, antes de atacar a los rebeldes atrincherados en Caí-puente.

Al coronel Goiburú se le atribuían toda suerte de atrocidades. Ya siendo cadete en Chile se había destacado en la represión de una huelga de mineros del carbón. Todas estas cosas se sabían, y probablemente se exageraban, porque las guerras civiles en el Paraguay eran caballerescas comparadas con las que se libraban

en el resto de América Latina. Las postales amorosas y las cartas de amor podían cruzar las líneas sin ninguna dificultad. Salvo casos aislados, no se mataba ni se maltrataba a los prisioneros. Era muy raro que las tropas cometieran desmanes o actos de pillaje. Pero, justamente porque eran excepcionales, cuando estas cosas ocurrían causaban indignación.

El coronel Matías Goiburú era considerado una especie de Atila.

Sin embargo, como la hospitalidad guaireña no hace distinción de banderías, el Club Social, fiel a la tradición y a la costumbre, resolvió agasajar al comandante y a la oficialidad jarista con un gran banquete. Miembros conspicuos de la Comisión Directiva se dirigieron a la tienda de mi padre, para pedirle que pronunciara el discurso de bienvenida. El motivo no expresado era que ninguno de los oradores nativos quería comprometerse, por lo que pensaron que podría hacerlo un español, presuntamente al margen de las contiendas domésticas de los paraguayos.

Nunca había visto a mi viejo tan furioso e indignado, pese a que era un cascarrabias famoso. Temí que le diera un ataque. Los sacó literalmente a empellones de su oficina, gritando como un energúmeno que él jamás homenajearía a un asesino de obreros, y que si tal cosa hacía el Club Social, que dieran por presentada su renuncia indeclinable. Despotricó contra Jara diciendo que era un dictador de opereta, y cosas aún peores que se oyeron desde la calle, donde se había reunido un gentío atraído por la voz de trueno de mi padre, cuyas rabietas gozaban en Villarrica de merecida popularidad. Los notables, que eran sus amigos, procuraban calmarlo para que no se expusiese a las iras del feroz Goiburú; pero papá acabó pronunciando ante el espontáneo mitin de curiosos, un encendido discurso libertario en el que condenó los crímenes y desvergüenzas de la dictadura de Jara. Los ilustres miembros de la

Comisión Directiva se apretaron el sombrero y pusieron pies en polvorosa.

Papá estaba hablando todavía cuando apareció un sargento seguido de una docena de soldados. Dispersaron a la gente a culatazos. El sargento derribó a papá de un empellón; cuando estuvo en el suelo le dio una patada, y tomándolo del cuello lo arrastró hasta la casa donde el coronel Goiburú había instalado su comando.

El jefe jarista lo insultó con palabras soeces y amenazó con mandarlo fusilar. Mi padre le respondió en términos parecidos pero más contundentes lo que dos años antes Rafael Barrett dijo a Albino Jara:

–Sabía que usted, Goiburú, es un asesino y un canalla; ahora veo que es también un cobarde.

Goiburú no tuvo la hidalguía de Jara, que dejó en libertad a Barrett. Ordenó que lo tendieran desnudo en un banco y le sacudieran veinte sablazos en las nalgas. Esa misma noche, atado de pies y manos, lo arrojaron a un vagón de carga y lo enviaron a la capital. Estuvo preso en un cuartel hasta que, por mediación del cónsul de España y el cuerpo diplomático en pleno, lo embarcaron con destino a Buenos Aires, expulsado del país. Ya no regresaría. Murió poco después, víctima de un paro cardíaco.

Como le dije, estas cosas no se podían hacer impunemente. El Club Social dejó sin efecto el banquete. Los miembros de la Comisión Directiva se ocultaron hasta que, al día siguiente, los jaristas subieron a sus trenes y se fueron a atacar a los rebeldes atrincherados en Caí-puente al mando del capitán Brizuela.

La misma noche del día en que detuvieron a mi padre, tomé su revólver, una carabina Winchester de mi propiedad, una buena suma de dinero de la caja y el mejor de nuestros caballos. Mi madre me dio su bendición. En los momentos en que decae mi espíritu evoco su bello rostro tensado por la resolución. Era mucho más

joven que mi padre, ignoro si lo amaba, pero sabía muy bien que después de lo ocurrido no podía quedarme en la tienda detrás del mostrador. Si tal cosa hubiera hecho seguramente se hubiese sentido desilusionada de mí. Así eran las paraguayas de aquel tiempo.

–Y también las de ahora, don Marciano.

–¡Icatú mbaene, icatú mbaene! ¡Tal vez, tal vez! ... A propósito, Francisco, ¿cómo anda su guaraní? Tengo la mala costumbre, muy común en mi época incluso entre personas ilustradas, de usarlo en mi discurso junto con el español, según convenga al caso, sin asegurarme previamente de que mi interlocutor puede entenderme.

–Creo que muy bien, don Marciano; en mi casa se lo habla corrientemente; además soy muy aficionado a su estudio: leo y escribo en guaraní.

–¡Sinceramente lo felicito!

–III–

Podía elegir entre dirigirme al sur, a Caí-puente, para incorporarme a las fuerzas del capitán Brizuela; o al noroeste, a la Asunción, hacia donde marchaba, bajando desde el norte, Adolfo Riquelme con el objeto de atacar y tomar la capital. La distancia era prácticamente la misma en ambas direcciones. Pensé acertadamente que los rebeldes del sur difícilmente podrían enfrentar con éxito al coronel Goiburú, que marchaba contra ellos con la mejor infantería. Aunque lo hicieran, se trataba de una acción secundaria. la suerte de la revolución se decidiría en la capital, y hacia allá me encaminé.

Tenía cuarenta leguas por delante, pero indignado como estaba por el trato que habían dado los jaristas a mi padre; y, tanto como eso, por las ganas que tenía de convertirme en un revolucionario hecho y derecho, no tuve en cuenta ese detalle a pesar de que nunca había cabalgado una jornada completa.

Me sentía como don Quijote cuando salió a desfacer entuertos. Fantaseaba imaginándome protagonista de hazañas extraordinarias. Soñaba con regresar muy pronto a casa convertido en un héroe. No podía saber que se iniciaba para mí una larga serie de aventuras que el gran loco manchego envidiaría.

A poco andar me encontré con un grupo de paisanos bien montados, y armados del modo más diverso. Uno de ellos me reconoció. Había trabajado para mi padre en una estanzuela que te-

níamos no lejos de Villarrica. Me dijeron que iban a ayudar un poco a Adolfito Riquelme, hombre de ley que se animaba a soplar fuego nada menos que al coronel Albino Jara. Juntos cabalgamos por algunas de las regiones más bellas y feraces del Paraguay.

La segunda jornada fue la más dura para mí. El roce de la montura me había despellejado las asentaderas. Tuve que apelar a toda mi fuerza de voluntad, sostenida por el amor propio, para no desfallecer.

Esa tardecita, al bajar del caballo, mis compañeros me tiraron un poncho encima; me sujetaron fuertemente; me sacaron las bombachas y los calzoncillos; mojaron con caña blanca mis desolladas entrepiernas. Me soltaron después para divertirse viéndome dar brincos por el ardor del aguardiente en la carne viva. La cura final fue sebo de vaca fundida al fuego y aplicada sin contemplaciones. Creo que me curé por miedo al remedio.

Aunque yo era hijo de rico me daban ese trato igualitario propio de nuestros campesinos, que poco entienden de jerarquías. Tenía a mi favor el hablar perfectamente el guaraní, tocar bien la guitarra, cantar pasablemente y saber muchos cuentos. Esto último se explica porque narraba versiones adaptadas del inagotable repertorio de la picaresca española, que persiste entre nosotros mezclada con la imaginería indígena. Como usted sabe, Pedro Urdemales se llama Perurimá en el Paraguay.

Para comer nos bastaba enlazar cualquier novillo de los miles que pastaban en los campos, regalarnos con un costillar y dejar el resto a los caranchos. Lo hacíamos con naturalidad, sin fijarnos en marcas, por el derecho de requisa que nos asistía como miembros oficiosos del ejército rebelde. Nos hubiera inferido grave ofensa quien nos tratase de cuatreros. También echamos mano a unos cuantos caballos, para reemplazar a aquellos de los nuestros que venían muy cansados. Para el mío, que era un zaino criollo que papá había hecho traer de la Argentina, aquello resultó un paseo.

Fuera de estas y otras pequeñas raterías no realizamos actos de pillaje. A las lindas muchachas con las que nos cruzábamos en los caminos las llenábamos de requiebros, que ellas respondían con alegre desenfado. Si nos deteníamos en algún rancho, nos recibían amistosamente, sin temor alguno. El bandolerismo fue y sigue siendo casi desconocido en nuestro país.

Por las noches, en torno a una fogata, cantábamos bajo las estrellas; o contábamos cuentos, o nos gastábamos unos a otros bromas pesadas. En lo más duro de la cabalgata, cualquier incidente era inmediatamente satirizado con un ingenioso giro de palabras que nos hacían estallar en carcajadas y gritos de contento. Eran hombres alegres, vigorosos, intrépidos. Me embargaba una gozosa sensación de plenitud.

No se me ocurrió preguntarles por qué iban a pelear por Adolfo Riquelme contra Albino Jara, hombre si los hubo de la misma índole que ellos. Cualquiera hayan sido los motivos, tenían ocasión de disfrutar a sus anchas de ese sentimiento de estupendo señorío que sólo da la libertad.

Eran pequeños granjeros y peones de estancia. No conocían ni reconocían la servidumbre. Eran muy puntillosos en materia de dignidad personal. "Soy pobre pero delicado", era una de sus expresiones más sentidas. En el Paraguay nunca hubo mercenarios. Se tomaba partido y se lo asumía hasta las últimas consecuencias. La Guerra Grande les había despojado de bienes y prerrogativas de los que disfrutaban desde la independencia; pero la recordaban a través de los relatos de sus padres, y sobre todo de sus madres, con un intenso orgullo que no se compadecía de la derrota, del aniquilamiento de las dos terceras partes de la población del país, saqueado y desmembrado por el invasor y sus secuaces. Pronto vería a hombres que fueron como ellos condenados a la esclavitud, reducidos a un estadio inferior al salvajismo, pero que conservaban sin embargo, soberbia y trágica, la energía del espíritu.

Bajando de la cordillera de Altos nos acercábamos a Ypacaraí, cuando casi dimos de lleno con soldados de infantería que marchaban a paso redoblado, no hacia la capital, sino al norte. Apenas tuvimos tiempo de ocultarnos. Reconocí enseguida a la tropa del coronel Goiburú, y al propio jefe, jinete en un alazán, que corría de uno a otro extremo de la larga columna apurando la marcha. Caminaban alegres, animosos, poseídos de la embriaguez de la victoria.

Esa noche acampamos en una estanzuela, cuyo capataz era pariente de uno de nuestros compañeros. Aunque en aquel entonces no había radio, las noticias circulaban de boca en boca con increíble rapidez. Nos enteramos de que la vanguardia riquelmista había sido derrotada en Paso Ñandeyara, cerca de Asunción, y que se retiraba en desorden hacia Villa del Rosario, donde había quedado Adolfo Riquelme con el grueso de las fuerzas revolucionarias. El coronel Jara iba hacia ellos remontando el río en una flotilla. Por esos días también el coronel Goiburú había atacado y vencido a los rebeldes del sur en la cruenta batalla de Loma San Antonio, al término de la cual había actuado con su crueldad característica.

Deduje acertadamente que las tropas que habíamos visto ese día, en vez de seguir en tren hasta Asunción, habían bajado en Ypacaraí y desde allí se dirigían a pie a reunirse con Jara en algún lugar del río Paraguay, probablemente en Emboscada, para embarcarse y atacar conjuntamente a Riquelme en Villa del Rosario.

Comprendí que la revolución estaba perdida. Lo más razonable era volver a nuestras casas, ocultarnos, escapar al extranjero; o, si tantas ganas teníamos de pelear, formar una montonera para hostigar a los jaristas. Estoy seguro de que mis compañeros pensaban lo mismo, pero ni ellos ni yo mencionamos siquiera ninguna de estas opciones. Quien decidió la cuestión fue Forifo, así apodado por su hablar gangoso, a causa de sus labios leporinos:

–Si ellos van a pie y nosotros a caballo –,dijo–, podemos llegar a tiempo para socorrer a Adolfito.

Estallamos en carcajadas como si nos hubiéramos sacado un gran peso de encima. La cosa estaba decidida. La suerte de la revolución dependía de nosotros. Era absurdo, pero fue lo que hicimos. Se nos plegaron dos peones de la estanzuela. El capataz se excusó porque había prometido al patrón cuidar de una yegua mora que estaba por parir.

No acabo de entender a aquellos hombres que, sin nada que los obligase, marchaban al combate a sabiendas de que la derrota era segura. Ni me entenderé a mí mismo, que los acompañé. Este es un rasgo curioso del carácter nacional, del cual se podrían dar miles de ejemplos, que está en el trasfondo de muchas de nuestras tragedias.

–IV–

–Llegamos a Villa del Rosario la víspera de la batalla de Estero Bonete. Tomó ese nombre porque en ese lugar se decidió la cosa. Estuve allí.

–También mi padre, sólo que entre los jaristas.

–Es curioso; Albino Jara fue un desborde elemental que deslumbró a muchos jóvenes inteligentes y a no pocos hombres maduros de gran talento e ilustración. Creyeron ver un revolucionario en un aventurero desaforado, incapaz de poner freno a sus pasiones primitivas.

–Jara no fue un militarote cualquiera, don Marciano. Se destacó en la Escuela Militar de Chile, era un buen matemático, un magnífico artillero, leía mucho, estudiaba derecho, tenía ideas e ideales, influía en quienes le rodeaban con la fuerza de su personalidad.

–Sí, seducía a las mujeres... y también a los hombres; dicen que tuvo chispazos de genio lindantes con la locura, que suele ser fascinante y contagiosa; tanto que por su culpa el país perdió completamente la chaveta durante cinco años.

–Papá, que cruzó la laguna del Estero Bonete bajo una lluvia de balas y se batió a bayonetazos con los riquelmistas, dice que aquel fue el episodio más cruento de nuestras guerras civiles. Murieron peleando en ambos bandos muchos jóvenes de buena

familia. Adolfo Riquelme fue cobardemente asesinado por orden del coronel Matías Goiburú, horas después de terminada la batalla.

–Le entiendo; dicen que la muerte iguala a todos; pero, ¿a quién le importa que reviente un pobre diablo? Un año después, en la batalla de Paraguarí, murieron más soldados, pero el único muerto de renombre fue el propio Albino Jara. Usted no estaría aquí, escuchando a este guaireño hablador, si Alicia Santos no hubiese sido hija del doctor Octavio Santos.

–Me agrada escucharle, don Marciano, lo que cuenta es muy interesante; pero, además, hay algo que me intriga en el trasfondo de su relato, que usted no se decide a dejar escapar y que al parecer le pesa mucho.

–Sólo quería contarle cómo vine a parar al Alto Paraná y me quedé para siempre, atrapado como tantos; y, sin darme cuenta, me pierdo en digresiones.

–También prometió hablarme de un proceso en el que se ventiló un caso parecido al que tengo entre manos.

–Ya llegaremos a eso, salvo que quiera irse a dormir. Le advertí que era largo el expediente.

–De ningún modo, don Marciano; es usted un narrador muy ameno.

Villa del Rosario era en aquel entonces un pueblo relativamente grande, situado a cosa de un kilómetro del río Paraguay, donde está Puerto Rosario, que tiene vida propia y da salida a la abundante producción ganadera, forestal y yerbatera de una extensa zona. Ambos se encuentran en una angosta lomada, que es como el pico de un embudo metido entre el riacho Cuarepotí, el Estero Bonete y bosques intransitables. La posición era excelente

desde el punto de vista militar. No podía ser flanqueada. Sólo se la podía atacar desde el río, mediante un desembarco, o cruzando a pecho gentil, con el agua a la cintura, la laguna del Bonete. Adolfo Riquelme y los experimentados oficiales que le asesoraban, creían que con sus escasas fuerzas estaban en condiciones de rechazar a los jaristas, que les quintuplicaban en número y estaban muy bien armados.

El ambiente que encontramos en la Villa era el de una función patronal. Las muchachas lucían sus prendas más vistosas. Hombres de a pie y de a caballo, tocados con sombreros de caranday, andaban de un lado para otro con sus armas a cuestas, chacoteando alegremente. Bajo arboledas y enramadas se cantaba y bailaba al son de arpas, violines y guitarras. En el único hotel del pueblo, el de categoría, vi a personajes reunidos en torno de las mesas del bar. Charlaban y reían con el mayor optimismo. Reconocí a algunos, pero no quise detenerme a saludarlos para no separarme de mis compañeros. Sin darme cuenta, me había identificado con ellos más que con las gentes de mi clase. En esto influyó seguramente la prédica libertaria de mi padre, a pesar del divorcio entre la teoría y su práctica de tendero y miembro del aristocrático Club Social de Villarrica.

Junto a la iglesia había un retén de soldados del ejército de línea. Eran del cuartel de Concepción, sublevado contra Jara. No vimos otros en la Villa. El resto estaba en las trincheras y protegiendo la artillería emplazada sobre las barrancas del río. Les dijimos a qué veníamos y les preguntamos dónde debíamos presentarnos. Respondieron que en Puerto Rosario, donde Adolfo Riquelme tenía su Puesto Comando.

Fuimos para allá. Era un caserón de ladrillos. Estaba lleno de militares y civiles que entraban y salían como Pedro por su casa. En el patio, bajo los árboles, se estaban asando costillares

enteros. Los comensales aguardaban tumbados por ahí, tocando la guitarra y cantando. El ambiente no podía ser más confiado y tranquilo. No había un solo centinela.

Nadie nos prestó atención hasta que oí que me llamaban a gritos por mi nombre. Era mi primo Eulalio. Petiso y retacón, algo rechoncho, lucía muy elegante. Calzaba botas altas, charoladas; vestía pantalones de montar, guerrera con presillas de teniente; llevaba un casco de corcho en la cabeza, y, desde luego en la cintura un gran revólver en su cartuchera. Nos dimos un gran abrazo.

Le presenté a mis compañeros. Estrechó efusivamente la mano de cada uno, les preguntó su nombre y su valle, les dio confianzudas palmaditas en los hombros. Nos felicitó por haber venido de tan lejos para luchar por la libertad. Eulalio era un político precoz, pues teníamos la misma edad.

Nos llevó hasta uno de los asadores y nos convidó a servirnos a gusto cuando estuviera lista la carne. Pero, antes de que me sentara, me tomó de un brazo y me llevó aparte. Me dijo que era ayudante de Adolfo Riquelme y me propuso que me quedara con él.

–No hay razón para que te expongas, deja eso a los que no sirven para otra cosa. Te conviene alternar con personas que te pueden ayudar en tu carrera política.

Respondí que prefería continuar con mis amigos.

–Como quieras –respondió, encogiéndose de hombros–, pero no me vengas con quejas si te matan.

–¡Pierde cuidado! ¿Para cuándo es la pelea?

–Tal vez mañana o pasado; cuanto antes mejor, porque la tropa de Jara es pura Guardia Nacional, reclutada a la fuerza entre el raidaje de Asunción, que no sirve para nada. Goiburú anda por Caí-puente, a quinientos kilómetros de aquí, con los verdaderos soldados. Se dice que ha vencido a Brizuela. Es una fiera el hombre.

Entonces le conté que habíamos visto a la infantería de Goiburú, con su jefe a la cabeza, dirigiéndose a toda marcha seguramente a Emboscada, para allí embarcarse y alcanzar a Albino Jara.

–No importa, igual los rechazaremos; somos pocos pero buenos. Todos los días se presentan voluntarios, entre ellos varios oficiales jaristas que vinieron por el Chaco. El capitán Rojas manda ahora la batería de Puerto Rosario. Está entusiasmado con la idea de liarse a cañonazos con Albino. Rivalidad profesional, ¿sabes?, estudiaron juntos en Chile.

–¿Dónde podemos conseguir armas? –le interrumpí–. Las que tenemos son pocas y malas, y nos faltan municiones.

–Tendrán que arreglarse con lo que tengan –respondió–, lo poco que hay aquí apenas alcanza para la tropa de línea... Pero olvídate un momento de tus socios, diles que te esperen, que mañana ya veremos qué hacer con ellos. Mientras tanto tú y yo iremos a divertirnos a la Villa. Podemos elegir: baile en la plaza, sarao en lo de Miguetti, un banquete en el hotel, y en todas partes chicas lindas alborotadas por el macherío arribeño. Esta noche dormirás en una cama, tal vez en buena compañía. Hay tiempo para morir.

La tarde del día siguiente mi alegre y ambicioso primo se ahogó tratando de cruzar a nado, perseguido por los jaristas, el riacho Cuarepotí. Con él estaba Adolfo Riquelme, que tampoco sabía nadar. Fue hecho prisionero y encerrado en la torre de la iglesia de Villa del Rosario. Unas horas después, cuando todo había terminado y ya se creía a salvo, vino a buscarlo un sargento que, en el camino al puerto, lo fusiló por la espalda, dicen que por orden del coronel Matías Goiburú.

–Contaba papá, que como le dije era jarista, que el coronel Albino Jara, al enterarse de lo ocurrido, sufrió un ataque. Tiró su gorra al suelo y se puso a saltar sobre ella gritando como un loco: "¡Goiburú, Goiburú, esto es cosa de Goiburú!"

–Así ha de haber sido, mi estimado Francisco, pero no hizo nada serio para aclarar el crimen y castigar al culpable. Aquello causó tal indignación que provocó la caída de Jara, destituido por sus propios oficiales tres meses después. Albino Jara, Adolfo Riquelme y Manuel Gondra habían sido amigos inseparables desde muchachos. Como eran muy pobres, tenían un solo traje de etiqueta, que usaban por turno, por lo cual nunca se los veía juntos en una fiesta de gala. Gondra era el intelectual, Riquelme el político y Jara el militar. Se pensó en un principio que podrían hacer mucho por este desdichado país. Juntos combatieron en la revolución de 1904, juntos organizaron la sublevación de 1908, y juntos se hicieron cargo del gobierno. Pero ocurrió que a Jara el poder le hizo perder la cabeza. Su desenfreno se volvió intolerable. Destituyó de la presidencia de la república al ilustre don Manuel Gondra, cuando éste pretendió contenerlo, y se convirtió de hecho en un dictador militar. Después del asesinato de Adolfo Riquelme hizo tales locuras que fue derrocado por sus hombres más fieles. Le bastaron unos pocos meses para organizar otra revolución, y así, un año después de lo ocurrido en Villa del Rosario, Jara, mortalmente herido en la batalla de Paraguarí; herido en el vientre, con larga agonía en medio de dolores terribles, fue visitado por la madre de Riquelme, que le dijo: "¡Albino, qué hiciste de tu hermano Adolfo! ¡Dónde están los huesos de tu hermano!" Jara alcanzó a responder: "Yo no sé nada, señora; yo no ordené nada". Manuel Gondra, que estaba presente, asistiendo a quien fuera su amigo y al que acababa de vencer en la batalla, murmuró: "¡Miente hasta en su lecho de muerte!"

–V–

Con alguna salvedad, pasé la noche tal como mi primo Eulalio me anticipó que pasaría. Encontré en la Villa a varios de los que habían sido mis compañeros de parranda en Asunción y a algunos guaireños condiscípulos del Colegio Nacional. Todos ellos habían sido incorporados a un pelotón, supuestamente de élite, que escoltaba a Adolfo Riquelme y al Estado Mayor Revolucionario; pero, según me confiaron, estaban libres de hacer guardias y otros incordios de rutina. Se alojaban en las casas de las familias acomodadas y mataban el tiempo jugando al billar, a las cartas o al ajedrez en el bar del hotel, que dicho sea de paso pertenecía a un alemán y era bastante bueno. Y también caro. Lo supe cuando tuve que pagar por anticipado una pequeña habitación ubicada en un edificio anexo, pues el principal estaba totalmente ocupado por personalidades civiles del riquelmismo y algunos renombrados jefes militares que participaron en la batalla del día siguiente sólo con buenos consejos.

La novedad fue el traslado sorpresivo del comando revolucionario desde Puerto Rosario a la Villa. Por pasados del enemigo se había sabido que las tropas de Goiburú ya estaban reunidas con las de Jara. Rápidos y decididos como eran estos dos jefes, no se dudaba que el ataque se produciría de un momento a otro. No se suspendieron por eso el baile popular de la plaza, el sarao en lo de Miguetti –que eran jaristas pero hospitalarios–, y el

banquete en el hotel. Siguieron después las serenatas, a la luz de una espléndida luna en cuarto creciente. Tuve la impresión de que aquella gente no tenía idea de lo que le esperaba. Había más personas que habían venido para curiosear antes que para combatir. Esto era alarmante, porque tenía noticia de que los jaristas, desde el Presidente de la República para abajo, todos eran combatientes. Dormí en una cama, pero sin compañía. Las chicas estaban acaparadas por la brillante juventud riquelmista; y, para colmo de males, la que a mí me gustó se mostró remilgosa y nada dispuesta a conceder sus favores a un héroe al que podían matar al día siguiente.

Me despertaron toques de diana, galopes, voces de mando. Empezaba a clarear. Los jaristas estaban desembarcando en Puerto Loma, un poco más abajo del Estero Bonete. La flotilla de guerra del enemigo remontaba el río acercándose a Puerto Rosario.

Mientras desayunábamos en el bar del hotel, que estuvo abierto toda la noche, Eulalio me rogó, suplicó e imploró que me quedara con él y no cometiera la locura de ir a meterme en la boca del tigre. Había perdido la confianza de la víspera; ya no estaba seguro de que los jaristas serían rechazados.

–Si rompen el frente estamos fritos, y ya sabemos que Goiburú no toma prisioneros si puede evitarlo. Quedará un destacamento para guarnecer la Villa. Incorpórate a él. Desde aquí será más fácil escapar, si, como me temo, se pone fea la cosa.

–No puedo abandonar a mis compañeros –respondí, sin demasiada convicción; pero Eulalio estaba demasiado excitado para interpretar mis verdaderos sentimientos.

–¿Por qué si apenas los conoces? –insistió–, ¿qué les debes a esos pobres diablos?

–No sé, pero no puedo –dije, atragantándome una galleta. Ahora que la cosa iba en serio comenzaba a asustarme. Tenía ganas

de dejarme convencer, pues comprendía que la batalla estaba perdida antes de haber comenzado.

–¡Eres terco como tu viejo!

–¡A mucha honra!

Dictó mi sentencia al mencionar a mi padre. Lo había recordado poco en esos días, deslumbrado como estaba por nuevas e intensas impresiones. En ese momento vi de nuevo al sargento jarista que lo arrojaba al suelo, lo pateaba, lo tomaba del cuello y lo arrastraba por la calle sin que yo, su hijo, atinara a hacer algo para defenderlo. Me invadió un sentimiento de ira y de vergüenza, y tuve la justificación moral para la tentativa de suicidio que estaba por cometer. O acaso no tanto como eso, porque cuando se tiene dieciocho años uno no piensa en morirse. Sólo en la vejez concebimos la muerte, que se hace próxima, inevitable. Entonces la tememos de veras o ya no nos importa.

–¿En qué caso está usted, don Marciano?

–Un viejo cobarde resulta patético y repulsivo; tantas veces la muerte pasó a mi lado ignorándome, que ahora la ignoro yo.

Cuando nos separamos, Eulalio, que daba por hecho que me matarían, me abrazó y se echó a llorar. Debí haber llorado yo. Lo quería mucho. Pertenecía a la dorada juventud asuncena de su tiempo, arribista y sin principios, a la que alguien llamó "la tierna podredumbre".

Asomaba el sol cuando me lancé al galope hacia Puerto Rosario. Estaba llegando cuando retumbó un cañonazo, disparado desde la batería de la barranca. Siguieron dos más. Como si fueran de salva, mi alma se llenó de júbilo. Llegué hasta los artilleros,

que estaban muy contentos. Le pregunté al capitán Rojas, a quien conocía, qué había pasado. Me señaló un barquito que se alejaba aguas abajo a todo vapor.

–Vino a tantearnos, para ubicar el emplazamiento de nuestros cañones –me explicó–; casi le dimos. Será una gran cosa si logramos mantenerlos alejados, porque Jarita es un artillero de los diabólicos.

El capitán Rojas era amigo íntimo del coronel Albino Jara. Se había pasado, junto con otros oficiales, al bando rebelde hacía apenas unos días.

A causa de su desenfreno, que se acentuó en vez de moderarse cuando usurpó la presidencia de la República, la estrella de Jara empezaba a declinar justamente en el momento en que se creía dueño del país.

No encontré a mis compañeros. En el caserón de ladrillos, que la víspera estuvo lleno de gente, no había nadie. Vi a un viejito tomando mate sentado sobre un tronco, junto a uno de los fogones que el día anterior se usaron para asar la carne. Me dijo que se habían ido, con otros civiles voluntarios, a cubrir la trinchera de Estero Bonete.

–Deja aquí tu caballo ensillado, lo puedes precisar. Si lo llevas contigo se va a asustar de los tiros y puede que te lo mate una bala perdida. Yo lo cuidaré.

Por las dudas envolví en el poncho algunas prendas, me lo crucé como hacen los soldados, me llevé la bolsa de víveres. El viejo me indicó el camino. Era muy cerca. Quise darle una propina.

–No gracias, mi hijo, soy pobre pero delicado. Me dejaron a cuidar los caballos porque dicen que estoy demasiado viejo para pelear. A lo mejor ya es así nomás seguramente. Soy veterano de la Guerra Grande. ¡Esas sí que eran peleas!

Me fui corriendo, con los ojos llenos de lágrimas, no sé si por la emoción que me causaron las palabras del viejo; o por mí

mismo, por la locura que iba a hacer. Sin embargo, en ningún momento se me pasó por la cabeza echarme atrás, esconderme, desertar. El hombre es un animal inentendible.

No vengaría a mi padre matando a un pobre soldado jarista, y lo más probable era que me mataran a mí; tal como los había visto, los riquelmistas no me inspiraban el más mínimo entusiasmo. No tenía ninguna razón para participar en una batalla que no era mía y en la que la derrota era segura. Tenía conciencia de ello, pero corría hacia la batalla.

Mis amigos me recibieron con gritos de alborozo, pues creían que los había abandonado para quedarme con los fifís. Me presenté al teniente Ricardo Cardozo, que era guaireño y al que conocía de vista. Joven, enjuto, de baja estatura y aspecto muy modesto, me preguntó quién era yo y de dónde había venido. Cuando se lo hube dicho, me tendió la mano y me dijo sonriendo afablemente:

–¡Claro pues, ahora me acuerdo, eres hijo de mi comadre doña Martina! La última vez que te vi eras un muchachito. Está bien, acomódate por ahí, no estorbes y procura que no te maten.

Para cubrir el frente de Estero Bonete, que era bastante extenso, el teniente Cardozo tenía apenas un centenar de soldados de línea armados de máuser y ni una sola ametralladora. El resto éramos civiles, armados del modo más diverso: escopetas de caza, winchesters, viejos fusiles remington de un solo tiro y hasta una espingarda de chispa del tiempo de la Guerra Grande. Con eso debíamos resistir el asalto de dos mil fogueados infantes del temible coronel Matías Goiburú.

Sin embargo nuestra posición era muy buena. Estaba en una loma larga, de baja altura, cubierta de árboles, que seguía el borde de una laguna de entre cien y doscientos metros de ancho, de la que asomaban aquí y allá matorrales achaparrados; se prolongaba en un estero anegado por la creciente del río, el cual estaba a nuestra vista y en el que maniobraba la flotilla jarista, aprestándose para

iniciar lo que sería un memorable duelo de artillería con los cañones del capitán Rojas, emplazados sobre las barrancas de Puerto Rosario.

Los soldados habían cavado zanjas con parapetos. El teniente Cardozo dispuso que los civiles se instalaran también en ellas, intercalados con la tropa de línea y obedecieran a sus sargentos. Él se ubicó atrás, con un pelotón de unos veinte soldados, seguramente seleccionados, para acudir con ellos a reforzar los lugares más comprometidos. Me pareció raro que una posición tan importante estuviera a cargo de un teniente, que además era el único oficial, cuando había visto en la Villa a tantos capitanes, mayores y coroneles.

Al verme entrar en una de las trincheras, Ricardito Cardozo, como lo llamábamos en Villarrica, me gritó:

–¡Eh, estudiante, ven para acá!

Me llevó hasta un gran árbol recientemente caído sobre unos matorrales. Podía servir de cubrecabezas, observatorio y escondite. Ordenó a un soldado que, con una pala, abriera una zanjita debajo del tronco.

–Alguien tiene que contar el cuento, te nombro cronista oficial. Serás nuestro O'Leary. Por ti sabrán las generaciones futuras que nos dejamos matar, como nuestros gloriosos antepasados, peleando uno contra veinte.

Iba a protestar, pero me atajó con un enérgico ademán.

–¡Es una orden, carajo, yo soy el que manda aquí! Te metes en ese agujero y no te mueves de ahí salvo que yo te lo ordene. O te corran los jaristas. En este caso, abusa de las piernas porque si te alcanzan te degüellan. ¿Qué más quieres? ¡Eres el único autorizado a salir rajando!

Todos se echaron a reír, y yo también, aunque amoscado porque me consideraban inútil para la pelea. No tuve ocasión de decirle, mi estimado Francisco, que aunque era una cabeza más

alto que Ricardito Cardozo, y tenía muy buenos músculos, mi rostro era en extremo aniñado, sin un pelo de barba, "angelical", como decía mi mamá, y mi mirada bastante inocentona. Parecía cualquier cosa menos un guerrero capaz de hacer pata ancha frente a las aguerridas huestes del feroz Goiburú.

Cada vez que me acuerdo de Ricardito Cardozo pienso que aquel hombre sencillo, inteligente, sabía que iba a morir y lo aceptaba con risueña naturalidad, como si aquello fuera a ocurrirle a otra persona que nada tenía que ver con él. Esta soberbia indiferencia por la propia vida, que no es temeridad ni desapego, la he observado en no pocos de nuestros compatriotas. No la acabo de entender. Es como si se creyeran dioses. Me han dicho que los ingleses se suelen comportar de un modo parecido.

Poco después empezó el cañoneo entre la flotilla de Jara y la batería costera del capitán Rojas. Pero nosotros no teníamos enemigo delante. El sol de mediodía reverberaba sobre la laguna y el estero, sumidos en una quietud exasperante. Se pensó que, después de todo, el ataque se produciría directamente sobre Puerto Rosario, mediante un desembarco. Sería muy propia de Jara una barbaridad como esa. La suposición cobró fuerza cuando nos enteramos de que varios cañones del capitán Rojas ya habían sido silenciados por los certeros tiros que les dirigían desde los barcos.

Bostezábamos de tedio cuando de repente empezaron a aparecer, viniendo desde el río, soldados jaristas caminando por el estero en fila india en la margen opuesta de la laguna. Seguramente se proponían despuntarla y atacar a la Villa por la retaguardia mientras Jara amagaba un desembarco en Puerto Rosario. Desfilaron frente a nosotros completamente desprevenidos. No tenían idea de que ocupábamos esa posición.

La primera descarga fue certera, fatal; cayeron como muñecos, por docenas. Unos quedaban paralizados, otros disparaban sus fusiles a tontas y a locas, muchos corrían

despavoridos chapoteando y cayendo en el estero; los más se arrojaban al suelo, pero como nada los cubría, eran fusilados a mansalva por los nuestros, que habían salido de las trincheras y disparaban de pie para apuntar mejor. En medio del tiroteo se oían gritos desgarradores. Yo miraba desorbitado aquella escena espantosa.

La confusión de los jaristas duró sólo un momento. Resueltamente se metieron en la laguna y avanzaron hacia nosotros con el agua a la cintura, disparando sus armas. Vi caer a algunos de los nuestros que estaban al descubierto. La laguna se fue llenando de cadáveres, de heridos que chapoteaban desesperadamente en el agua pidiendo socorro, lanzando quejidos espeluznantes. Fue una matanza. Los sobrevivientes se enracimaron detrás de los matorrales, asomando apenas la cabeza del agua. Se oían tiros aislados y un lamento estremecedor que parecía salir de todas partes. De rodillas, con la cabeza entre las manos, me puse a vomitar.

Del otro lado de la laguna acudían más jaristas corriendo a saltos sobre los manchones de pasto que asomaban del estero. Se desplegaron tirándose al suelo uno al lado del otro y se pusieron a disparar furiosamente. Detrás de ellos apareció un grupo trayendo una ametralladora pesada; la emplazaron y batieron nuestras trincheras con una lluvia de balas. Enseguida cayeron sobre nosotros certeros cañonazos que arrancaban árboles de cuajo.

El segundo asalto alcanzó a cruzar la laguna. A pocos pasos de mi escondite se produjo una pelea a bayonetazos, golpes de culata y tiros a quemarropa en medio de terribles imprecaciones. Llegaban más jaristas. Hubieran roto la línea si en ese momento no hubiese aparecido a la carrera el teniente Cardozo, pistola en mano, al frente de su pelotón. Los atacantes no fueron rechazados, sino literalmente masacrados con una saña terrible.

Vi a un soldado hundir una y otra vez la bayoneta en un

herido jarista que a gritos le imploraba que no le matase. Quedó un tufo formado por el olor de la pólvora, por el olor de la sangre, por el olor de la mierda; porque ha de saber usted, mi estimado Francisco, que en las gloriosas batallas los héroes se cagan.

Yo temblaba acurrucado en mi escondite poseído de un horror indecible. No era miedo; era la espantosa sensación de ver a seres humanos convertidos en perros rabiosos, en monstruos repugnantes.

Y otra vez el tiroteo y la preparación de artillería. Los heridos se desangraban sin que nadie se ocupase de ellos. Sus quejidos se hacían cada vez más débiles. Los que podían se retiraban de la línea caminando o arrastrándose.

En el tercer ataque los jaristas se jugaron el todo por el todo. Avanzaron con tal furor y resolución que muchos de los nuestros abandonaron sus posiciones y echaron a correr. El teniente Cardozo, que se mantuvo en su puesto, fue hecho pedazos, según las crónicas de los periódicos de la época, y los compuestos populares que describen la batalla de Estero Bonete. Yo no lo vi, porque para ese momento ya me había semienterrado en la zanjita y cubierto de hojarasca bajo el árbol caído.

–¿Cómo explica usted tanto heroísmo?

–Ya que a eso le llaman heroísmo le diré que no encuentro explicación. Muchos de los combatientes de ambos bandos eran jóvenes conscriptos del ejército de línea, que no tenían motivo alguno para luchar por Jara o por Riquelme; otros eran pobres diablos reclutados a la fuerza. Sin embargo pelearon con tremenda bravura, con despiadado ensañamiento. Tal vez habían perdido la noción de lo que estaban haciendo, se habían convertido en fieras. Yo no alcancé a perder mi condición humana, y fue por eso que hico lo más razonable: esconderme.

–¿No se sintió avergonzado?

–¡Todo lo contrario!

–Es comprensible, sólo era un muchacho.

–Tenía dieciocho años, la misma edad que los conscriptos. Y si quiere aludir a la diferencia de educación, entre los jaristas venían jóvenes de buena familia, como por ejemplo el padre de usted, muchos de los cuales dejaron allí el pellejo. Pelearon como leones y algunos de ellos se destacaron por las barbaridades que hicieron en Puerto Rosario y en la Villa después de terminada la batalla. La diferencia no está en la edad ni en la educación, sino en que aquella vez por lo menos la peor de mis almas no asomó a la superficie.

–¿La peor de sus almas?

–Los indios dicen que tenemos cuatro almas, una de las cuales es de naturaleza bestial.

–VI–

Desde mi semitumba pude oír gritos, imprecaciones, disparos que se alejaban, voces de mando, gente que pasaba corriendo. Como le habrá contado su padre, que estuvo en ese horrible combate, los jaristas ejecutaron en el acto a cuantos defensores de Estero Bonete pudieron capturar. En su persecución llegaron a Puerto Rosario, donde se peleó un rato más, pero los riquelmistas ya tenían el alma muerta y se rindieron. Allí fueron fusilados sin más trámites, después de entregarse, casi todos los oficiales, entre ellos José Félix Guerrero, Leonardo Davegglia, Edmundo Maldonado, que eran muy conocidos y prestigiosos. El capitán Rojas se salvó de milagro. Luego se dirigieron a la Villa como una jauría de lobos sedientos de sangre. Tras disparar algunos tiros los riquelmistas huyeron hacia el ricacho Cuarepotí, que estaba muy crecido. Los buenos nadadores lograron salvarse. Lo demás es historia conocida.

En dos o tres ocasiones advertí como en entresueños la presencia de gente que andaba rebuscando cerca del lugar donde me hallaba oculto. Seguramente estaban recogiendo heridos o despojando a los muertos. Escuchaba sus voces pero no podía entender lo que decían. Tampoco me importaba. Permanecí inmóvil, en un estado de semiconsciencia, sin sentir temor alguno, como si nada de lo que ocurriera fuera de mi tumba pudiera ya afectarme. Creo que acabé por quedarme dormido. Cuando reaccioné, o desperté, no lo sé a ciencia cierta, era de noche. Como

un fantasma asomé de mi escondite. La luz de la luna hacía arabescos sobre cuerpos inertes tirados aquí y allá. Los cadáveres que flotaban negreando la laguna tenían una irrealidad siniestra. Me senté sobre el parapeto de una trinchera y me puse a pensar tranquilamente en lo que debía hacer. Dos pasos delante mío había algo que fue un hombre, tendido de espaldas, con los brazos muy abiertos.

No podía ir al puerto, ni a la Villa ni quedarme donde estaba. Decidí cruzar la laguna y seguir por el estero hasta alejarme todo lo posible en dirección opuesta a la que habían traído los jaristas.

Volví a mi escondite para buscar mis cosas. Ya de regreso, cuando me estaba quitando las botas para entrar en la laguna, me di cuenta de que había olvidado mi rifle. No tuve ánimos para meterme de nuevo en la oscuridad del monte, tropezando con los muertos, para ir a traerlo; así que lo dejé, con la carga completa, porque no había disparado un solo tiro en la batalla.

Avancé con el agua a la cintura, sorteando los cadáveres que flotaban en la laguna. En el estero había más. Los que estaban boca arriba tenían los ojos abiertos, con el espanto final de la agonía. Pero estaba agotada mi capacidad de impresionarme. En vez de eso busqué uno que tuviera la bolsa de víveres bien llena me la colgué de un hombro y me fui. Los volvería a ver en entresueños durante mucho tiempo. La cordura no es más que la capacidad de volver a salir de la locura, en la cual algunas veces nos sumergimos los humanos. No recuerdo nada más de lo que hice esa noche.

Un rayo de sol atravesó el follaje y me dio de lleno en los ojos. Tuvo que pasar un rato largo antes de que tomara conciencia de dónde me encontraba. Lo vivido en la víspera eran imágenes confusas que tenían la irrealidad del sueño; y un sueño parecía cuanto me rodeaba.

Estaba echado sobre arena blanca y lavada, al pie de un cedro gigantesco que volcaba sus ramas sobre un arroyuelo de aguas cristalinas. De tanto en tanto un zorzal dejaba oír su canto maravilloso, y todos los pájaros callaban para escuchar al solista. Me acerqué reptando al arroyo, bebí de bruces, me mojé la cara; me senté a disfrutar de aquel momento sin que una sola idea me pasara por la cabeza. Experimentaba la placentera sensación de la convalecencia, cuando se acaba de salir de una fiebre muy alta.

Después me puse a hacer el recuento de los bienes que me quedaban. El dinero estaba intacto en su envoltura de hule. Tenía poncho, mosquitero. Había perdido el rifle pero conservaba el revólver. No eché de menos las botas, porque como todos los muchachos de mi tiempo estaba acostumbrado a andar descalzo.

En la bolsa de víveres del jarista muerto había todo lo que un veterano sabe necesita para matar el hambre cuando entra en acción. Entre otras cosas sal, elemento precioso; panes de raspadura –azúcar sin refinar–, y galletas duras como guijarros. En mi propia bolsa de víveres también había algunas cosas, las más de ellas inútiles. Mi situación no podía ser considerada floreciente, pero tampoco demasiado mala.

Mientras desayunaba me acordé de mi caballo, al que consideraba un amigo. Me consolé con la esperanza de que algún afortunado jarista sabría cuidar de él. No quise pensar en mis compañeros, eran demasiado valerosos. Nunca más supe de ellos. No llegué a enterarme siquiera de sus verdaderos nombres, porque se llamaban con apodos y graciosos marcantes; pero el rostro y la figura, el carácter y el humor de cada uno de ellos permanecen imborrables en mi memoria. Mientras yo viva seguirán existiendo de algún modo.

Dejé el tema del futuro para más adelante y salí a curiosear por los alrededores. El bosque daba a una pradera que se perdía en

el horizonte. Se divisaban a lo lejos rebaños de vacunos. Siguiendo el curso del arroyito, que corría entre una arboleda cuya base estaba casi libre de malezas, encontré un venadito. Me miró con ojos mansos, amistosos, llenos de curiosidad. No me dio el corazón para pegarle un tiro. Me recompensó la Abuela del Bosque, que cuida de ellos, porque poco después atrapé de la cola un tatú-mulita que cavaba afanosamente tratando de ocultarse. Ya tenía para mi almuerzo.

Volví al amparo del cedro, que, para decirlo con las palabras de la desdichada Alicia, es el árbol sagrado de los guaraníes, del cual se desarrollaron los dioses, brotó la naturaleza y nacieron los hombres.

Me bañé –entre las cosas inútiles de mi bolsa de víveres había jabón, navaja de afeitar, cepillo de dientes y otras zonceras por el estilo–, lavé mi ropa, encendí fuego, puse a asar la mulita. Estaba tan tranquilo como cuando salía a haraganear por los bosques guaireños con el "Gil Blas" bajo el brazo por toda compañía. No sabía en ese momento que estaba en la mejor de mis almas; el alma para sentirse identificado con las cosas más allá de su imagen terrenal imperfecta, y reconocer en ellas la presencia de nuestro padre Ñamandú, Verdadero el Primero.

–¿Cree usted en esas cosas, don Marciano?

–No precisamente. Los mitos son una manera metafórica de referirse a lo que no podemos explicar, pero que sin embargo forman parte de nuestras experiencias y de nuestras intuiciones. Tal vez el diablo no exista, pero la maldad es indudable. La entendemos mejor si le ponemos una cola y dos cuernos. Ñamandú es más sutil. No existe pero es. El sol no es Ñamandú, pero sí su reflejo, como el yresapy, el ojo del agua, es el reflejo del reflejo de lo reflejado. Ñamandú puede ser en la forma terrenal imperfecta

de un colibrí, de un árbol, de una piedra, de un río, que son imágenes de arquetipos imponderables; y también en un pensamiento, en un sentimiento, en un presentimiento. Para ser, Ñamandú necesita de las cosas y del espíritu de las cosas, pues, de otro modo no podría concebirse ni concebirlos. Ñamandú no es nada y es todo, simplemente es. Para un indio guaraní sería un disparate representar o identificar a Ñamandú con un ídolo cualquiera.

–A juzgar por lo que dice, los indios guaraníes son profundos filósofos.

–Lo son, sin duda alguna. En esta materia, comparados con ellos, los españoles eran unos bárbaros. Los jesuitas, que discutían con los indios puntos de doctrina, decían que estaban inspirados por Satanás, pues los discípulos de Loyola solían quedar mal parados. Alicia me contó que un antropólogo alemán dice que los guaraníes son los teólogos de la selva. Aún hoy subsisten, aquí mismo en el Alto Paraná, parcialidades que en cinco siglos no han podido ser evangelizadas, esto es, convencidas. La certidumbre que les da su pensamiento hace que, a pesar de la situación humillante a la que los hemos reducido, nos desprecien.

Por la tarde reanudé mis paseos despreocupado de todo lo demás. Bastaba extender la mano para hallar qué comer. El lugar era tan hermoso que si existió el paraíso terrenal debió ser como ese. Lo bauticé Caavy-rory, Bosque Sonriente, pero ya no lo llamo así cuando lo evoco.

Me sentía tan a gusto que se me antojó que acaso podría quedarme para siempre, convertido en ermitaño, dedicado a la contemplación y a la meditación sin objeto.

En el linde del bosque que daba a la llanura contemplé uno de esos incomparables crepúsculos del norte, con paisajes de nubes de un colorido tan fantástico que me hizo sufrir. Era una belleza que apenas percibida se extinguía para siempre y daba paso a otra igualmente efímera e igualmente hermosa. Miríadas de palomas y

loritos de esmeralda volaban hacia sus dormideros. Los pájaros cantaban, se arrullaban en sus nidos. Se oía el mugir de los rebaños. En el cielo intensamente azul brilló de pronto, como una gema imposible, el lucero vespertino. Brotó la noche de la tierra y de los árboles; se pobló de mágicas luciérnagas. Entonces caí de rodillas y me puse a rezar las oraciones simples, casi olvidadas, que me enseñó mi madre; porque aunque me creía ateo como mi padre, estaba en presencia del milagro de mi propia existencia.

–VII–

A la mañana del día siguiente decidí que era demasiado joven para hacerme ermitaño, por lo cual me dispuse a abandonar el paraíso y regresar a este valle de lágrimas. Pero, ¿adónde ir concretamente? A ningún lugar donde pudiera ser reconocido y capturado por los jaristas; es decir, ni a la Asunción ni a Villarrica, lugares donde con toda seguridad ya se sabría de mis andanzas. Tampoco me gustaba la idea de hacerme montonero o de plegarme a alguna otra revolución, que tal como estaban las cosas no tardaría en estallar. Había tenido suficiente. Mis ímpetus guerreros estaban agotados. Afortunadamente había salido con vida y no había matado a nadie. Mi padre y Rafael Barrett tenían toda la razón cuando decían que nuestras guerras civiles, inspiradas por pasiones mezquinas e intereses espurios, eran crímenes contra la humanidad. En ellas nada tenían que ganar los pobres, que eran quienes ponían la barriga a las balas.

Aunque significaba atravesar la región oriental del país por regiones apenas pobladas y semisalvajes, si seguía derecho hacia donde sale el sol encontraría el río Paraná. Del otro lado está la provincia argentina de Misiones, en cuya capital, Posadas, como todo guaireño que se respete, tenía parientes. Desde allí podría hacer saber a mi madre que estaba a salvo, y averiguar la suerte corrida por mi padre, de quien nada sabía desde que lo llevaron preso.

Me preocupaba mi padre. Con su carácter altivo, arriscado, iracundo cuando se lo provocaba, no era hombre para soportar callada y resignadamente insultos y maltratos. Sin embargo, a pesar de su aspecto vigoroso, estaba gravemente enfermo del corazón.

La travesía era de unos trescientos kilómetros en línea recta; acaso cuatrocientos con las vueltas que tendría que dar. A pie sería una marcha de entre diez y quince días, pero si iba a caballo el tiempo podría reducirse grandemente. Tenía dinero de sobra para comprarme uno, con montura y arreos. El problema era dónde hacerlo sin exponerme a que algún comisario caviloso me echara el guante.

Debía extremar las precauciones por lo menos hasta llegar a la zona de obrajes y yerbales, donde regía la ley de la selva codificada por las grandes empresas extranjeras, que de hecho disfrutaban de extraterritorialidad en sus latifundios. Hasta allá no llegaban los tentáculos del gobierno en materia política; no se hacían preguntas a los forasteros. Al menos, era lo que había oído decir al respecto.

Dejé las bolsas de víveres; en vez de llevar el poncho como una manta cruzada, metí mis cosas adentro, hice un atado y lo acomodé para llevarlo a la espalda como una mochila; saqué el revólver de la cartuchera, lo escondí bajo la camisa y lo apreté con la faja. Así quedó borrada toda huella de mi pasado militar.

Mi sombrero era de caranday, había heredado de mi madre la tez aceitunada, estaba requemado por el sol; con un poco de suerte podía ser tomado por un arriero en apuros en busca de asilo en el Alto Paraná.

Hasta me inventé una leyenda: había seducido y dejado embarazada a la hija de mi patrón, el cual quería obligarme a contraer matrimonio con el auxilio de la fuerza pública. Con esto tenía aseguradas la simpatía y la solidaridad de todo macho de ley.

Si había ganado había una estancia, y si había una estancia había puesteros. Me eché a andar resueltamente. El haber sobrellevado sin excesivos quebrantos y con buena salud lo pasado hasta entonces era una buena razón para confiar en mí mismo.

Cerca del mediodía, cuando apretaba el calor y el hambre se hacía sentir, divisé un rancho solitario que tenía toda la apariencia de ser un puesto de estancia. Lo era en efecto. El puestero y su mujer me recibieron con la hospitalidad habitual en la campaña, donde un arribeño es siempre bienvenido por la novedad que representa. Dije que iba rumbo a los yerbales del Alto Paraná en busca de conchabo, por lo cual se dieron cuenta, aunque no hicieron preguntas, de que estaba en aprietos. Después de almorzar y hacer la siesta, mientras tomábamos unos mates, le confié al puestero el motivo por el cual me marchaba a aquellos infiernos. Bastó para que el hombre se mostrase dispuesto a ayudarme. Aunque había raptado a su mujer hacía cosa de diez años y tenía con ella varios hijos, se mantenía, Dios mediante, felizmente soltero.

–Quien se casa con su amante hace cosa de tonto, porque se queda sin amante –sentenció–. Dime qué necesitas, que entre hidalgos es la cosa.

Necesitaba un caballo, con su apero y sus arreos. Tenía para pagarlo un dinerito que me facilitó para la fuga uno de mis tíos, que en su juventud había sido un gaucho de aquellos.

–Más te convendría una mula, pero no la tengo. Hay sí un caballo viejo, pero guapo todavía. Si no le apuras mucho puede ser que ha de aguantar. Te puedo dar también un recado un poco roto, jerga, cojinillo y sobrepuesto que andan tirados por ahí. En vez de riendas tendrás que usar bocado. No irás muy chusco, pero es mejor que andar a pie.

Al día siguiente, caballero en un rocín que hubiera envidiado a Rocinante, emprendí la jornada con las alforjas repletas de abundante avío. Había despertado los instintos maternales de la

buena mujer, que al despedirme me encomendó a todos los santos para que no me atrapase mi malvado suegro. El hombre me acompañó una media legua, dándome noticia de los rumbos que debía seguir para llegar al Alto Paraná sin desagradables encuentros con las autoridades. Como tropero había recorrido todos los caminos del Paraguay. Cuando quise pagarle rechazó el dinero. Como insistí se echó a reír y me dijo:

–No se cobra por lo ajeno, y todo eso es del patrón, yo no tengo nada mío, ni siquiera esas jergas viejas que te llevas. Le diré que el caballo se murió y todo arreglado.

Al cabo de unos días, cuando ya había hecho las dos terceras partes del camino, mi montado, que apenas podía andar, se murió de veras. Metí mi revólver en mi atado, me lo puse en la espalda y eché a andar. Aunque era costumbre andar armado, no quería correr el riesgo de que algún comisario codicioso me quitase con un pretexto cualquiera el hermoso Colt cacha de hueso que perteneció a mi padre. Mi intención era llegar al primer poblado que encontrase para comprar otro caballo, y, de ser posible, alguna ropa. La que llevaba encima era puros harapos.

No había andado mucho cuando la picada que iba siguiendo desembocó en un poblado de casas de tablas. No estaban reunidas en torno a una plaza, sino ubicadas a los lados de una ancha y única calle de tierra colorada. Eran claros indicios de que estaba haciendo mi entrada a la región del Alto Paraná, si bien me faltaban todavía más de cien kilómetros para llegar al río.

No se veía un alma. La gente estaría por levantarse de la siesta. Hacía calor. Estábamos en la última semana de marzo de 1911.

Pasé por un "Hotel Damasco" de buen aspecto. Un poco más allá, en el mismo lado de la calle, había un edificio grande, con dependencias y galpones en el fondo, que tenía un cartel que

decía: "El Yerbal - Tienda y Almacén de Ramos Generales". Enfrente estaba la comisaría.

En ese momento se abrieron las puertas. Entré por la que daba acceso a la tienda.

Un dependiente dormitaba detrás de un mostrador. Un turco grande y robusto, relativamente joven, hojeaba un periódico sentado en un sillón de mimbre. La tienda tenía en exhibición, bien a la vista, ponchos multicolores, sombreros con toquilla, pañuelos floreados, vestidos de mujer, perfumes y cuanta chuchería pudiera incitar al despilfarro. No se olvide, Francisco, que yo era un experto en la materia. Los pobres, cuando tienen dinero, se comportan como niños.

Mi aspecto debía ser muy miserable porque apenas contestaron mi saludo. Sin embargo, cuando le pregunté al dependiente dónde podía encontrar ropa para mí, y éste se limitó a señalarme el otro extremo de la tienda, el turco le ordenó de malos modos:

–¡Atiende, bendejo, atiende! ¡Agombaña al señor, agombaña!

Me volví y mis ojos se encontraron con la mirada astuta del mercader.

Dejé mi atado en un rincón, y allí mismo, sin ceremonias, me desnudé para probarme calzoncillos, pantalones y camisas. Elegí dos juegos de cada prenda, entre los que me parecieron de mejor calidad; uno me lo dejé puesto y el otro lo guardé en el atado. La ropa vieja la tiré por una ventana, que daba a un yuyal. No había preguntado precios. El dependiente me había tomado respeto. Aunque el precio era exageradamente alto, pagué sin regatear, sacando los billetes de su envoltura de hule. El turco se levantó de su asiento y desapareció.

Le estaba preguntando al dependiente dónde podía comprar una mula o un caballo, cuando entraron dos soldados de policía

armados de fusiles. Sin más averiguar me llevaron a empellones a la comisaría, que, como le dije, estaba en el lado opuesto de la calle.

El comisario era un mulatón gigantesco, de aspecto alegre y jovial; pero me recibió con cara de pocos amigos. Sin embargo me di cuenta de que se estaba divirtiendo a costa mía. Le di mi nombre y apellido verdaderos, que no son raros en nuestro país; repetí el cuento de la doncella burlada. El comisario me dijo que, como no tenía papeleta de conchabo ni certificado de libre de deudas, según mis señas seguramente era yo el peón prófugo de un yerbal que andaba buscando. Me hizo vaciar los bolsillos; guardó el dinero en un cajón, por si acaso era robado, y me comunicó que quedaba detenido en averiguaciones.

Hasta ese momento habíamos hablado en guaraní y yo me había mostrado muy humilde; pero tamaño descaro me hizo perder los estribos.

–¡Usted no tiene derecho a detenerme sin motivo, señor comisario! –le dije airadamente en español.

–¡Que'ee! –rugió, incorporándose.

–¡Dije que no tiene derecho...!

Avanzó hacia mí hecho una furia, con los puños cerrados. Me gritó en guaraní:

–¡Qué derecho ni torcido, hijo de la diabla! ¡Yo soy el que manda aquí, yo soy la autoridad, yo hago lo que se me antoja!

Me dio un empellón, hice el ademán de defenderme, me sacudió un tremendo puñetazo en la mandíbula que me arrojó al suelo.

–¡Cobarde, hijo de puta! –le grité, tratando de incorporarme.

Me dio de patadas hasta dejarme completamente molido. Luego, jadeando, ordenó a los dos soldados que me llevaran al calabozo. Como no pude levantarme, cargaron conmigo y me

arrojaron a un cuartucho que había en los fondos, le echaron candado y me dejaron solo. Pude oír la risa del comisario que celebraba su hazaña.

Yo rabiaba y trataba de explicarme por qué había obrado así ese miserable, sin duda de acuerdo con el turco. Una y otra vez juré vengarme.

Estuve preso una semana. La comida no era mala. Me dejaban ir al excusado, que estaba en una caseta, en el patio, cuantas veces lo pedía, sin molestarse en acompañarme. Cuando estaba de regreso, uno de los dos soldados, pues eran los únicos, o el comisario en persona, que se mostraba muy cordial, me encerraba de nuevo. Finalmente no tomaron siquiera esa precaución. Los últimos días salía al patio a charlar con otros presos y con los propios soldaditos, que no tenían inconveniente en confraternizar conmigo. Por fin la tarde del séptimo día me dijeron que cruzara a la tienda, que el turco Jalilo tenía algo que decirme.

Estaba sentado en el mismo sillón donde lo vi por primera vez. Me trató amablemente, como si nada hubiera ocurrido. Con inefable cinismo se ofreció a hacerme poner en libertad si firmaba un contrato en el que constaba que había recibido diez mil pesos de anticipo, y me iba a trabajar a un establecimiento yerbatero hasta saldar la deuda. Acepté sin vacilar. Cumplidas las formalidades, pregunté si habían visto mi atado de ropa, que había dejado en un rincón de la tienda.

–¡Oh, si allí lo dejaste allí ha de estar todavía, aquí nadie roba nada!

Me reencontré con mi atado. Metí la mano adentro y palpé la dureza del revólver. Lo único que me interesaba.

–Si necesitas alguna otra cosita, llévala nomás, es un regalo de la casa –me dijo el turco–. Esta noche cenarás y dormirás en mi hotel; lo anotaremos en tu cuenta.

–VIII–

No me pude explicar qué pretendía aquel turco sinvergüenza, pero tomé las cosas con sorprendente buen humor. Lo importante era que ya no estaba preso en un calabozo, aunque sí por el contrato, que desde luego no pensaba cumplir. Y tenía mi revólver.

Algo tramaba el turco cuando me hizo apresar. El muy ladino se había dado cuenta por el modo de comportarme en su tienda la primera vez que estuve en ella, que era una persona acostumbrada a hacerse servir. A pesar de tales antecedentes, el comisario no tuvo empacho en darme una pateadura y tenerme preso sin motivo durante una semana. No hubiera buscado tantas explicaciones si hubiese sabido, como supe al cabo de un tiempo, que habían obrado conforme a reglas de juego propias y exclusivas de la región, que dejan de lado todo escrúpulo.

No cometí la ingenuidad de cruzar la calle para volver a la comisaría a reclamar que se me devolviera mi dinero. Fui directamente al vecino "Hotel Damasco", donde ya me tenían preparada una habitación bastante confortable. Una mujer me indicó dónde estaba el baño, me dio una toalla y se ofreció a lavarme la ropa. Le advertí que no tenía un centavo para pagarle. No importa, lo anotaría en mi cuenta.

Me bañé larga, minuciosa, voluptuosamente; afeité mis pocas barbas; salí con la placentera sensación de estar limpio después de muchos días.

En el espacioso comedor había una larga mesa en torno de la cual estaban sentados ruidosos individuos, que deduje acertadamente eran patrones de obrajes y yerbales. En una cabecera estaba sentado el turco y en la otra el comisario. Hablaban de la zafra, que estaba en su apogeo. En otras mesas, distribuidas por el salón, había otros parroquianos y huéspedes del hotel. A todos por igual les colgaban del costado elocuentes pistolones.

Me ubiqué en una mesita algo apartada. Devoré cuanto me pusieron delante y pedí más. Como observé que se estaba bebiendo vino en la mesa grande, pedí yo también una botella. Total la anotarían en una cuenta que no tenía la menor intención de pagar. Pensaba fugarme en la primera ocasión propicia, y regresar alguna vez a arreglar cuentas a mi modo con el turco y el comisario.

La abundante comida, el vino, que no estaba acostumbrado a beber en cantidad, y la tensión acumulada, me llevaron enseguida a la cama. Apenas puse la cabeza en la almohada quedé dormido como un leño.

El turco vino a verme la mañana siguiente; no muy temprano, porque yo había tenido tiempo de sobra para tomar mate y desayunar. Me dijo que había sido contratado por el establecimiento "La Campana", que distaba unos veinticinco kilómetros de allí. Haría el viaje con otros mineros que estaban alojados en "El Corral", que era un conjunto de galpones donde se almacenaban la yerba y las provistas; y de corrales para mulas y boyadas. Estaba a una legua del poblado, siguiendo el camino. Imposible perderse.

Me preguntó si me animaba a ir solo, o prefería que me hiciera acompañar por un soldadito. Me reí de buena gana, y el turco se rió también.

No le pregunté cuál sería mi trabajo, porque cualquiera fuera éste no esperaba hacerlo mucho tiempo.

Cargué pues mi matula a la espalda y me eché a andar lo más contento en la dirección que me indicara el turco.

Hubiera sido una tontería intentar escapar en ese momento, aparte de que, con cada paso que daba me acercaba al río Paraná. Además le voy a confesar, amigo Francisco, sentía no poca curiosidad de saber adónde me llevaría esta nueva aventura.

Cuando llegué a "El Corral", más conocido por su nombre en guaraní, "Corá-guasú", corral grande, todavía no se habían ultimado los preparativos para el viaje a "La Campana". Aproveché para curiosear un poco. Me llamó la atención una pista de baile de piso de tierra apisonada, dura como el ladrillo. En uno de los costados había un cobertizo sin paredes, bajo el cual había unas mesas largas, y sobre éstas, patas arriba, sillas de buen aspecto. En el otro, un rancho que sin duda era la cantina; y hacia el fondo, también bajo techo, un estrado para la orquesta. La machú, que andaba barriendo por ahí, me contó que de vez en cuando el turco traía lindas muchachas y una banda de músicos para que los muchachos se divirtieran un poco. Según mi informante, don Jalilo era un sujeto excelente, que no mezquinaba vales a los buenos mineros.

Como sin duda sabe usted, señor juez, a principios de este siglo la Cámara de Apelación paraguaya opinó que el paraje donde se encuentra la yerba silvestre es una mina, y es por eso que se llama minero al trabajador de los yerbales. Yo creo que la idea viene de mucho antes, de la época colonial, con un sentido un tanto irónico, cuando la yerba se convirtió en substituto de las minas de oro y plata que afanosa e inútilmente los españoles buscaron en el Paraguay.

Pero evitaré otra digresión y retomaré el hilo del relato. Una hora después, una veintena de hombres, entre los cuales yo era el único novato, emprendimos la marcha hacia el establecimiento yerbatero al que estábamos destinados. Llevábamos con nosotros una recua de mulas cargadas de provisiones para la proveeduría, desde luego suministradas por el turco.

Nos escoltaban dos "repunteadores", esto es, dos capangas encargados de llevar "cabezas" de trabajadores por si a alguno se le antojaba desertar en el trayecto después de haber dilapidado en francachelas el famoso anticipo.

Iban a caballo, bien vestidos, calzados con botas de media caña, y armados hasta los dientes. Como sabría después, eran sujetos temibles, famosos por su crueldad, que habían matado a muchos peones indefensos en atroces torturas; pero no había en su aspecto nada que lo indicase.

Jamás olvidaré sus nombres: uno se llamaba Hilarión Samudio y el otro Salustiano Peralta. El primero era un hombre de unos treinta años, de mediana estatura, moreno, de nobles y viriles rasgos; el segundo, mucho más joven, alto y espigado, blanco, carilindo, de grandes y hermosos ojos negros.

Parecían estar siempre de buen humor. Bromeaban con todos sin perder por eso autoridad, como ocurre con los buenos oficiales del ejército. Entonces y después observé que disfrutaban de considerable popularidad entre la peonada. Muchos les debían favores; algunos les querían; los más procuraban congraciarse con ellos; por lo visto así es el mundo.

A medida que avanzábamos el camino se hacía más estrecho, accidentado y tortuoso. Subía y bajaba serpenteando por empinadas cuestas. Por momentos no era más que una senda, que había que transitar en fila india, haciendo equilibrio sobre bloques de basalto cubiertos de moho; o hundiéndose hasta los tobillos en el lodo colorado, pegajoso y resbaladizo característico de la región.

Pero no se crea que éramos una doliente caravana de esclavos. Marchábamos alegremente, venciendo la fatiga con gritos, risas y chanzas como si estuviéramos de paseo. Dada mi condición de novato, mi aspecto y mi juventud fui el principal objeto de las pullas.

–Ese turco hijo de diablo ha estafado otra vez a So Joao –dijo Samudio, al verme resbalar y caer sentado en el barro–. Esta pobre criatura va a aguantar muy poco tiempo.

–O se va a morir de viejo en el yerbal –agregó Peralta, entre las carcajadas de los peones que me veían resbalar y caer de nuevo al intentar levantarme–, nunca va a ganar lo suficiente para pagar el anticipo.

No había animosidad en las burlas, y yo también me reía de mis torpezas.

Íbamos sin apuro. Nos detuvimos a sestear junto a un arroyo. Mucho antes del oscurecer llegamos a un cobertizo de techo de paja donde había almacenados sobornales de yerba. Se decidió dormir allí para hacer el último tramo al día siguiente. Yo, el novato, era el menos cansado de todos. Tenía una salud de hierro, estaba bien nutrido desde la infancia, no tenía vicios y mis últimas andanzas me habían endurecido. Me comedí a juntar leña y encender fuego. Desde ese momento reconocieron en mí a un mensú hecho y derecho. Y yo acabé por aceptar lo que me estaba pasando con toda naturalidad. Procuraría arreglármelas lo mejor posible hasta encontrar el modo de escapar. Mis vengativos rencores contra el turco y el comisario casi se habían disipado por completo.

La madrugada siguiente reemprendimos la marcha. Ibamos de bajada, a paso rápido, por una ancha picada de suelo húmedo, arenoso, a la sombra de árboles que entrecruzaban sobre nuestras cabezas su ramaje poderoso. Por su excelente humor mis compañeros daban la impresión de estar contentos de regresar a casa.

De pronto se abrió a la vista el magnífico panorama de un valle. Abajo, en la costa de un riacho caudaloso que cortaba el bosque como una serpenteante cinta azul, había casas y galpones en un claro. De distintas partes del bosque se elevaban densas humaredas. Enseguida percibimos el agradable y estimulante olor

de la yerba al tostarse en los barbacuá. Los hombres se detuvieron un momento y lanzaron al unísono un estridente sapucai; ese grito largo, misterioso, que parece salir de lo más hondo del alma evocando una poesía anterior a la palabra. Como si se animasen los espíritus del bosque, respondieron como ecos innumerables sapucai que se fueron repitiendo hasta perderse en la distancia. Por un instante creí que en vez de dirigirme al mentado infierno de los yerbales estaba haciendo entrada al paraíso.

Hilarión Samudio, que parecía haberme tomado simpatía, cabalgaba a mi lado para charlar conmigo. Le pregunté por qué el establecimiento se llamaba "La Campana".

–Hace mucho encontraron una campana enterrada, que parece que trajeron los indios que volvieron al monte cuando se fueron los ashuitas.

–Dirás jesuitas...

–¡Qué sé yo!, la gente de por aquí los llaman ashuitas.

–¿Y qué pasó con la campana?

–Hubo un habilitado medio loco, que había sido cura o sacristán, que mandó colgar la campana para tocar dobles cada vez que mandaba matar a algún peón; y encima les rezaba una novena. Ahora ya no se usa.

–¿No se matan más peones?

–A veces, pero ya nadie les reza. So Joao le regaló la campana al turco Jalilo, que la vendió a una iglesia de Asunción.

En esa parte la picada tenía la oscuridad de un túnel por el denso follaje que la cubría. Vi de pronto salir de la espesura un bulto enorme, del que asomaban por debajo dos canillas escuálidas, curvadas por el peso de un cuerpo descomunal. Tomado de sorpresa, se me antojó un animal desconocido y monstruoso. Enseguida me di cuenta de que era un minero con su raído de hojas de yerba sobre la espalda. Lo sostenía con una lonja de cuero apretada en la frente y con las dos manos aferradas al bulto a la altura de los

hombros. Detrás de él salieron otros hasta formar una fila que se desplazaba lentamente, abrumados por un agobio bestial. Una vez que le han cargado su raído, pues no puede hacerlo sin ayuda, el peón ya no puede bajarlo para descansar; solamente detenerse unos instantes a tomar resuello enganchando el cuero que lleva en la cabeza en una rama saliente preparada de antemano, a la que llaman "burro". Podían caminar así varios kilómetros por senderos abruptos. No había que hablarles entonces, porque todas sus energías físicas y morales estaban concentradas en soportar el esfuerzo. Ni después de llegar al "romanaje", donde se pesa la yerba cosechada, hacerles observación alguna hasta que hubieran descansado. Los más brutales capangas lo sabían. El hombre podía arrojarse sobre él y destrozarlo a golpes y a dentelladas. A algunos les reventaba el corazón y quedaban por ahí, aplastados por la yerba. Tal era la rutina de aquellos desdichados, la misma hacia la que marchábamos alegremente. Con la diferencia de que mis compañeros la conocían y yo no.

Llegamos al establecimiento a media mañana. Para abreviar le contaré solamente una de mis primeras impresiones. En un arenal, bajo un sol de fuego, a pocos pasos de la oficina del administrador, para que todos lo vieran, había un hombre estaqueado. Las coyunturas parecían a punto de soltársele por la tensión de los tientos de cuero atados a las muñecas y a los tobillos. Parpadeaba, se relamía los labios resecos; tenía el rostro contraído por el dolor, pero no profería una queja. Un enjambre de tábanos se cebaba en su cuerpo semidesnudo. De tanto en tanto sacudía la cabeza para ahuyentarlos; pero, ante la inutilidad del esfuerzo volvía a entregarse resignadamente. El rostro pálido, la melena, los bigotes ralos y el bozo renegrido recordaban a Jesús. Estaba solo, nadie lo vigilaba ni le prestaba atención. Es que aquel era uno de los castigos más comunes, y acaso de los más leves.

De los recién llegados fui el único que se detuvo a observarlo. Más que de lástima mi sentimiento era de estupor. El hombre al verme, aunque parezca increíble, esbozó algo parecido a una sonrisa.

Una mano ruda pero amistosa me dio una fuerte palmada en un hombro. Era Samudio.

–No te apures, muchacho –me dijo, sonriendo–, ya te tocará pasar por esto; son cosas de hombres; a mí en otro tiempo me estaqueaban, me metían en el cepo, me azotaban porque yo era rebelde demasiado. Y ahora, ya ves, me toca hacer a otros lo mismo que a mí me hicieron. Así también será contigo, si eres macho. Luego, dirigiéndose al estaqueado, preguntó:

–¿Y después, Morínigo, aguantas un poco más o ya es demasiado?

El hombre arrugó la frente en un gesto de duda.

Samudio desenvainó su cuchillo.

–Lo vamos a soltar –me explicó–, no sea que se nos muera este arruinado.

A cada tiento cortado el cuerpo del hombre se encogía como un elástico. Se sentó, se restregó las manos y los pies para devolverles la circulación. Al levantarse hizo contorsiones como para poner de nuevo los huesos en su sitio. Se mantuvo de pie con visible esfuerzo, parecía mareado. Samudio le pasó la caramañola de caña que siempre llevaba al cinto, más para convidar que para beberla él mismo.

–Tómate un traguito; pero después, cuidado con el agua; si bebes mucha de golpe te hará daño.

–Gracias, Hilarión –dijo Morínigo, sin sombra de obsecuencia.

–De nada, mi amigo; y si te preguntan, diles que yo te solté.

Se refería a los que habían estaqueado al hombre. Samudio, sin ostentar cargo alguno, ejercía una autoridad natural sobre sus

colegas y sobre cuantos le rodeaban. Se alejó azotándose una bota con el largo mboreví, el terrible látigo de piel de tapir que, como todos los capangas, llevaba siempre colgado de una muñeca.

–IX–

Los recién llegados nos instalamos en un galpón destinado a los mineros en tránsito, pues el trabajo se realizaba en yerbales diseminados en leguas a la redonda de la administración o cabecera de "La Campana".

La machú nos preparó un abundante yopará, que es una sopa espesa, mezcla de maíz, porotos, carne seca y grasa. Según Rafael Barrett ninguna labradora civilizada se atrevería a dar semejante bazofia a sus cerdos; pero yo comí hasta hartarme, con el apetito de mis años, sirviéndome con mi cuchara de unos fuentones puestos sobre una larga mesa.

A propósito de la machú, que se llamaba ña Abelarda, era, como suelen ser las machúes, vieja y fea, pero apta sin embargo para todo servicio donde tanto escaseaban las mujeres. Había venido a "La Campana" siendo una jovencita, para refugiarse con su compañero, que la había raptado. A él lo mataron cuando trató de fugarse. Ella fue pasando de hombre en hombre hasta envejecer y acabar perteneciendo a todos y a ninguno. Tenía un profundo conocimiento de la gente de los yerbales. Ejercía una autoridad inapelable, que sabía hacer valer si era preciso a garrotazos y si era necesario a cuchilladas. Ni el administrador ni los capangas se atrevían a contrariarla; pero, durante las comidas, los peones la hacían objeto de chanzas de subido tono que desencadenaban respuestas de antología, que lamento no recordar literalmente. Tuve

al acierto de tratarla con urbanidad y la suerte de ganar su afecto. Me ayudó mucho, entre otras cosas porque era la única que se animaba a entrar en la casa embrujada que me asignaron para vivienda, como en su momento lo sabrá.

Después del reidero almuerzo me eché una siestita bajo los árboles. Luego nadé en el riacho, que era profundo y correntoso, junto con otros compañeros. Ya era de tardecita cuando Samudio vino a buscarme. So Joao, el administrador, quería hablar conmigo.

Mientras caminábamos los cincuenta metros hasta la oficina, me propuse interiormente actuar con suma cautela, lo que para un paraguayo significa hacerse el tonto.

Joao Getulio Tavares Da Sousa, brasileño de nación, como la gran empresa a la que servía, era un individuo más bien alto, flaco, pura fibra, rostro triangular, nariz aguileña, grandes bigotes y cabellos grises, de mirada astuta y socarrona. Esto es, un riograndense típico. Estaba sentado detrás de un escritorio atestado de papeles.

Tras saludarme, juntó las cejas, divertido, y me preguntó de sopetón, en castellano para tomarme de sorpresa:

–¿Sabes leer y escribir?

–¿Quién, yo? –repliqué en guaraní, para tomarme tiempo para pensar, como hace nuestra gente.

–¡Samudio, muéstrale a este muchachito que conmigo no se jode!

Sin vacilar mi buen amigo Samudio me cruzó las espaldas de un latigazo con el mboreví que pendía de su muñeca. No pude contener un grito de dolor. Rompieron a reír a carcajadas.

–¡Mi amigo! –exclamó So Joao, jadeando de risa–, no hay que enojarse por eso, no ha sido más que una broma... Y te conviene ir sabiendo que el único dios verdadero aquí soy yo.

Si hubiera traído mi revólver ya en esa ocasión le hubiese pegado un tiro. Pero estaba prohibido al personal portar armas de

fuego dentro del perímetro de la cabecera de "La Campana". Yo lo tenía bien escondido para cuando decidiera escapar. Esperaba hacerlo pronto; pero, como se dice, el hombre propone y Dios dispone.

So Joao sacó de un cajón de su escritorio una esquela escrita en papel de envolver.

–Me parece que mi compadre Jalilo dice aquí que eres el mozo instruido que le pedí para emplearlo en la administración; pero no estoy seguro. Por algo dice el dicho: "Más feo que letra de turco".

En eso entró Salustiano Peralta, el otro capanga al que yo conocía. Quedó de pie junto a So Joao, con la derecha apoyada en la culata del revólver. Se había bañado, afeitado y cambiado de ropa; olía a perfume. Me saludó con una inclinación de cabeza y me hizo un guiño de complicidad, como indicándome que las cosas iban buenas para mí.

So Joao dejó de lado la esquela y me ordenó:

–¡A ver esas manos!

No quise exponerme a otro zurriagazo, así que se las mostré.

–Ponlas sobre la mesa, con las palmas para arriba.

Se inclinó apoyándose en los codos para mirar más de cerca, con una mueca burlona. Después tomó una de mis manos entre las suyas, como hacen los quirománticos; pasó el índice por las protuberancias, la acarició, la olió; palpó la punta de cada uno de mis dedos. Samudio y Peralta se habían acercado para curiosear mejor el escrutinio. Yo temblaba de humillación y de rabia.

–Miren un poco –dijo finalmente el administrador, dirigiéndose a los capangas–, ¡limpitas, suavecitas, manos de señorita!

–¿Por qué no lo mandamos al trabajado del cerro, So Joao, donde están tus paisanos? –propuso Peralta–; ellos sabrán qué hacer con él.

–¡No soy una señorita! –chillé con la ingenuidad de mis dieciocho abriles.

–En realidad no lo sabemos, no podemos comparar –continuó So Joao–, por aquí no hay señoritas. Digamos entonces que tienes las manos suaves como el culo de una mujer.

Se rió de su gracia, que los capangas celebraron ruidosamente.

–¿Qué hace un fifí como tú por estos desiertos?

–Ando huido.

–¿Por qué causa?

–Por causa de mujer.

–¡Ah gaucho! –exclamó Peralta, y los tres estallaron en carcajadas.

–Pues has venido justo al lugar que te conviene; te vamos a esconder muy bien, de esto sí que puedes estar seguro, ¿verdad, muchachos?

–¡Cierto!

–Necesito un mozo inteligente como tú para hacer el papeleo. Antes teníamos a un portugués que hacía muy buen trabajo, pero era tilingo y andaba con la magia negra, asustándome a la gente, que ya de por sí es alucinada. Lo mandé estaquear un poquito, a ver si se componía, pero se me murió el delicado. Desde entonces no he podido conseguir un cagatintas que se animase a venir, aunque el sueldo es muy bueno.

Tenía la voz nasal, de un falsete monocorde que rezumaba cinismo. No me pude contener y le dije:

–Pues yo no soy un cagatintas, prefiero trabajar de peón.

–No me discutas, ya te dije que soy dios. Además, sería una lástima arruinar tus lindas manos en la tarefa. Es sólo por un tiempito, hasta que termines de pagar los diez mil pesos que te adelantó Jalilo.

–¡El turco no me dio nada!

–¡Ah eso yo no sé! Si está tu firma, Jalilo me pasará la cuenta. Si no te dio el dinero, reclamáselo al turco cuando lo veas.

Tamaño era el descaro que me hizo gracia y me reí.

–Así me gusta, veo que vas entendiendo las cosas. Ocuparás la casa del finado don Moreira, que es la mejor del establecimiento, y está tal como la dejó cuando se fue al infierno, porque nadie se anima a entrar ahí por miedo al diablo. Además te voy a regalar una linda indiecita para que te cuide y entretenga. No hace mucho la agarraron los muchachos y me la vendieron bien cara, aunque de haberlo sabido no daba por ella ni un real: es una gata salvaje, de una tribu de indios bravos de allá por el Mbaracayú; pero, estoy seguro que contigo se amansará enseguida.

Quedó esperando mi respuesta; como no se la di, su tono antes burlón se tornó amistoso.

–No te puedes quejar de la suerte. Y acuérdate de mí, pronto te vas a aquerenciar, sin darte cuenta te irás quedando para siempre. A mí me pasó lo mismo. Estos montes tienen un no sé qué; dicen que es Caa-yaryi, la Abuela del Bosque, la que se apodera del alma de los hombres.

No puedo negar que en esto estuvo en lo cierto.

–Samudio, anda a mostrarle la casa; seguro que le va a gustar.

–Pero...

–No hace falta que tú entres, enséñasela desde afuera –y dirigiéndose a mí, agregó–: No tiene llaves, sólo un pasador. Todo lo que encuentres en la casa es para ti, nadie vendrá a reclamártelo.

Cuando salimos estaba oscureciendo.

De niño y de muchacho, sin ser peleador, si la provocación era bastante no medía fuerza ni tamaño. Y estos canallas me habían tocado la oreja. Tenía la sangre en la frente.

Mi nuevo y siniestro domicilio estaba cerca, entre unos grandes árboles, a unos treinta metros del riacho. No había un alma por ahí. Sólo Samudio y yo. Me le planté delante y le dije:

–¡Por qué me pegaste!

No tenía revólver, pero sí mi cuchillo, y estaba decidido a usarlo. Fue tal la sorpresa del capanga que no supo qué contestar.

–¡No me vuelvas a pegar, Samudio!

–¡Ah es por eso! ¿Y por qué no habría de pegarte si me lo manda el patrón?

–¡Porque si vuelves a hacerlo tendrás que matarme, si no te mato yo!

Bajó la mano hacia el revólver; yo medio me agazapé para saltarle, tanteando el mango del cuchillo.

En el rostro de Samudio apareció una ancha sonrisa.

–Podría matarte ahora mismo, pero no lo haré. ¡Me gustas, muchacho, me gustas mucho!

Me perdonó la vida. Sin saberlo, a costa de la suya.

–X–

Samudio se había limitado a mostrarme mi nueva residencia. No entré a ocuparla en el acto. Antes fui al galpón de la peonada a buscar mi atado, que contenía mi revólver; es decir, mi tesoro.

La machú tenía preparada la cena, así que me senté en la larga mesa a comer exactamente lo mismo que había almorzado. El menú de los mineros, salvo ligeras y ocasionales variaciones, consistía en un plato único: el yopará, abundante en calorías y proteínas pero carente por completo de lo que hoy se llaman vitaminas, cuya existencia era entonces desconocida. Se la obtenía seguramente de la yerba, de los yuyos que le echaban al mate, de las frutas silvestres, porque los casos de escorbuto no eran frecuentes.

Lo cierto es que, sea por la dieta, del trabajo brutal que realizaban, o de otras enfermedades que minaban su organismo, tales como el paludismo, la tuberculosis, la sífilis, la gonorrea y todos los parásitos intestinales habidos y por haber, los hombres que conseguían mantenerse vivos en los obrajes y yerbales entre doce y quince años quedaban reducidos a piltrafas humanas. Sin embargo, en todo el Alto Paraná no había un solo médico.

Esto obligaba a las empresas a "raflar" continuamente; esto es, extraer trabajadores de los pueblos y conservar los que tenían por las buenas o las malas. La mano de obra era siempre escasa. Regiones enteras del Paraguay quedaron despobladas, otras

reducidas a mujeres y niños. El que iba a los yerbales casi nunca regresaba. La explotación de los bosques tuvo efectos tanto o más devastadores que la Guerra Grande, pues consumió varias generaciones de varones en edad viril.

Pero volvamos a nuestro cuento y digamos que de sobremesa, entre mate y mate apretado con traguitos de caña, se contaron historias de aparecidos, como era de rigor.

Me enteré entonces que mi antecesor en el cargo de cagatintas no había muerto del modo que me dijo So Joao, quien seguramente quiso hacerme una broma de humor negro y de paso advertirme lo que me podía pasar si me hacía el loco, sino de muerte natural; o acaso sobrenatural, ya que le sobrevino en un trance espiritista, según algunos; de posesión diabólica, según los más.

Era un viejito al que llamaban don Moreira, portugués el hombre, muy buena persona, pero que andaba, ¡había sido!, en tratos con el diablo. Tenía luego en su patio, en un árbol puntiagudo plantado por él mismo, un casal de suindá, que son unos enormes lechuzones cobrizos que tienen ciertamente la cara del demonio. Traen mala suerte, anuncian las desgracias, pero quien los mata o espanta tendrá una muerte horrible y con seguridad se irá al infierno. A don Moreira le dio por rondar de noche por los alrededores de su casa con una calavera en una mano y una linterna en la otra, dicen que para llamar a un espíritu que lo tenía atormentado. Si veía moverse un bulto, metía la linterna adentro de la calavera y la encendía. De este modo casi mata de susto a más de un tarefero descuidado. Hasta que una noche le salió la apariencia de una mujer, cuya visión le resultó fatal. Sus gritos desgarradores se oyeron desde muy lejos. Una y otra vez repetía el viejo que había matado a su esposa, que ella había regresado y estaba en la casa.

Nadie se animó a acercarse para socorrerlo. Al día siguiente lo encontraron muerto sobre una piedra grande que hay junto al riacho.

Ya era noche cerrada cuando me encaminé a mi nuevo domicilio, que no quedaba ni a doscientos metros del galpón de la peonada, pero no por una calle sino por un camino estrecho abierto entre los árboles, que en un punto doblaba y terminaba en el riacho, frente a la casa del finado. Me habían aconsejado que no fuera, pero quise que me tomaran por valiente. En aquel entonces era yo todavía un racionalista sin fisuras, no obstante lo cual me castañeteaban los dientes cuando corrí el pasador, abrí la puerta y entré en la sala.

Prendí un fósforo. Sobre una mesa había una lámpara de querosén. Apenas pude, por el temblor de mis manos, levantar el tubo y encenderla. Como respondiendo a un llamado, mis ojos fueron hacia un altar en el que estaban, debajo de la máscara de un tigre, la mentada calavera y la susodicha linterna. En ese mismo instante se oyó el hórrido chistido de un fatídico suindá. Tomé mi atado y salí corriendo de la casa, dejando la puerta abierta y la lámpara encendida.

Dormí, o traté de dormir, en la intemperie, liado en mi poncho, con el revólver apretado contra el pecho como si fuera un crucifijo. Cada vez que abría los ojos veía la luz de la lámpara, que pestañeaba siniestra con el vaivén de la puerta movida por el viento.

A la luz del día vi las cosas desde un punto de vista positivo y materialista. Don Moreira había tenido tiempo y ganas para construirse una confortable vivienda de varias habitaciones, pisos y paredes de tablas, techo de tejuelas de pino del Paraná. La casa estaba nivelada sobre pilotes de cerne y rodeada de un ancho corredor con barandas de torneados balaústres. Uno de los lados miraba al riacho, que estaba al término de una suave pendiente cubierta de césped. En ese sitio el agua pasaba entre pulidas piedras de basalto, que unidas por gruesos tablones formaban un puente. Un poco más abajo había una cascada de medio metro de altura, que hacía al caer un hermoso remanso, ancho y profundo. Junto a

él había una piedra lisa que podía servir de mirador y trampolín, sobre la cual halló la muerte el alucinado don Moreira. En la barranca opuesta, de basalto encortinado de helechos, comenzaba la selva densa.

El portugués había sido un excelente carpintero. Había un taller anexo a la casa, pulcramente instalado, con las herramientas ordenadamente dispuestas en un tablero. Mediante esta afición del dueño había muebles de excelente factura, que heredé con todo lo demás sin beneficio de inventario. Lo que de noche me pareció un altar de un culto diabólico, no era más que una mesa cubierta de un mantel blanco, sobre la cual había algunas artesanías indígenas y otras curiosidades. La máscara del tigre, sumamente expresiva, era una de esas tallas que hacen los indios en una madera blanca, muy liviana, a la que luego agregan dibujos a fuego. Las usan en sus mascaradas y para juguete de los niños, sin asignarles valor ceremonial alguno. Dejé todo en su lugar, salvo la calavera, a la que le asigné una ubicación más discreta; y a la linterna, de la que me apoderé porque me hacía mucha falta.

Encontré también una magnífica escopeta de dos caños, con buena provisión de cartuchos, así como frascos de pólvora, espoletas y municiones para recargarlos.

Don Moreira había sido también un hombre instruido. En una de las habitaciones había un escritorio y una biblioteca llena de libros en lengua de Camoens y no pocos en español; y también diccionarios, uno de ellos enciclopédico, en varios tomos. Algunos de los libros eran de ciencias ocultas, que siguieron siendo ocultas para mí, porque cuando tuve ocasión de hojearlos, apenas les di un vistazo me aburrieron. Los libros en español eran principalmente de historiadores jesuitas, anotados y subrayados en las partes que se referían a los indios. Los que estaban en portugués eran de la mejor literatura, cosa que me obligó a esforzarme por leerlos, y en poco tiempo pude hacerlo con facilidad y con gusto. Allí disfruté

por primera vez del goce incomparable de leer a Eça de Queiroz. Hoy sonrío al imaginarme allá descalzo, con faja y facón en la cintura y un sombrero-pirí en la cabeza, haciendo el inventario de aquellos bienes del espíritu que me habían tocado en suerte del modo más inesperado y en el lugar más insólito.

Me llamó la atención que una casa abandonada, cuyo dueño había fallecido meses atrás, se mantuviera tan limpia y ordenada, sin que faltase cosa alguna.

Es que ña Abelarda, la machú, había hecho ese trabajo desde que era una jovencita, y lo continuó haciendo, aunque ya no tuviera objeto, con la compulsiva regularidad de un reflejo adquirido en muchos años. Era la única que se animaba a entrar en la casa, cuya fama siniestra y fatal ella misma se encargaba de abundar para mantener alejados a curiosos y posibles depredadores. Que yo no tuviera miedo la irritó al principio, para elevarme después a la categoría de un hombre de la calidad de don Moreira. Poco a poco le fui sonsacando retazos de la historia de este extraño sujeto, cuya tragedia vale la pena ser contada. Lo haré en su momento, si usted, Francisco, tiene interés en conocerla.

Por ahora retomaré el hilo de mi relato. Fui a ver al administrador antes de que me mandase buscar con uno de sus capangas. Estaba tomando mate, cebado por una indiecita de doce o trece años, de aspecto sumiso e infeliz. No estaba de buen humor, algo le molestaba, contestó apenas mi saludo, quedó largo rato pensativo con la bombilla entre los labios; luego me preguntó sin mirarme:

–¿Te gustó la casa?

–No está mal.

–¡Cómo que "no está mal"! ¡Es la mejor del establecimiento y tal vez de todo el Alto Paraná!

–Yo no soy de aquí, ¿cómo quiere que lo sepa?

–Ya irás sabiendo muchas cosas si no eres tan atrevido y me haces perder la paciencia... ¿No tienes miedo a los aparecidos?

–¿Qué pueden hacerme?

–¡Pues darte un susto de la gran puta! Yo ni paso por ahí. Es una casa envenenada, maldita, allí mataron a una mujer...; pero, ¿por qué te estoy diciendo estas cosas? Te lo explicaré: me has caído simpático y no quiero que te pase una desgracia. Puedes vivir, si quieres, en casa de Samudio, que tiene mujer e hijos, una familia, te van a tratar muy bien. El mismo vino a ofrecerlo esta mañana.

–Preferiría quedarme donde estoy, si usted me lo permite. Yo no creo en esas cosas.

–¡Tienes huevos de sobra, muchachito! Samudio me contó que lo desafiaste a pelear por lo del chicotazo... Está bien, haz lo que quieras, pero no digas que no te avisé.

Confieso que me ablandó el halago y la declaración de simpatía; así que le dije con toda sinceridad:

–Muchas gracias, señor.

–Me llaman So Joao, el Señor está en el cielo –gruñó–. Y un último consejo: no intentes escapar. Te lo digo por tu bien, no conoces el monte, sería un suicidio. Cuando te quieras ir, avísame, que de algún modo lo hemos de arreglar.

–¿Cuándo empezaré a trabajar?

–¡Ah, está eso también! Ven mañana o pasado, hoy no tengo ganas de andar jodiendo con papeles.

–XI–

Volví entonces a la casa que me habían otorgado los malos espíritus. Fui directamente a la biblioteca del finado don Moreira. Mi amor por los libros, heredado de mi padre y adquirido en la infancia, más que una afición es una pasión. En mi juventud llegaba a la voluptuosidad. Los olía, los palpaba; acariciaba las hojas con la delectación que produce la piel de una mujer amada. Soy un lector lento, reiterativo; disfruto de cada página, de cada frase, de cada palabra. Sin embargo mi vida ha sido muy poco libresca. Teniendo tanto que contar, y a decir verdad, me gusta hacerlo, nunca pude escribir un libro. Pero, así como mi padre fue un hablista, yo soy un contador de cuentos, una profesión muy honorable en nuestra campaña, que se ejerce en los velorios. Me doy cuenta, por ejemplo, que para que comprenda usted mejor lo que ocurrió esa mañana, es necesario que me adelante unos meses.

"La Campana" se encontraba en una región rica en yerbales pero de difícil acceso, a unos cien kilómetros del río Paraná, hacia el este; y a veinticinco kilómetros del poblado más próximo, hacia el oeste. No había otro camino que el recorrido por mis compañeros y yo, que en algunos de sus tramos no permitía siquiera el paso de una carreta. El transporte de provisiones para la proveeduría debía hacerse a lomo de mula.

La producción, que era abundante, salía sobre jangadas de un lugar donde el riacho se ensanchaba al confluir con otro

igualmente caudaloso para formar un río y precipitarse, con tremenda correntada, hasta desembocar en el Paraná. Las balsas se construían con rollizos de cedro y de timbó unidos entre sí por fuertes lianas, pues la civilización del alambre no había llegado todavía a aquellos parajes. Sobre estas armadías se acomodaba la yerba, embolsada en herméticos sobornales de cuero, bajo un techo de paja para protegerla de la lluvia.

Era asombrosa la rapidez con que dejaban todo terminado, riendo y chacoteando metidos en el agua hasta la cintura, como si se tratara de un juego. Me pregunto si aquella alegría jocunda, que nunca les abandonaba, era una manera de aliviar la dureza de sus vidas, o simplemente no tenían conciencia de ella. Sea por lo que fuere, la guapeza del peón paraguayo era proverbial.

Los jangaderos respondían de la carga con sus vidas. Hubo un empresario francés, que acabó por hacerse inmensamente rico, padre del hoy famoso dirigente comunista Obdulio Barthe, que los mataba personalmente a tiros si habían perdido la carga en un accidente.

Llegados al Paraná, entregaban en el puerto la mercadería, formada tanto por la yerba como por la madera de que estaba hecha la jangada. El regreso tenía que hacerse a pie, porque no había canoa ni lancha a motor capaz de remontar la corriente. La navegación a la sirga y con botadores era demasiado lenta y penosa, por lo que se la practicaba en muy raras ocasiones.

Había en las proximidades de "La Campana" una cantidad indefinida de caseríos de indios mansos. Sólo los muy baqueanos conocían la ubicación de algunos de ellos, pues aunque trataban con los paraguayos procuraban evitar un contacto excesivo. Si uno de esos caseríos era visitado asiduamente, o el visitante era un sujeto indeseable, o cometía un abuso, o simplemente era descortés, de un día para otro sus pobladores desaparecían como si los hubiera

tragado la tierra. De este modo lograban que no se los importunase más allá de ciertos límites, fijados por ellos mismos.

–Son de lo más delicados –me explicó Samudio, de quien llegué a hacerme muy amigo–, si nos necesitan, vienen a vernos; si los necesitamos les convidamos a venir, pues si se los va a buscar no vienen ni por nada. Si uno quiere hablar con un indio cualquiera, no lo hace llamar, sino lo comenta nomás a un indio que ande por aquí de visita. Así puede que venga al otro día, a la semana o que no venga nunca si no se le antoja. Con los cayguá no hay garantía.

Cayguá es un término genérico que designa a las distintas parcialidades de guaraníes monteses de la región oriental, cada una de las cuales tiene sus propias modalidades y dialecto, y hablan al mismo tiempo un guaraní corriente, que es el mismo que usamos los paraguayos. Sin embargo, lo que en realidad diferencia a unas tribus de otras, cualquiera sea la parcialidad a que pertenezcan, es la medida en que han aceptado, no asimilado, nuestra civilización; esto es, hasta qué punto están desmoralizadas, degradadas.

El comercio con los indios era frecuente y ventajoso, pues cultivaban en sus rozas abundante bastimento que, de otro modo, había que traer de lejos a lomo de mula. Y eran, sin disputa, más ricos que los mineros, que por lo general no tenían qué darles a cambio de sus productos. Pero eran imprevisibles, no se podía contar con ellos. Cuando más se los necesitaba no aparecían por ningún lado; cuando no, venían en cantidad, se instalaban descaradamente donde se les antojaba y se estaban ahí, mano sobre mano, esperando que se les diera de comer.

La tradición y la experiencia habían enseñado al yerbatero que conviene andar bien con los indios. Podían volverse muy dañinos y hasta peligrosos. La hoja de yerba arde como la pólvora y en cuestión de minutos se incendia todo un yerbal. Se sabían de casos de mineros muertos y devorados por los cayguá, que

ocasionalmente practicaban la antropofagia. Por fortuna para nosotros, sólo se comían a los enemigos que admiraban, para nutrirse con sus virtudes, y éste no era nuestro caso.

En épocas anteriores se habían organizado cacerías y matanzas de indios, con la participación del ejército, sin resultados apreciables, hasta que se llegó a la conclusión de que lo mejor era la paz. Sin alcanzar la categoría de aliados, los indios mansos formaban en torno de los establecimientos una suerte de cordón sanitario que mantenía alejados a los indios bravos, que no perdonaban agravios pero que tampoco eran agresivos si no se los provocaba. No daban ni pedían nada a los cristianos. Se los reconocía por su porte, por su manera de andar, por la altivez de la mirada. Hasta sus mujeres parecían más hermosas que las de los indios mansos, con esa finura de rasgos frecuente entre los guaraníes, pero que sólo se despliega con la dignidad.

Salvo contadas excepciones, y sólo para tareas serviles o que no requirieran ingenio o esfuerzo sostenido, no se empleaba mano de obra indígena en los obrajes y yerbales. Se partía de la base de que el indio es un bobo, un inútil. El peón más infeliz se complacía en adoptar ante ellos aires de condescendencia burlona, aunque por su idioma, su aspecto, rasgos faciales y color de la piel sólo se diferenciaran por la vestimenta: el indio estaba semidesnudo y el paraguayo cubierto de harapos.

No se le consideraba una persona ni tampoco un animal, sino algo intermedio, indigno de respeto y conmiseración alguna. Por su parte los indios, sobre todo los bravos, sentían por los paraguayos idéntico desprecio.

La última vez que salí a cazar con Samudio, nos internamos profundamente en la selva densa que empezaba en la margen opuesta del riacho. Buscábamos un barrero escondido en la espesura, donde se decía que abundaban los tigres, una presa

codiciada por un cazador novel como era yo. Matar un tigre significaba para mí obtener el doctorado en cinegética.

Quizás usted no sepa que el barrero es un lugar, generalmente ubicado en una hondonada, donde hay un charco o una laguna o un estero de agua salobre. Los animales acuden desde lejos para beberla y lamer el lodo. Los indios hacen del barro del fondo, impregnado de sal, unos bodoquitos que introducen en sus ollas para salar sus comidas. Hombres y animales necesitan de la sal, por lo que en los lugares donde ella se encuentra se establece una tregua. El indio no caza en el barrero. Me han dicho que los animales de presa, salvo que estén muy hambrientos, tampoco lo hacen. Samudio y yo nos proponíamos violar un pacto de la naturaleza.

Nos orientamos con las huellas de animales que, coincidentemente, se dirigían al barrero o regresaban en dirección opuesta. Avanzamos trabajosamente, abriéndonos paso en la maraña, que se hacía más tupida en tanto descendíamos hacia la hondonada. Luego empezó a ralear y por último caminamos cómodamente sobre un suelo arenoso, libre de vegetación rastrera, pero siempre bajo la sombra de los árboles. No tardamos en llegar a una laguna de aguas quietas, oscuras, que en el sitio donde arribamos tenía una playa de barro parduzco, y en el opuesto se extendía bajo árboles gigantes, rectos como columnas. El lugar parecía un templo. Era media tarde, estábamos en invierno; no cantaba un ave, no chirriaba una cigarra, no se agitaba una hoja; el silencio era absoluto. Vimos un tapir, un venado y un ciervo de hermosa cornamenta dentro de la laguna, bebiendo y paseándose libres de todo cuidado. No era lo que buscábamos y los dejamos en paz. Un puma distraído vino trotando hacia nosotros; al vernos se dio un susto y de cuatro brincos volvió a ocultarse entre los árboles. Pero enseguida asomó cautelosamente la cabeza; nos miró

como interrogándonos acerca de nuestras intenciones; luego, dando un rodeo se acercó al agua y se puso a beber tranquilamente. Nos hizo gracia.

Encontramos un escondite donde la vegetación era un poco más tupida y nos permitía observar sin ser vistos la laguna. Nos echamos en la arena, debajo de un arbusto achaparrado, comimos algo, bebimos agua de nuestras caramañolas. Tendríamos que esperar un par de horas, porque el bosque despierta en el crepúsculo.

Fumamos nuestros cigarros, un vicio que yo había adquirido en esos meses, y nos pusimos a charlar en voz baja. En la ocasión Samudio me contó una parte de su vida.

–Soy de Yuty, pueblo de hidalgos verdaderos. Tenía más o menos tu edad cuando en un baile lastimé a un arribeño zafado, que resultó ser pariente del comisario. Escapé a los montes, buscando el Paraná para cruzar a la Argentina. En Puerto Pirapó un turco me dio un anticipo. Como si me estorbara la plata, farreé unos cuantos días hasta quedar sin un real. Entonces me embarcaron y fui a parar a Tacurupucú para servir a la "Industrial", que me había contratado. Yo era tan atrevido como fuiste tú al principio, pero no tuve tanta suerte. Me pelaban a palos. Los capangas se malacostumbraron conmigo, por cualquier zoncera me castigaban. Un día no aguanté más y a un tal Figueredo lo dejé tendido de una puñalada. Esta vez sí conseguí pasar a la Argentina; pero eso no era garantía, porque los mismos patrones mandan en los dos lados y también en el Brasil. El pobre no tiene adónde irse. En menos de un mes estaba de vuelta en Tacurupucú, atado de pies y manos. Me esperaba Figueredo, gordo y sano. Si das una puñalada no la tires de punta a las costillas; sino al vientre, de abajo para arriba, para que corte las tripas y se hunda en el estómago. Figueredo jugó por mí hasta aburrirse; después, para que acabara de morirme, me mandó estaquear arriba de un hormiguero. Estando allí le

prometí a San Lamuerte que si me salvaba le iba a hacer mi abogado, y que sería en adelante el más desentrañado de los hombres. Él me hizo el milagro y yo cumplí mi promesa.

–¿Cómo te salvaste?

–El mismo Figueredo, que no es mala persona, cuando vio al otro día que ni me había desmayado, dijo: "Este mozo sí es de ley. Suéltenmelo y báñenmelo en salmuera, para que no se pasme".

–Así que te perdonó la vida.

–Propiamente, y nos hicimos amigos. Ahora es mi compadre. A él le debo todo lo que soy.

–¿Estás conforme?

–¿Por qué no? Tengo trabajo seguro y tengo mando; tengo mujer y tres hijitos. Cuando sean más grandes los he de llevar donde haya escuela.

En estas pláticas estábamos cuando de repente Samudio me hizo una seña para que callara. Tomó su winchester y se preparó para disparar. Le brillaban los ojos, se relamía de ganas. Supuse que era un tigre. Al ver de qué se trataba, sonreí.

Caminaba confiadamente hacia nosotros un hombrecito blanco, de poco más de un metro de estatura, de corta y cerrada barba negra, completamente desnudo. Traía un morral colgado del hombro, un arco en una mano y flechas en la otra. Parecía un duendecillo. Nunca había visto ninguno, pero enseguida me di cuenta de que era un pigmeo guayaquí.

El estampido me tomó completamente de sorpresa. La chata bala del winchester, disparada casi a quemarropa, le dio en el pecho al hombrecito y lo tiró para atrás como a un muñeco de trapo. Con los ecos del disparo retumbaba en la selva una estampida de animales. La tregua se había roto.

Samudio, muy contento, se acercó a aquel guiñapo que estaba dando sus últimas pataletas.

Le mentiría si le dijera que me asusté o indigné. Para esa época ya estaba curado de espantos. Pero la cosa me dio asco.

–¿Por qué lo mataste? –le pregunté a Samudio.

–Roban caballos para comerlos –me explicó–, son de lo más dañinos estos monos.

Para hacer algo, recogí el arco y las flechas desparramadas por el suelo.

–Mira un poco –me dijo Samudio, tocando con la trompetilla del rifle la entrepierna del hombrecito muerto.

El pigmeo tenía un pene desproporcionadamente grande. Nos echamos a reír. Mis pautas habían cambiado.

Pero no volví a salir a cazar con Samudio. Las veces que me convidaba yo ponía algún pretexto.

–Otro día.

–¿Qué te pasa?

–Nada, sólo que no tengo ganas.

Samudio levantaba una ceja, se encogía de hombros y cambiaba de conversación. Creo que acabó por darse cuenta del motivo de mis negativas, porque dejó de proponerme cacerías. Nos veíamos en la administración, en el bar de la proveeduría, algunas veces en su casa, porque jamás puso los pies en la mía. Me llamaba desde afuera con un largo silbido para que saliera a su encuentro. En una de estas ocasiones me dijo muy preocupado:

–¿No andarás leyendo los libros de magia negra del finado don Moreira?

Que Dios me perdone, pero llegué a tomarle mucho afecto a aquel feroz asesino.

–XII–

So Joao era aficionado a las indicecitas núbiles. Algunos caciques de indios mansos se encargaban de mantenerle la despensa bien provista. Solía tener varias en su casa. Cuando se aburría de alguna, la prestaba a alguno de los capangas o la enviaba de regreso a su tribu llevando un regalito. Si la chica volvía embarazada los indios la hacían abortar el monstruo que traía en las entrañas. De este modo los guaraníes habían puesto término al famoso mestizaje que dio origen al pueblo paraguayo.

No hacían punto de honor de sus mujeres. Según cuenta Alvar Núñez Cabeza de Vaca en sus célebres "Naufragios y Comentarios", ellas mismas decían: "Si lo tenemos es para usarlo". Pero, no estaban dispuestos a admitir que llegase a formar parte de la tribu un guacho hijo de puta en la más amplia y cabal acepción de la palabra.

Eran muchachitas feas, entre trece y quince años de edad, que parecían vivir ausentes de cuanto les rodeaba. Ni lloraban, ni reían, ni sonreían siquiera. Para que respondieran a una pregunta había que repetirla varias veces. Más que sumisas, indiferentes, obedecían si el que las mandaba lograba hacerles entender lo que quería, lo cual no era un problema de idiomas, puesto que tanto ellas como los paraguayos hablaban en guaraní.

En opinión de So Joao eran todas unas bobas, y era esto justamente lo que le gustaba de ellas. Las mujeres eran para él

"albos da brincadeiras", objetos de placer. Si iban más allá se convertían en una complicación. Solía contar él mismo que había matado a su esposa porque la encontró acostada con un cura. Perdonó la vida al cura porque matarlo a él también hubiese sido un pecado. El escrúpulo religioso le sirvió de atenuante. El juez, que era un machazo riograndense, aprobó su conducta y lo absolvió.

El cinismo de So Joao era tal que parecía sinceridad. Carecía por completo de escrúpulos, ignoraba la diferencia entre lo bueno y lo malo. Podía hacer torturar y matar a un hombre como si fuera una humorada. Para más, como suelen ser los brasileños, era un sujeto sumamente gracioso y pintoresco. Solía hacerme reír a carcajadas de cosas que deberían haberme provocado indignación. Si no acabó por destruir mi sentido moral fue porque no le di tiempo para ello.

Como usted recordará, So Joao prometió regalarme una muchacha india para que me entretuviese y ayudase; pero yo, que estaba bajo los efectos del chicotazo que me propinó Samudio, no supe apreciar su generosidad y al punto lo olvidé. Como olvidé también la salvedad que hizo de que se trataba de una chúcara cazada en el monte, a la que tendría que domar como a una yegua.

En sus andanzas los mineros solían tropezar con los llamados indios bravos. Lo común era la huida simultánea en direcciones opuestas. No había guerra, pero ninguna de las partes podía fiarse de las intenciones de la otra. Ocasionalmente ocurrían hechos de violencia y de sangre. Sobre todo violaciones y raptos de indias, dada la carencia de mujeres que padecían los trabajadores de los yerbales.

El defecto de las mujeres de las tribus de indios bravos atrapadas en el monte, era que se defendían como fieras. Había que amansarlas con la paciencia y el látigo, y casi siempre escapaban mediante el simple procedimiento de dejarse morir.

La que me fue obsequiada había agotado la paciencia de So Joao, que prefería a las bobas. El encargado de entregármela, la misma mañana de mi instalación en la casa del finado don Moreira, fue Salustiano Peralta. Como le dije, yo estaba en la biblioteca hojeando los libros. De repente oí que me llamaban a gritos, en medio de rugidos e imprecaciones.

En el camino, frente a la casa, Peralta tenía agarrada de los pelos con una mano a una viboreante figura color mate que se retorcía rabiosamente, mientras que con la otra descargaba sobre ella furiosos latigazos. Corrí hacia ellos gritando:

–¡Basta, basta!

Al verme, Peralta arrojó al suelo a la india, que estaba desnuda, maniatada y tenía en los tobillos una manea para impedirle correr. Descargó sobre ella un último rebencazo y le atizó una patada brutal.

Me interpuse resueltamente.

–¡Déjala, vas a matarla!

–¡Me mordió, me mordió esta onza de mierda, me mordió! –dijo, jadeando, al tiempo que se llevaba a la boca y se chupaba el canto de la mano izquierda, que sangraba. La india nos miraba con un odio bravío; de sus labios apretados salía un gemido rugiente. Tenía los cabellos erizados, el rostro descompuesto en una mueca bestial. Era espantosa.

–¿Qué cosa es esta? –pregunté.

–Te la manda So Joao, ¡dice que es un regalo, la puta que lo parió!

–No la quiero, llévatela de vuelta.

–¡En la perra vida!, ¿sabes lo que me costó traerla hasta aquí?

Blandiendo su revólver se ofreció:

–Si quieres te la mato ahora mismo.

Se relamía por hacerlo.

–No, gracias, mi estimado, déjala nomás; ya veré qué hago con ella.

–No la desates, tiene uñas de tigre –aconsejó, enfundando el revólver un tanto decepcionado. Luego, echándose a reír, dijo de despedida–: ¡Que te haga provecho!

Y dando media vuelta se alejó chupándose la mano herida.

Me puse en cuclillas para observarla más de cerca. Tenía marcas de azotes de la cabeza a los pies. Su respiración se iba calmando, pero seguía tensa, al acecho, dispuesta a pelear hasta el último aliento como un gato montés caído en una trampa. Era una adolescente, con esa madurez prematura de las mujeres del trópico.

Le sonreí amistosamente y estiré las manos para desatarla. Se volvió sobre sí misma y me largó una dentellada que si no la esquivo me arranca un dedo.

–Calma tu corazón que no hay maldad en el mío –le dije en el guaraní más castizo que pude conseguir–; te lo mostraré desatando esas cuerdas que sujetan y queman tus manos y tus pies.

Repetí el ademán y esquivé otra dentellada. Insistí una y otra vez con el mismo resultado. Le hablé amistosamente. Lo único que conseguí fue que al odio se sumara el desdén en la expresión de su mirada. Tenía los labios resecos, los ojos afiebrados, se estremecía como si tuviera escalofríos; pero no aflojaba su fiereza. Entonces fui hasta la casa y le traje agua en mi caramañola. Apretó los labios y sacudió la cabeza negándose a beber. Me di cuenta de que ya habían ensayado con ella buenos modos y que no estaba dispuesta a dejarse engañar una vez más. Su idea era hacer que la mataran o dejarse morir. Le fui tomando respeto a aquella gata salvaje.

Pero el tiempo pasaba y no podía quedarme allí a esperar que se muriera. Como un animal sediento, jadeaba con la boca entreabierta; sus ojos se fueron apagando en adormilado pestañeo; el rostro se distendió mostrando el de una muchacha enferma, en

el límite de su resistencia; pero, apenas la toqué pegó un brinco, rodó por el suelo, trató de incorporarse; estorbada por la manea cayó de rodillas y me enfrentó desafiante.

Entonces me enfurecí. La agarré de las crines, le hice bajar la cabeza, la monté como a una potranca, aguantando unos corcoveos que por poco me derriban. Cuando agotada se detuvo, como ocurre a las yeguas, corté con mi cuchillo los tientos que le ataban las manos y los pies. Hecho esto, me aparté de un salto como si hubiera soltado a un tigre.

Quedó tendida como tratando de entender lo que pasaba; después lenta, cautelosamente, se sentó mirando a su alrededor para hacerse una idea de dónde se encontraba. Y luego a mí. La mirada ya no era hostil, pero tampoco amistosa. Me estaba estudiando; la india hacía sus cálculos.

–¿Viste que soy tu amigo? –le dije, sonriendo–, no quiero hacerte daño.

Hizo algo parecido a un gesto de asentimiento.

–Toma, bebe un poco de agua.

Me arrebató la caramañola y bebió ávidamente hasta la última gota de agua que había en ella. Pareció reanimarse como una flor sedienta socorrida por el riego.

–Ahora si quieres vamos a casa. Necesitas comer y descansar. Estás enferma. Después podrás volver con tu gente, yo no te retendré a la fuerza.

–¡Nei! –asintió.

Se fue levantando como si se desenroscara. Era muy alta, demasiado para una india guaraní, casi tenía mi estatura. Cuando estuvo de pie, estiró una pierna, luego la otra; flexionó repetidamente cada uno de sus pies. Estaba a unos pasos de mí, desnuda, espigada, grácil. De pronto sonrió. Quedé deslumbrado: era sencillamente hermosa.

Miró furtivamente hacia el riacho y el bosque de la margen opuesta. Comprendí que iba a escapar. Me sentí decepcionado, ofendido por su ingratitud.

–¡Anda, vete si quieres, nadie te ataja, india asquerosa; no me importas! –le grité con despecho.

Es algo que nunca hay que decirle a una mujer, porque se va. Tuvo un momento de vacilación, fugaz como la sombra de un pájaro en vuelo. De un salto pude haberla atrapado, siquiera para darme una oportunidad. Ella adivinó mi impulso, porque se apartó de un brinco. Me miró, miró hacia el monte; volvió a mirarme sonriendo, pero esta vez con un dejo de burla; se inclinó y echó a correr velozmente hacia el riacho, llegó a la piedra grande, se arrojó al agua y en dos brazadas lo cruzó. Yo había corrido tras ella. La vi asomar, pulida por el agua, entre los helechos de la barranca opuesta. Levantó un brazo en señal de despedida, y su sombra fue una sombra del bosque.

Me senté en la piedra, herido de muerte. El amor es un misterio que pertenece a la experiencia, no al conocimiento humano.

–XIII–

Al día siguiente Salustiano Peralta, que tenía la mano izquierda vendada con un trapo, me preguntó:

–¿Qué tal te fue con la chúcara? ¿Conseguiste domarla o se te murió?

–Se me escapó...

–¡Carajo, se te escapó! ¡Te dije luego, la hubiéramos matado!

–Así es –admití yo–, debimos haberla matado.

El dolor era tan intenso que me temo que lo dije con un asomo de verdad. Había pasado la noche sin dormir, cavilando en lo que hubiera ocurrido si la hubiese obligado a quedarse por lo menos unas horas, para mostrarle que no era un sujeto de la calaña de los que la habían atormentado de un modo tan cruel; para convencerla de que era su amigo, que deseaba más que nada en el mundo servirla y protegerla. Y acaso ganar su corazón salvaje. Vivir con ella uno de esos romances literarios, que eran los únicos que yo conocía.

Fantaseé hasta el delirio. Escapaba del establecimiento, la buscaba por los montes de tribu en tribu en los parajes más recónditos, viviendo en el trayecto descomunales aventuras. La encontraba finalmente en un valle escondido en la remota cordillera del Mbaracayú, donde por cierto los humanos continuarían viviendo en estado de naturaleza y reinaba el buen salvaje de Rousseau. Ella, al reconocerme, se arrojaba a mis brazos. Me llevaba a

presencia de su padre, quien desde luego era un gran jefe indio, pues mi amada no podía ser menos que una princesa. Como no sabía su nombre le inventé uno, Yerutí, aunque más que una tórtola arrullante pareciera un bravo halconcito. Es que yo tenía dieciocho años y había abrevado en las fuentes del romanticismo, que en aquella época había pasado de moda en todas partes menos en el Paraguay, donde tenía los esplendores de una flor tardía.

Peralta adivinó mi desazón. Me dio una comprensiva palmadita en la espalda y me dijo bondadosamente para consolarme:

–No ha de andar lejos; está muy lastimada; cuando escapó hacía tres días con sus noches que no comía ni tomaba agua. Ni una india puede aguantar en un monte como ese en tal estado. Si quieres, podemos rastrearla con los perros. La encontraremos sin falta, si todavía un tigre no se la comió.

Se me encogió el corazón, pero logré ocultar mis emociones.

–Deja nomás –respondí–, no vale la pena.

Imaginé sabuesos y mastines atraillados estremeciendo el bosque con feroces ladridos; y a Yerutí corriendo desnuda, desmelenada...

En realidad, como lo vería después, los perros a los que se refería Peralta eran unos cuzquitos carachentos, de raza indefinida, inteligentes, movedizos, tenaces. Me contó ña Abelarda que estaban en el establecimiento desde los tiempos en que el devoto administrador mandaba tocar dobles en la campana y rezaba novenas por los mensú que hacía matar. Fueron los antepasados de estos perritos los que siguieron el rastro de su hombre cuando intentó fugarse. La machú los detestaba, pero solía darles restos de comida.

Andaban sueltos, rascándose las pulgas donde se les antojase, o desparramados en procura de su propio sustento, ya que no tenían dueño y sólo se les daba de comer ocasionalmente. Pero bastaba

que un capanga cualquiera, rifle en mano, silbara en la clave convenida, para que de todas partes acudieran gozosos a toda carrera, ladrando y brincando de contentos. Era prácticamente imposible escapar de esos perversos animalitos. Se metían velozmente por todos los vericuetos como si persiguieran ratas. Se comunicaban con ladridos para desplegar complicadas maniobras de cerco y hostigamiento. Según Peralta, bastaba decirles lo que tenían que hacer, porque entendían perfectamente el guaraní. En cambio Samudio, escéptico y criterioso, decía que venteaban el miedo del perseguido.

La táctica de los perritos era la de rodear y acosar a la víctima hasta obligarla a subir a un árbol, donde quedaba a merced de los perseguidores. Lo mismo hacían cuando, en vez de un hombre, se trataba de un tigre, si bien en estos casos solían quedar algunos despanzurrados.

Vale esta digresión porque, como sabrá usted más adelante, yo también tuve que vérmelas con los diabólicos perritos.

–XIV–

Al regresar a la casa encontré a ña Abelarda ocupada en la limpieza, refunfuñando por las cosas que yo había dejado fuera del lugar donde solía ponerlas el ordenado don Moreira.

–Había prometido usted contarme algo de ese extraño sujeto.

–Podría hacerlo brevemente, porque tiene que ver con los extraños vericuetos de la conciencia humana; pero ya es casi medianoche, y a mi historia le falta lo mejor. ¿Por qué no se va a dormir y continuamos mañana?

–¡Qué esperanza, don Marciano, no me haga eso ahora!

–Halaga usted mi vanidad profesional. Le he dicho que así como mi padre fue un hablista, yo soy un contador de cuentos.

Como pude constatarlo en un álbum de fotografías que encontré en uno de los cajones del escritorio, junto con una carpeta de correspondencia privada, don Moreira fue un hombre bajito y sumamente feo. Pertenecía a una próspera familia de comerciantes, dedicada al negocio de la construcción en la ciudad portuguesa de Coimbra. Se enamoró de una bailarina andaluza muy hermosa. Le puso piso, como se estilaba en la época y hasta era de buen tono;

pero acabó casándose con ella, lo cual fue un escándalo. Vinieron al Brasil a "hacer la América", trayendo un considerable capital. Instalaron en Uruguayana un floreciente negocio de construcción de casas de madera. Don Moreira había hecho estudios de ingeniería y era un excelente carpintero aficionado. Pero ocurrió que ella contrajo el mal de Hansen, seguramente contagiada por algún miembro de la servidumbre. A punto de arruinarse en procura de la imposible curación de su esposa, don Moreira decidió refugiarse con ella en los yerbales del Paraguay, porque la alternativa era internarla en un leprosario.

Construyó la casa y la dotó de las comodidades posibles. Brindó a su esposa cuidados y cariño, pero la enfermedad seguía su curso implacable. No recibían a nadie, salvo a la joven Abelarda, que les profesaba una lealtad perruna. Pocos sabían de la existencia de Isabel, que así se llamaba la desdichada, y esos pocos acabaron por olvidarla. Solamente por las noches salía a tomar fresco en el corredor, o iba a sentarse en la gran piedra que había junto al remanso. Allí algunos vislumbraron su presencia fantasmal, y el lugar se fue envolviendo en un hálito de misterio.

Cuando la lepra hubo transformado el bello rostro de la andaluza en una máscara espantosa, mutilado y cubierto su cuerpo de llagas purulentas, los esposos resolvieron que don Moreira le pegaría un tiro a Isabel y se mataría después del mismo modo. Vistió ella sus mejores galas. Salieron a dar el último paseo a la luz de la luna, evocando tal vez los momentos felices que pasaron juntos.

En un momento dado, don Moreira le disparó un tiro de escopeta. Cumplida la primera parte de lo pactado, para sorpresa suya, el portugués sintió un inmenso alivio, y pensó que, después de todo, no tenía por qué cumplir la segunda. No estaba enfermo, le quedaba una larga vida por delante, libre por fin de una carga

asquerosa, atormentado siempre por el miedo al contagio, en compañía de una mujer a la que, hacía mucho tiempo, había dejado de amar, y la cual por el contrario le producía un asco insufrible.

No era época de zafra, en "La Campana" había muy poca gente. Don Moreira le dijo a Abelarda que Isabel había sufrido un accidente fatal, pero que no había por qué comunicar a nadie su fallecimiento. Construyó un féretro, y en sencilla ceremonia, entre los dos la enterraron en el patio, cerca de la casa. En vez de cruz, don Moreira plantó un pino de su tierra sobre la tumba.

Ña Abelarda me contó, cuando su afecto por mí se sobrepuso a su lealtad a un muerto, que se había dado cuenta de inmediato de lo que en verdad había ocurrido; pero, en su fuero interno, comprendió y justificó a don Moreira. Isabel se había convertido en un monstruo horripilante, que en su desesperación hacía amargos reproches a su esposo, que sólo tenía bondades para ella.

Le pregunté a ña Abelarda por qué aquel hombre no se había marchado de "La Campana", ya que nada le retenía en un lugar que sólo podía tener para él efectos dolorosos.

–Lo hizo –respondió ña Abelarda, que era muy inteligente–, pero al cabo de unos meses regresó del Brasil, por el lado del Paraná, con una cantidad de mulas cargadas de libros. Se instaló de nuevo en su casa y no volvió a salir del establecimiento nunca más. Le siguieron viniendo libros del Brasil, de la Argentina, de la Asunción y hasta de las Europas, que el turco Jalilo recibía y después se los mandaba junto con las provistas para la proveeduría. Solía sentarse a leerlos en voz alta bajo el arbolito que plantó sobre la tumba de Isabel, que fue creciendo hasta convertirse en un árbol. Más de una vez me pareció que don Moreira le hablaba, y en ocasiones le sorprendí acariciándolo. Pero pasaron muchos años antes de que empezara a perder el juicio.

Algo tuvo que ver, según ña Abelarda, el casal de suindá que anidó en el pino. Era como tener al diablo en casa. Hubo quienes

vieron, antes que don Moreira, la apariencia de una mujer sentada por las noches en la piedra del remanso. Un día amaneció un capanga muerto, flotando en el agua. No se había ahogado; el cuerpo no mostraba señales de violencia; pero el cabello se le había vuelto blanco y tenía el rostro desencajado por el terror. Desde entonces ya nadie quiso acercarse a la casa, salvo ña Abelarda y el propio don Moreira.

El secretario del turco Jalilo cometió la indiscreción de decir que el portugués estaba recibiendo libros de magia negra.

En realidad eran textos de espiritismo y de eso que ahora llaman parapsicología. No muchos, sólo unos cuantos, como yo mismo pude comprobarlo, tal vez para buscar una respuesta a lo inexplicable.

Don Moreira le confió a ña Abelarda que a veces creía ver a la finada; en ocasiones encantadora y juvenil; en otras, con el rostro deformado por la lepra y la muerte. Entonces la llamaba y la visión se extinguía. Empezó a hacer tilinguerías como aquella de la calavera y la linterna. La buscaba a Isabel entre las sombras de la noche. Solía hablar incoherencias en las cuales se vislumbraba una confesión. So Joao lo soportaba solamente porque era insustituible en su trabajo, que realizó hasta el día que precedió a la noche de su fin, del modo más escrupuloso, sin cometer un solo error.

–¡Se encontró con el fantasma!

–Tal vez, pero eso nada agrega a la historia de un hombre que me merece compasión y respeto.

–¡Realmente conmovedor!

–El Alto Paraná sabe de muchos que han venido a refugiarse a estos bosques después de haber agotado su destino.

–XV–

La experiencia adquirida en la teneduría de libros de la tienda de mi padre en Villarrica, hizo que me resultara sumamente fácil el trabajo en la administración de "La Campana". Salvo los momentos pico, de recepción y remisión de cargamentos y de liquidación de haberes a los subcontratistas, en los que había que emplearse a fondo, no me demandaba más de dos horas diarias, y había días que pasaba mano sobre mano en la oficina sin hacer absolutamente nada. Pero no crea usted que me aburría.

Por empezar tenía a mi disposición la biblioteca de don Moreira, que, como le dije, contenía muy buena literatura portuguesa y brasileña, así como traducida al portugués, un idioma que no es necesario aprender pero sí practicar. Lo hice tan asiduamente que en poco tiempo lo leía sin dificultad alguna. Seguramente fue la lámpara encendida hasta altas horas de la noche lo que hizo temer a mi amigo Hilarión Samudio que yo estuviera entregado al estudio de la magia negra.

Cometí también la indiscreción de leer la correspondencia privada de mi finado dueño de casa. Entre ésta hallé una carta que me llamó la atención, firmada por un tal Charles Sedgwick. Casi cincuenta años después me enteré por boca de Alicia Santos, que se trataba de un explorador y antropólogo inglés, que desapareció en el Alto Paraná siguiendo el rastro de una tribu de indios bravos.

Preguntaba Mr. Sedgwick si don Moreira había oído hablar de una tribu guaraní que no pertenecía a las parcialidades conocidas de cayguá monteses, y cuya lengua era muy parecida al guaraní que usan actualmente los paraguayos, incluyendo algunos hispanismos. Esta y otras particularidades de estos indios hacían suponer que se trataba de los últimos restos de los carios de la región de Asunción, que posiblemente se internaron en los bosques tras el fracaso de alguna de las grandes insurrecciones ocurridas en las primeras cuatro décadas de la conquista española. De confirmarse tal hipótesis, sería un verdadero hallazgo para la etnohistoria. Las últimas noticias que se tenían de estos indígenas los ubicaban en la cordillera del Mbaracayú.

Recuerdo la carta porque yo estaba por entonces muy interesado en todo lo referente a indios bravos. Una tribu misteriosa, de mis propias raíces, excitaba mi imaginación, ya de por sí alucinada, como diría So Joao.

Como mi trabajo en la administración era indudablemente útil, y por añadidura les había caído en gracia a So Joao y a sus dos capangas de confianza, di parte de la existencia en la casa de una escopeta de dos caños y pedí permiso para salir a cazar con ella. Se limitaron a advertirme que tuviera cuidado de no desatinarme en el monte, y que si tal cosa ocurría no tratase de orientarme a tontas y a locas sino que hiciera disparos intermitentes, que ellos me irían a buscar. Tuve que hacerlo en mi primera salida, motivo por el cual Samudio me acompañó la vez siguiente para darme lecciones elementales de orientación. En adelante salimos con frecuencia a cazar juntos, hasta que se produjo el episodio en el que resultó muerto el pigmeo guayaquí; pero, para entonces ya me había convertido en un aceptable montero.

Además de la diversión y de la carne fresca que me procuraban, mis expediciones de caza obedecían a un doble propósito, uno razonable y el otro completamente delirante.

En lo que al primero se refiere, me daba cuenta de que me había hecho indispensable a So Joao, que detestaba ocuparse del papeleo. No se cansaba de elogiarme. Me prometió escribir a la empresa para que me incluyera en su nómina con un cargo y un sueldo equivalentes a los del finado don Moreira, quien dicho sea de paso, en vida estuvo muy bien remunerado. Lo cierto es que, en lo que de él dependiera, So Joao no permitiría que me marchase por motivo alguno. Poseía, en su concepto, el instrumento legal para retenerme. Mis deudas en la proveeduría, sumadas a los diez mil pesos que presuntamente me adelantara el turco Jalilo, aumentaban día por día, puesto que yo gastaba con la despreocupación propia de quien no piensa pagar. Planeaba fugarme aunque sea por el placer de provocarles una rabieta a esos canallas.

El hacer planes de fuga era uno de mis entretenimientos favoritos. Ya había ubicado el establecimiento en un mapa, que desde luego encontré en la biblioteca del ilustrado don Moreira. Estudié los itinerarios posibles. Yendo unos cien kilómetros hacia el este, con una desviación de veinticinco grados al sur, estaba la Argentina, cruzando el Paraná; pero, esa era la dirección de fuga más lógica, y no tardarían en atraparme con los endiablados perritos. También sería rastreado hacia el oeste y hacia el sur. Llegué así a la disparatada conclusión de que lo mejor sería rumbear al norte por la selva densa, buscando la frontera del Brasil por la cordillera del Mbaracayú, que estaba llena de indios bravos. No pensé que era una loca temeridad porque tenía otros motivos igualmente demenciales, por aquel lugar común que dice que el corazón tiene razones que la razón no puede comprender.

Si mal no recuerdo, ya le dije que podía cruzarse el riacho, frente a la casa, por un puente de tablones tendidos de pedregón a pedregón. Yo era el único que lo usaba. Y no solamente por la fama siniestra del lugar, sino porque casi nunca se entraba en ese

bosque. Era muy enmarañado y no conducía a ninguna parte. Había mejores sitios para ir a cazar. Uno de los inconvenientes era que, andando cosa de un kilómetro hacia adentro, cerraba el paso una larga cañada cubierta de tacuapíes, que son unas cañas, parientas de los bambúes, que crecen como una plaga formando barreras infranqueables. El único modo de cruzarlas es abriendo un pique con el machete, cosa no muy difícil por la blandura de los tallos, parecidos a los de la caña dulce, pero huecos.

Lo primero que hice fue abrir un paso secreto, para mi proyectada fuga, cuya entrada y salida mantuve ocultos. Entre tanto me servía para extender mis cacerías monte adentro, explorarlo y familiarizarme con él.

No lejos del riacho y cerca de la cañada, junto a una surgente de agua pura y fresca, construí un sobrado en un árbol para que me sirviera de escondite y base de operaciones. Allí fui acumulando todo lo necesario para emprender mi fantástica aventura, valiéndome del crédito ilimitado de que disfrutaba en la proveeduría, a la que afortunadamente su concesionario, el turco Jalilo, mantenía muy bien provista. La idea de estafarle alentaba mis propósitos.

El plan era sencillo. En uno de esos días en que So Joao y sus dos capangas favoritos se iban al poblado a visitar al turco, dejar dicho en la administración que iría a cazar; partir llevando solamente la escopeta, recoger lo que tenía guardado en el escondite y ganar una o dos jornadas antes de que salieran a buscarme, seguramente pensando que me había extraviado o sufrido un accidente. Pero, como eran sueños que se alimentaban de sí mismos, y ningún loco come lumbre, no me apresuraba en hacerlos realidad.

Lo cierto es que no me sentía atrapado sin salida. Tenía el buen sentido suficiente como para darme cuenta de que me encontraba en una situación insólita de la que necesariamente saldría más tarde o más temprano. Cuanto me rodeaba me era ajeno

y circunstancial. Por mi familia y por mi educación pertenecía a un mundo totalmente distinto, que sabría rescatarme. Aceptaba la realidad presente y me sumergía en ella de un modo convencional, como quien lee una novela apasionante que le hace reír, temblar y llorar a pesar de que sabe que el argumento y los personajes son ficticios. En noches de luna llena, sentado en la misma piedra, junto al remanso, donde la desdichada Isabel fue muerta por el desolado don Moreira, que halló su fin en el mismo sitio, enloquecido por la visión del espectro de su amada, yo me sentaba a suspirar por Yerutí.

–Me cuesta creer, don Marciano, que se enamorara a tal extremo de una india a la que había visto sólo un rato.

–¡Desde luego que sí, Yerutí era mi Dulcinea!

–Es decir, la mujer que usted amaba no existía en la realidad sino en su imaginación.

–Se equivoca; Dulcinea es la esencia misma del amor; quien no haya sido capaz de emular la locura de don Quijote, no ha amado nunca.

Con los años, recordando aquellos tiempos, me doy cuenta de que mis fantasías se habían ido apoderando de mí hasta obsesionarme. Estaba inmerso en ellas al extremo de no desear otra cosa. Algo parecido a los mineros que se hacen amantes de Caa-yaryi, la Abuela del Bosque, a la que sólo poseen en sueños.

A pesar del aislamiento de "La Campana", llegaban, aunque con algún retraso, noticias de lo que ocurría en el país y en el resto del mundo. A los tres meses y pico de mi arribo se supo que el coronel Albino Jara había sido derrocado. Si en ese momento le hubiera dicho a So Joao quién era yo en realidad, y que mi familia

estaba en condiciones de pagar mis deudas, ni hubiese encontrado el modo ni se hubiera atrevido a retenerme.

En vez de hacerlo, despaché junto con la correspondencia comercial del establecimiento, una carta para mi madre. Le decía que estaba a salvo, trabajando en la administración de un yerbal, y que esperaba estar de regreso en casa en cuanto terminase la zafra, antes de la Navidad.

En menos de un mes recibí la respuesta. Me daban por muerto, cosa que ella nunca creyó, razón por la cual se negó a permitir, como pretendían mis tías, que se rezase por mí un novenario. En el párrafo siguiente me daba noticia del fallecimiento de mi padre; en otro, de que mi primo Eulalio, perseguido por los jaristas, se había ahogado en el Cuarepotí. Por último me aconsejaba que no me apresurase en regresar. La situación política era caótica; se rumoreaba que estaba a punto de estallar otra revolución.

Pasado el efecto de las malas noticias, como no tenía ninguna gana de participar en otra carnicería como la de Estero Bonete, con inconfesado alivio decidí quedarme donde estaba. No obstante, continué planeando mi fuga, fantaseando mi imposible expedición al Mbaracayú y mi romántico reencuentro con Yerutí.

–XVI–

–Existe una literatura y una leyenda acerca de la vida en los obrajes y yerbales, particularmente referida al Alto Paraná. Tal como usted la pinta, don Marciano, no parece después de todo tan atroz e insoportable; o al menos no lo fue para usted.

–Me hace sonreír, amigo Francisco. Lo que ocurre es que no hay algo tan horrible que no pueda hacerse habitual. El hombre es capaz de aceptar como normales situaciones que vistas desde afuera parecen imposibles de sufrir sin reventar o volverse loco. Prueba de ello son la monstruosa rutina de las trincheras de la Primera Guerra Mundial; los bombardeos de ciudades, los campos de exterminio y otras lindezas de la Segunda. Supongo que en el infierno los condenados acaban por adaptarse al clima. Las grandes empresas que se adueñaron de nuestros bosques después de la Guerra Grande crearon un sistema de explotación despiadado, que para ser más eficaz contemplaba el completo embrutecimiento de sus víctimas, las cuales en rigor tenían un período de vida útil inferior al que tuvieron los esclavos en las fazendas del Brasil. Muchos de los que caían en sus redes acababan por olvidar sus pueblos, las dignas tradiciones patriarcales del campesino paraguayo, a sus familias, y al cabo no sabían siquiera sus propios nombres. Algunos se olvidaban de las mujeres. Se hacían amantes de Caa-yaryi, de la Abuela del Bosque, una hembra celosa e insaciable que los visitaba en sueños y exigía fidelidad absoluta.

Se consubstanciaban de tal suerte con aquella vida bestial que, si salían de ella, regresaban atraídos por una fuerza compulsiva incontrastable. Esto también se explica porque tenía un atractivo propiamente demoníaco.

–Me gustaría saberlo.

–Trataré de explicarlo.

Las atrocidades que describen los libros son exactas, y aún se quedan cortos; pero no entienden a los protagonistas.

No se vaya a creer que fueran mansos. Tenían sus pautas. Si se las sacaba de ellas solían reaccionar con salvaje violencia. Era un juego con reglas tácitamente establecidas. El comerciante, el habilitado, el administrador, el contratista jugaban a explotar y estafar al máximo a los peones; los peones a engañarlos de todos los modos imaginables, y, en la primera ocasión, escapar dejando la deuda impaga, aunque sea para ir a conchabarse en otro establecimiento. Esto era posible porque faltaban brazos y los contratistas solían robarse unos a otros peonadas enteras. Los capangas jugaban a vigilar, castigar las faltas con rigor, perseguir a muerte a quienes intentaran escapar. Mientras cada cual hiciera lo suyo no había de qué quejarse. La lealtad era un concepto desconocido. Si alguien salía jodido el mérito era del jodedor. No había piedad para la víctima. El individuo contaba solamente con su fuerza, su astucia y su suerte. Si estas le fallaban, paciencia y barajar. Se aceptaba el hecho con fatalismo y casi siempre con humor. Se reían de episodios espeluznantes, que a usted le harían llorar. Nunca una queja. La risa del minero paraguayo era una risa trágica, pero viril.

Se equivocan quienes pintan a los mineros como pobrecitos esclavos indefensos, víctimas de amos codiciosos y crueles. Ellos mismos, aunque lo fueran de hecho, no se sentían siervos de nadie.

Eran cariay, hijos de señor, hijodalgos de padre desconocido, una idea que se extendió en el Paraguay, y en ninguna otra parte de América, a los mancebos de la tierra, mestizos habidos por los conquistadores en las mujeres indias y reconocidos por ley como españoles. ¡Habido en india, ella era sólo el instrumento, el receptáculo de la simiente del cristiano viejo! Se sumaba a esto la antigua pasión paraguaya por la igualdad. El más miserable peón no se creía menos que So Joao o el turco Jalilo, aunque el primero pudiera hacerlo matar y el segundo estafarle.

Esto también se explica porque los obrajes y yerbales no eran plantaciones en las que trabajaban cuadrillas de jornaleros dirigidos por capataces.

Los árboles de buena madera y gran tamaño no estaban uno junto a otro. Con suerte se encontraban cuatro o cinco en una hectárea. Para llegar hasta uno de ellos era preciso abrir a machetazos un pique en la maraña, y para sacarlos de allí una troncha por la que pudieran pasar varias yuntas de bueyes, lo cual era todo un problema porque no siempre estaban en lugares fácilmente accesibles. El obrajero se enfrentaba a solas con su árbol, que solía ser de madera tan dura que mellaba el filo del hacha. Cuando por fin se desplomaba aquella mole imponente "que en amistad de pájaros vivió doscientos años", el hombre lanzaba un sapucai de victoria que otros respondían y el mundo entero se animaba de gritos.

Los arbustos de yerba mate se agrupaban formando manchones más o menos extensos escondidos en la espesura del bosque. Los llamaban "minas". La palabra tal vez aludió irónicamente en su origen a las minas de oro y de plata que los conquistadores buscaron obsesivamente en el Paraguay durante medio siglo, para acabar conformándose con el sabor amargo de la yerba, símbolo de sus frustraciones. Después la costumbre de tomar mate se popularizó en el sur del Brasil, el Río de la Plata,

Chile y el Perú. La yerba se convirtió entonces en mina de oro para unos pocos, a costa del dolor de muchos.

Los literatos suelen usar incorrectamente la palabra "mensú" como sinónimo de minero. El mensú era un minero en relación de dependencia, que percibía un sueldo mensual. Eran los menos. El minero típico trabajaba a destajo, por su cuenta, aunque estuviera siempre endeudado. Y no podía ser de otra manera.

El yerbal era buscado y encontrado en el bosque por el "descubiertero", un explorador y baqueano que tenía el mapa en la cabeza, y el cual incluía no pocos secretos bien guardados. El descubiertero siempre sabía más de lo que revelaba, porque de eso dependía su prestigio, su cotización y a veces su pellejo.

Una vez ubicada una zona en la que abundaban parajes donde el arbusto crecía espontáneamente, los mineros de un subcontratista, guiados por el descubiertero, abrían una picada hasta un sitio accesible y más o menos equidistante de los yerbales descubiertos, donde había agua suficiente para hombres y bestias de carga.

Se hacía una "limpiada", esto es, un claro en el bosque. Se construían barbacuás para tostar la yerba, cobertizos para protegerla de la lluvia cuando estuviera pulverizada en morteros o simplemente a garrotazos en la función del "aporreo"; y para embolsarla en sobornales de cuero crudo herméticamente cerrados, que al secarse la prensaban y la dejaban lista para sacarla de allí a lomo de mula.

Estos preliminares eran la parte cooperativa del trabajo, en la cual participaban todos. Iban por cuenta del subcontratista en lo que a provistas se refiere, pero no en cuanto a salarios, ya que se suponía eran de interés común. En dos o tres días quedaba todo listo. Yo no acababa de admirarme de la rapidez con que hacían las cosas.

Entonces venía la repartija de lotes o "trabajados", que podían estar cerca o lejos, ser frondosos o raleados. Se producía una puja

en la que intervenían la experiencia, la agudeza y la astucia de cada uno. No se hacían imposiciones ni se cometían arbitrariedades, porque eso hubiera sido echar a perder la diversión.

De allí en más comenzaba el verdadero trabajo del minero, que consistía en cosechar la mayor cantidad posible de hojas, chamuscarlas para quitarles parte de la humedad y así aligerar su peso, meterla en un raído y llevarla hasta el barbacuá, que podía estar a varios kilómetros de distancia.

Se pesaba el raído en una romana tramposa colgada de un trípode de palos. Se anotaba el resultado en un cuaderno y en la libreta del minero, que no sabía leer pero recordaba exactamente el monto de sus haberes. La ceremonia del "romanaje" solía ser sumamente animada y divertida, por lo que siempre contaba con muchos espectadores. Había mil maneras de hacer trampas y no se perdía ocasión de hacerlas. Pero a veces la cosa pasaba a mayores y podía acabar trágicamente.

La vivienda del minero era el "paguiche", un refugio improvisado hecho de ramas y cubierto de hojas de palmera, junto a su trabajado. Solían formarse grupos sumamente inestables de asociados que trabajaban juntos y acampaban en el mismo sitio. Si la conseguían, tenían con ellos a una machú, generalmente una vieja, que les preparaba la comida, les lavaba la ropa y ejercía de hecho la dirección del grupo, ya que aquellos individualistas sin remedio preferían delegarla en una mujer que confiarla a un varón igual que ellos.

Aislado en las profundidades del bosque, sin vínculos ni responsabilidades sociales ni familiares, desarraigado de su pueblo de origen, el minero era un hombre libre de ataduras morales y materiales. Por endeudado que estuviera siempre contaba con recursos al final de la zafra, porque los administradores eran espléndidos en materia de anticipos, lo cual se entiende porque

estos no tardaban en volver a sus bolsillos, derrochados en francachelas en unos cuantos días.

Aunque era muy exacto y puntilloso en materia de pesos, medidas y cubicajes, saldos en contra y a favor, el minero no trabajaba por la plata, que no tenía importancia alguna para él. El único modo de poner en vereda a esos demonios y obligarles a someterse a una mínima disciplina era con el rigor más implacable; y ellos mismos admitían que así tenía que ser.

La malograda Alicia me preguntó por qué los mineros no se sublevaban. Es que no había contra quién sublevarse si previamente no lo hacían contra sí mismos.

-XVII-

La vida en "La Campana", que estaba en plena tarefa, que así llamaban a la zafra de la yerba, me parecía sumamente animada e interesante. Mi conocimiento de ella se extendió más allá de mis funciones oficinescas, porque a menudo me comedía a hacer diligencias en los trabajados del monte, el más alejado de los cuales quedaba a no menos de cinco leguas. Iba montado en una mula, escoltado por un capanga a caballo. Él no podía hacerlo en una mula, aunque fuera más cómoda y resistente cabalgadura para transitar aquellos desiertos; por razones de estatus, como ahora se diría. El sombrero de fieltro de alas anchas con barbijo, el pañuelo de seda, las bombachas, las botas de media caña, las espuelas de plata, la pistolera y el rebenque mboreví eran el atuendo característico del esbirro de los bosques, que lo distinguía de la masa haraposa de los simples mineros.

En tales ocasiones So Joao me facilitaba un revólver. Las armas eran necesarias no solamente para protegerse de fieras e indios bravos, sino principalmente para hacerse respetar. Los mineros tenían fama de ser unos malevos y unos pícaros, que siempre estaban protestando y no perdían ocasión de trampear a los patrones; lo cual, por lo demás, era absolutamente cierto. También los subcontratistas, que dirigían el trabajo en el terreno, era gente de cuidado. Me di cuenta de que no me convenía hacerme

el bueno con ellos, porque me tomarían por un tonto; o, lo que era mucho peor, por un flojo. No ocurrió nada de eso.

Al regresar de mis giras debía hacer entrega del revólver que me habían prestado, pero no dar cuenta de las balas que había usado para practicar, disparando a diestro y a siniestro, con lo que conseguí convertirme en un tirador casi infalible.

A nadie más que a So Joao y los capangas le estaba permitido portar armas de fuego dentro del perímetro de la administración, esto es, de la cabecera de "La Campana". La regla no admitía excepciones, pero a pesar de que se exponía a una estaqueada y a la confiscación del precioso instrumento, no se perdía ocasión de violarla. El paraguayo de aquellos tiempos, de todas las clases sociales y en la misma capital, si no andaba con revólver al cinto se sentía un pobre infeliz. No tener uno era signo de pobreza extrema y humillante. Lo primero que hacía el peón más paupérrimo si alcanzaba a reunir algún dinero era comprarse un revólver. Y de la mejor calidad, aunque no tuviera qué comer. Yo tenía el mío bien escondido en la casa, pero en ocasiones lo sacaba a pasear disimulado en la faja. Me estorbaba enormemente pero me hacía sentir completo.

La cabecera de "La Campana" abarcaba la administración, la proveeduría y los depósitos. La plana mayor estaba formada por el administrador, el encargado de la proveeduría y media docena de capangas. Venían después los dependientes de oficina y almacén, un capataz y, por último, el personal de servicio, que incluía algunas mujeres.

El poder de So Joao era absoluto, comprendía el de vida y muerte. Era opinión generalizada que lo ejercía con moderación. En los meses que estuve, sólo mandó estaquear y azotar a media docena de trabajadores, uno de los cuales, un prófugo acorralado por los perritos y atrapado por los capangas, tuvo la flojedad de

morirse. Se supo solamente de un minero baleado cerca de su paguiche. Por todo esto se lo consideraba un buen patrón, obligado en ocasiones a hacerse respetar. Era fama que en los establecimientos situados sobre ambas márgenes del río Paraná las condiciones de trabajo eran mucho más duras, los castigos frecuentes y terribles. Hubo patrones que se hicieron célebres por su crueldad. Entre ellos don Vicente Matiauda, abuelo materno de nuestro actual presidente Alfredo Stroessner, que tiene por quien salir. So Joao no era cruel; simplemente era un canalla.

Su mano derecha era Samudio y su izquierda era Peralta. Y ya sabemos que a la izquierda se encuentra el corazón. Manifestaba por Peralta un cariño inocultable. A tal extremo que daba lugar a maliciosas murmuraciones. Para peor el mozo padecía de una belleza casi femenina, se acicalaba como una mujer y andaba siempre perfumado. Por añadidura era celoso. Me di cuenta de que no le caía bien la creciente simpatía que por mí manifestaba So Joao, cosa que no dejó de alarmarme; y, sobre todo, de producirme un sentimiento de asco y de vergüenza. Sin embargo, como de esas porquerías sabía muy poco, acabé por tranquilizarme pensando que el joven capanga no era más que un pobre diablo que teme perder la preferencia del amo.

Salustiano Peralta se mostraba habitualmente infatuado y engreído, adoptando un airecillo de superioridad que lo hacía sumamente antipático; había en él algo así como una locura reprimida, una oculta perversidad que provocaba un instintivo sentimiento de rechazo. Al parecer era consciente de ello y procuraba romper la barrera practicando una demagogia vulgar con los peones; era obsequioso y servicial con las personas cuya estima buscaba; maligno con las que no le caían en gracia. Al principio trató de ser mi amigo, hasta que sintiéndose acaso rechazado, porque era de una susceptibilidad enfermiza, y según se decía, muy peligrosa, abandonó el intento, lo cual fue para mí

un alivio, porque a duras penas podía soportarlo. Con el único que andaba siempre de acuerdo era con So Joao, en cuya casa vivía, pero noté que a éste también le producía en ocasiones un cierto fastidio. Para decirlo en términos vernáculos, Peralta era un "santoró", tenía los santos amargos, carecía de ángel, no le caía del todo bien a nadie, ni siquiera a las mujeres, aunque era muy buen mozo.

En cambio Hilarión Samudio, aunque asesino a sueldo como Salustiano Peralta, inspiraba respeto porque se respetaba a sí mismo. Nunca se rebajaba haciendo ni diciendo majaderías.

El grueso del trabajo se realizaba en el bosque; pero, tanto los subcontratistas como los simples braceros solían hacer escapadas a la cabecera del establecimiento con el pretexto de realizar alguna diligencia. Y ya que estaban, pasaban allí la noche para marcharse a la madrugada. Con tanta gente que no tenía nada que hacer el ambiente era siempre festivo. Se jugaba a las cartas, se guitarreaba, se bebía con paradójica moderación. Las grandes francachelas las dejaban para el final de la tarefa, en el poblado donde les esperaba el turco Jalilo para desplumarlos y endeudarlos de nuevo.

La tarefa convocaba a una cantidad de arribeños pintorescos de todo pelo y calaña. Cada uno de ellos solía contar historias despampanantes, las cuales tenían en común una soberbia indiferencia moral, digna de los dioses del Olimpo.

Todo estaba permitido menos marcharse sin haber saldado las deudas. Se suponía que para eso bastaba cumplir una norma de producción al alcance del más flojo. En verdad exigía deslomarse sin tregua siete días a la semana, y redoblar el esfuerzo si las frecuentes lluvias torrenciales imponían una pausa. En la costa del Paraná, donde el trabajo estaba mejor organizado, se castigaba con azotes al haragán que no hacía un promedio de ocho arrobas por día; es decir, ochenta kilos, lo cual es una barbaridad.

En época de tarefa no había domingos, feriados ni fiestas de guardar; pero, en una ocasión se decretó un asueto para aquellos que quisieran ir a desfogarse en "Corá-guasú". El turco Jalilo había hecho venir para el efecto una selecta y numerosa tropa de bandas.

No sé si sabe usted que la palabra "banda", equivalente a prostituta en el habla popular, se originó en los obrajes y yerbales. Como las putas tenían prohibido el acceso a los establecimientos, porque eran más letales que las armas de fuego, comerciantes de las poblaciones aledañas, árabes en su mayoría, de acuerdo con los administradores traían de vez en cuando un plantel de mujeres de mala vida, garantizando mínimas condiciones sanitarias para que no dejasen un tendal de enfermos. Las acompañaba una banda de músicos, porque la función incluía un gran baile, que casi siempre acababa con una balacera; pero esta era también parte de la diversión. Los pagos se efectuaban con vales de proveeduría, con lo cual el promotor tenía asegurado el cobro de sus comisiones.

Yo tenía ganas de ir, pero por una noche de farra no me animaba a caminar cincuenta kilómetros de ida y vuelta. Entonces, para sorpresa mía, So Joao me invitó a ir con él. Me dijo que me haría dar para el efecto un buen caballo, pero no mencionó el consabido revólver. Esto significaba que había sido admitido sólo a medias en la ilustre orden de la capanguería. Saldríamos, junto con otros, la madrugada siguiente desde la oficina de la administración.

Corría a la proveeduría a ver si encontraba algo adecuado que ponerme. En un baúl arrumbado en la trastienda di nada menos que con un traje completo de explorador, de corte inglés, que me quedaba algo holgado pero que me sentaba muy bien. El encargado que me estaba observando, me dijo:

–Si quieres llévate el baúl entero de regalo; lo dejó para que se lo guardáramos, antes de rumbear para el norte, un gringo medio

loco que andaba dice que estudiando a los indios. De esto hace mucho tiempo. Ya se lo habrán comido los cayguá.

Lo que sí tuve que comprar, sin fijarme en el precio que anotaban, fue un par de lindas botas de media caña, un pañuelo de seda blanco y un chusco sombrero aludo panamá legítimo. No quise adquirir perfume para que no me tomaran por maricón, como a Peralta.

Ña Abelarda me socorrió lavando el traje para quitarle el olor a naftalina, secándolo con la plancha y cosiéndole un par de botones que le faltaban. La faja no iba de acuerdo con el traje, pero era el único modo de llevar escondido mi revólver.

Aparecí convertido en un gentleman, lo cual atrajo sobre mí no pocas pullas. Salimos muy temprano. Fueron con nosotros Hilarión Samudio, Salustiano Peralta y unos cuantos subcontratistas en sus guapas mulas. Dejando atrás alegres grupos de caminantes, pasamos de largo frente a "Corá-guasú", donde esa noche se realizaría el baile, y llegamos al "Hotel Damasco" antes del mediodía.

–XVIII–

Al verme el turco Jalilo lanzó una exclamación de alegría, avanzó hacia mí con los brazos abiertos y me estrechó en un fuerte abrazo, al tiempo que me besaba repetidamente en ambas mejillas.

Me apartó un poco de sí para admirarme mejor. Declaró que me encontraba más alto, más fuerte, más curtido, próximo a convertirme en un patrón yerbatero hecho y derecho. En estos tiempos de auge, declaró, el negocio produce grandes ganancias a los hombres audaces y emprendedores, y no dudaba que yo sería uno de ellos.

Al punto se hizo presente el comisario. Me tendió cordialmente la misma manaza con la que casi me había roto la mandíbula de un puñetazo, mientras que con la otra me daba fuertes palmadas en la espalda.

En cuanto pude librarme de tales efusiones, fui a reunirme en el patio con capangas y subcontratistas, para desensillar mi caballo, darle de beber y refrescarme un poco con el agua de un pozo, que un muchacho sacaba con un balde y la echaba en una batea para que nos laváramos. Después fuimos a una larga habitación con muchas camas, que nos habían asignado en la parte trasera del hotel. Llegaba a nuestros oídos un agitado cotorreo femenino, proveniente de otro cuarto ubicado sobre el mismo pasillo. Pregunté de quienes eran aquellas voces angelicales.

Supimos por un individuo que ya estaba allí desde la víspera, que eran pupilas de un renombrado prostíbulo de Posadas, donde los magnates de la yerba y la madera derrochaban su dinero de un modo tan insensato como los mineros al término de la tarefa.

Habían sido enviadas desde la Argentina por un socio y paisano de nuestro turco, para que hicieran las delicias de quienes pudieran pagarlas en efectivo. La tarifa mínima era de mil pesos. Para que usted se haga una idea, amigo Francisco, esa suma equivalía a cinco veces el sueldo de un capanga.

No pertenecían al elenco de la banda, pero habían insistido, de puro noveleras, en asistir al baile de esa noche en "Cora-guasú", a pesar de que se les advirtió que podía ser peligroso.

–Esas no son para nosotros –comentó ácidamente Salustiano Peralta, que se estaba peinando ante el espejo de un ropero–; o tal vez a lo mejor para Marciano, que se ha pasado a los ricos. ¡Quién lo iba a creer cuando lo repuntábamos como a un peón cualquiera a "La Campana"! ¡Así es la vida! ¿Verdad, Hilarión?

Samudio, que estaba sentado en el borde de una cama fumando un cigarro, observó a su colega y en su frente hubo una arruga preocupada. Peralta se volvió hacia él y le dijo, agresivo:

–¡Ya sabes que cuando hablo me gusta que me contesten! ¿O es que a ti también te ha fascinado este pendejo? ¡Te apuesto un naco que esta noche va a ligar una de las putas finas! No hay cosa que no consiga este arruinado con esa cara de huevón.

Me estaba provocando. Samudio rió entre dientes para aliviar la cosa.

–Que le haga provecho –dijo–, yo no me meto con putas; para eso tengo a mi mujer, que responde todavía.

–¡Vamos a comer, vamos a comer! –dijo riendo uno de los subcontratistas, abriendo la puerta y apresurándose a salir. Conocía a Peralta y no quería exponerse a un balazo de rebote. Aunque

amoscado, salí tras él. Resonó a mis espaldas la risa burlona del capanga.

–¡Por qué el apuro, Marciano, sólo estaba bromeando!

Confieso que me dio miedo.

En el comedor había tres largas mesas preparadas. En la primera había cerveza; en la segunda, botellas de vino etiquetadas; y en la tercera, jarras de vidrio con clericó. Nos sentamos en la primera, que era la que nos correspondía. Pero apenas lo hube hecho, el turco Jalilo vino a buscarme, llevándome del brazo a compartir el almuerzo con patrones de obraje y de yerbal, administradores, habilitados y comerciantes, a ninguno de los cuales se le hubiera podido cortar la cabeza por menos de un millón de pesos. Con ellos estaba también el comisario. La otra mesa estaba destinada a las putas finas, que llegaron con retraso y a las que no presté atención, entre otras cosas porque las tenía a mis espaldas.

Resulta que para entonces ya no era un secreto para nadie quién era yo en realidad, pues no había cuidado de ocultar mi nombre y apellido. Se sabía que había venido como revolucionario prófugo no como tenorio en apuros. Estaban enterados de que mi familia era una de las más conocidas de Villarrica, con parientes e influencias en todo el Paraguay. Pero esto, lejos de inquietar a mis secuestradores, ponía sal y pimienta a los apuros que me habían hecho pasar. Dio mucho que reír el divertido relato que hizo el turco, con su manera de hablar característica, del modo como, de acuerdo con el comisario, había conseguido un ayudante de primera a So Joao.

–¡Bobre turco sabe, bobre turco gombrende! Al verle nomás biensa: este bendejo vale mucha blata, mucha blata; no hay que dejarlo esgabar...

Yo no podía reír mucho porque mi revólver, escondido en la faja, se me había corrido un poco y me apretaba con la culata la

base del estómago. Pero aguanté las bromas sin enojarme, con una media sonrisa complaciente. Me consideraron por eso un joven entendedor de la vida, apto para el negocio de la yerba y la madera, de todos el más rentable.

Desde luego Jalilo no hizo alusión a los diez mil pesos que me había estafado, ni el comisario al dinero que me robó descaradamente. Y a decir verdad, yo tampoco di importancia a tales minucias.

Uno de los comensales, que conocía a mi familia, me aconsejó en un aparte que me quedara donde estaba hasta que terminase la guerra civil que nuevamente asolaba el país. Tres bandos se disputaban el poder y se combatían con ferocidad recíproca y simultáneamente. Para colmo de males, el coronel Jara había vuelto a las andadas y se preparaba a invadir por el sur.

–Algún día terminará esta loca anarquía –concluyó–, no vale la pena que te expongas a morir en una absurda contienda.

Ya no había pues motivo alguno para escapar de "La Campana". Mis planes de fuga, largamente acariciados, ya no tenían objeto. Sentí una cierta nostalgia por Yerutí, como de una ilusión que se disipa. Y lo peor de todo, comenzaba a gustarme la vida que llevaba. No era mala la idea de dedicarse al negocio de la yerba y la madera, más rentable y excitante que el oficio de tendero. Me fui a dormir la siesta con el oscuro sentimiento de que me estaba traicionando a mí mismo.

No lo hice en la habitación del fondo del pasillo, sino en una individual, a la que habían trasladado mis cosas durante el almuerzo, por orden del turco Jalilo.

–XIX–

Se estaba poniendo el sol cuando unos cuantos caballeros salimos del "Hotel Damasco" escoltando a las putas finas que abarrotaban un sulky, en dirección a "Corá-guasú", donde, como usted recordará, yo había estado unos meses antes reducido a la condición de esclavo de los yerbales.

Eran ruidosas mujeres aceptablemente bonitas, vistosamente vestidas y maquilladas, que olían a esencias celestiales. A mí, que no había visto nada semejante ni siquiera en la Asunción cuando jugaba al señorito junto con la pandilla pisaverde de mi primo Eulalio, se me antojó que así serían las condesas y princesas descritas en las novelas, y cantadas en la poesía romántica y modernista. Convencí a una de ellas para llevarla en ancas, y al punto los demás caballeros me imitaron, incluso aquellos que iban montados en mulas.

Mi dama dijo ser española y llamarse Tamara. Por la edad seguramente pudo haber sido mi madre, pero ese fue un detalle que se me pasó desapercibido. Cuando sentí sus tiernos brazos, blancos como la leche, alrededor de mi cintura, mi veleidoso corazón se olvidó de Yerutí. Como no tenía un centavo, me propuse enamorarla con mi poética elocuencia de guaireño. A medida que le hablaba sus brazos me estrechaban más y más. En las difusas sombras del crepúsculo cada uno de mis compañeros iba muy entretenido en sus propios asuntos. Fui retrasando el caballo hasta

que los perdimos de vista. Cuando llegamos al baile lucía una espléndida noche estrellada.

–¡Jesús! –exclamó Tamara, riendo y tapándose los oídos.

Solté una carcajada triunfal. Me sentía eufórico, dueño del mundo. Tuve ganas de sacar yo también mi revólver y hacer tiros al aire lanzando alaridos en medio de la pista, como estaba haciendo parte de la concurrencia. Morenitas descalzas de typoi acampanado se contorneaban seductoras moviendo los codos como alas de palomita a los sones de la banda, esquivando al compañero que zapateaba a su alrededor como un gallo brioso, haciendo sonar los dedos a modo de castañuelas. En torno de la pista un macherío de mirones batía palmas al ritmo del cielito-chopí. Esperaban la ocasión de conseguir una dama, ya que seguramente había una sola por cada diez de ellos. Y allí estaba, mirándonos, Salustiano Peralta.

Para no hacer alarde de mi conquista dejé que Tamara fuese sola a reunirse con sus compañeras. Estaban bajo el cobertizo, sentadas detrás de una larga mesa cubierta con un mantel, sobre la que había jarras de limonada y clericó y platos de bocadillos. Con ellas estaban el turco Jalilo, So Joao y otros personajes de primera categoría. Faltaba el comisario, que andaría de un lado para otro con sus dos soldaditos, poniendo en vereda a borrachos pendencieros.

Sediento como estaba, fui a la cantina con la intención de beber algún refresco. Encontré a Samudio, quien me convidó vino de su propio jarro, en el que flotaban trozos de hielo. Iba a beberlo cuando se me cerró en la muñeca una mano de hierro. Era Peralta. Me sorprendió tanta fuerza en un mozo de aspecto tan delicado.

–¡Deja eso y toma esto, que es de machos! –me dijo, pasándome un vasito culón de caña blanca.

Como vacilé, insistió sonriente, pero veladamente amenazador.

–¿O vas a hacerme un desprecio?

Me eché un traguito. Fue como tragar fuego. Mirones allí presentes rieron por lo bajo.

–¡A fondo, a fondo, no hay que dejar ni un poquito!

–Déjalo en paz, Salustiano –le dijo Samudio–, ¿no ves que es un muchachito?

–¿Un mitaí? ¡No ves sus crestas de gallo! –exclamó, tocándome una oreja–. ¡Muy pronto este fifí va a ser nuestro patrón, tendremos que obedecerle! Pero ahora mando yo y quiero aprovechar, ¡a fondo, dije!

Tuve miedo, obedecí. Los mirones estallaron en carcajadas. Esto alentó a Salustiano.

–¡Mitaí, mitaí, pero con una guasca así de grande! Si no me creen, pregunten a aquella puta vieja que está sentada junto a Jalilo –remató, señalándola con un dedo.

Era demasiado y la caña hacía su efecto. Iba a reaccionar cuando Samudio me tomó de un brazo y me sacó de allí a tirones.

–¡Llévatelo a tu hijito, y cuida que no se cague! –le gritó Peralta, entre las risas de los mirones.

–Salustiano no debería beber –me dijo Samudio, cuando nos hubimos alejado–, no tiene un alma sola. Ya veo que no va a parar hasta descomponer el baile. Ten cuidado, cuando se pone así es muy peligroso.

–¡No le tengo miedo!

–No seas loco, es como el rayo para dejarte seco, ni yo podría con él.

Tenía una sed atroz, así que me acerqué a la mesa grande a ver si me convidaban un refresco.

–¡Eh Marciano! –exclamó al verme So Joao–, ¿dónde te habías metido? Siéntate con nosotros.

Lo hico, para mi mal, junto a Tamara, que apenas me tuvo a mano se mostró escandalosamente efusiva conmigo. La luz potente

de una lámpara Petromax colgada de una viga le daba de lleno. Tenía el maquillaje algo corrido. Se le notaban arrugas en el cuello y en la comisura de los ojos. Estaba demacrada por la fatiga amorosa. Y entre el aroma del perfume que se iba esfumando, se abrían paso los efluvios de ese universal e indefinible olor a puta. Bajo los efectos del natural enfriamiento, del alcohol que no estaba acostumbrado a beber y el mal rato que acababa de pasar en la cantina, mi euforia inicial se vino abajo y dio paso a una creciente irritación. So Joao, que estaba en el otro extremo de la mesa, charlando con dos amigos, me dirigía miradas interrogativas y burlonas; decía algo que yo no podía oír, los tres me miraban y reían a carcajadas. El turco Jalilo, sentado inmediatamente después de Tamara, me observaba pensando seguramente que había usado su mercadería sin pagar.

Las otras chicas quedaban poco tiempo en la mesa. Salían a bailar con quien las convidase, sin hacer distingos sociales, si bien los pobres diablos se abstenían de hacerlo. Los más asiduos eran subcontratistas y capangas. Los patrones lo hacían sólo ocasionalmente. A Tamara, que estaba visiblemente acaramelada conmigo, no la invitaban; pero yo tuve que hacerlo, a su pedido, cuando la banda cambió de registro y ejecutó un pasodoble. Era realmente una mujer encantadora. Lo hizo con tanta gracia que nos abrieron cancha para verla. Volvimos a la mesa entre aplausos. Yo había recuperado el buen humor, y en parte mi enamoramiento. Pero al empezar la pieza siguiente, que era un vals, cuando nos disponíamos a salir, se plantó frente a mi dama Salustiano Peralta. Quedó un momento de pie, sin decir nada, hasta que haciendo un gran esfuerzo, se sacó el sombrero, hizo una reverencia y dijo del modo más cortés:

–¿Me concede usted esta danza, señorita?

No sé cómo aguanté la risa. Tamara no pudo hacerlo y se le rió en la cara. Vi que la sangre saltaba al rostro del joven asesino y

un brillo siniestro aparecía en sus ojos. En la mesa se hizo un silencio de tensa expectativa.

–¿Decía usted, caballero?

–¿Me concede usté esta danza, señoritas? –repitió Salustiano, trémulo de ira, enredando el castellano.

–Otra vez será –respondió ella, con su mejor sonrisa–, pues como ha visto usted, estoy acompañada.

–Bueno entonces –dijo Peralta, mirándome de soslayo como para indicar que la provocación me estaba dirigida–, voy a aprovechar para ir a echar una meada.

–¡Cielos, qué dice usted!

–¡Que me voy a echar una meada, dije o qué punta carajo digo pues! –gritó, bajando la derecha hacia el revólver. Me acomodé de modo que pudiera sacar rápidamente el mío.

Me salvó el gracejo de la española.

–¡Pues hágalo usted en buena hora, señor mío, que buena falta le hace!

Rompimos a reír a carcajadas. Salustiano Peralta miró a un lado y otro como un animal acorralado que busca escapatoria. Fue retrocediendo hasta mezclarse en la pista con los bailarines.

–¡Vaya un tío! –exclamó Tamara, volviéndose hacia la mesa, que aplaudía–, ¡quiere hacer pis y me lo dice, como si yo fuera su madre!

El turco Jalilo la tomó fuertemente de un brazo.

–¡Esta noche tú no bailas más con nadie, bendeja!

–¿Pues por qué no habría de hacerlo? –protestó Tamara.

–Borque si tú bailas con otro se va a armar la bodrida, ¿me entiendes?

–¡Cómo he de entenderlo!

–¡Tiros, balas, muertos si tú bailas, bendeja!

Tamara le dio un beso; el turco sonrió bajo sus bigotazos.

–¿Eso te asusta, morito de mi corazón?

–No me asusto, pero tú no bailarás más, ¿gombrendes?, o ahora mismo te hago llevar para el hotel.

Le expliqué a Tamara que bailar con otro después de haber rechazado una invitación es una ofensa gravísima, que se lava con sangre; pero omití agregar que tampoco ha de importunarse a una mujer que tiene pareja. Esto fue lo que hizo Salustiano Peralta, sin duda para provocarme. Me llamó la atención que So Joao no hiciera nada para detener a su sicario, que pudo haberme matado.

En eso apareció espectacularmente el comisario, seguido de sus dos soldaditos.

–¡Qué carajo pasó aquí! –tronó con su vozarrón.

El turco Jalilo le informó en pocas palabras.

–¡Qué se le habrá antojado a ese puto! –se indignó el comisario; y volviéndose a los soldaditos, les ordenó en guaraní–: ¡Llévenmelo al calabozo, y si se resiste métanmele un balazo para que se vaya civilizando!

Los soldaditos vacilaron. Le tenían miedo a Peralta.

–¡Váyanse pues, o qué les dije!

Los dos soldaditos descolgaron resignadamente el largo máuser del hombro, metieron una bala en la recámara y cruzaron la pista en dirección a la cantina. Tampoco esta vez So Joao intervino para nada.

El comisario agarró del cuello una jarra de clericó y bebió ruidosamente.

–¡Nadie ha de venir, carajo, a descomponerme el baile, esta es mi jurisdicción, aquí mando yo!

–El señor Jalilo dice que ya no podré bailar esta noche –se quejó Tamara, enfurruñada y desvalida.

La oscura y redonda cara del comisario mostró una doble fila de poderosos dientes.

–¡Tesora, cómo no ha de bailar una la reina! ¡Aquí está uno para su damo!

Había revuelo en la cantina. Se vio un largo fogonazo y retumbó el tremendo estampido de un tiro de máuser. Calló la banda, hubo gritos de mujeres, cesó el baile. Los bravos soldaditos se llevaban a Peralta a culatazo limpio.

–¡Que siga la música! –gritó el comisario, que había arrastrado a Tamara al centro de la pista–. ¡Se hay que divertir como en velorio! ¡Pipu'uu!

La banda ejecutó a todo trapo una galopa de antes de la Guerra Grande, música de un pueblo feliz. Salieron a bailar todos los que consiguieron pareja, y no pocos sin ella, como si les picaran los pies. Cuando cesó la música la pista se iluminó de fogonazos, entre estampidos, olor a pólvora y gritos salvajes. Tamara volvió agitada y dichosa. Me dio un beso y me dijo:

–¡Hombre, qué gente estupenda!

De allí en más la fiesta empezó a decaer. Una tras otra las parejas abandonaban la pista con rumbo desconocido. Cesó el tiroteo, quizás por falta de municiones. Hubo un conato de riña disuelto a rebencazos por el eficiente comisario. La banda se tomó un descanso. Fue reemplazada por músicos voluntarios, que acompañándose con guitarras cantaron endechas de amor. La conversación en la mesa, a la que habían regresado las fatigadas bailarinas, era animada y risueña. So Joao contaba con su gracejo habitual divertidas anécdotas. Yo estaba distendido y tranquilo, como si nada hubiera ocurrido en aquella noche intensa, de la que sólo ya podía esperarse un sueño reparador. Vi pasar a Samudio. Lo llamé y le dije que acercara una silla y se sentara con nosotros. Le pasé mi vaso de clericó, al tiempo que le preguntaba qué había sido de Peralta.

–Está preso.

–¿Dónde, en la comisaría?

–No, aquí nomás, en un galpón cerrado, que ya rebosa de gente.

–¿Hasta cuándo los tendrán?

–Sólo hasta que se sosieguen un poco. Espero que a Peralta lo dejen por lo menos hasta mañana. Anda otra vez provocando al que se le pone delante. A veces le entran ganas de matar, como si se le hubiera metido un diablo adentro. Cree que tiene marcada la desgracia, se le antoja que no va a durar, y eso le da una desesperación tan grande que lasta por cualquiera. Malicio que en el fondo lo que busca es que lo maten.

En el otro extremo de la mesa. So Joao interrumpió la anécdota que estaba contando para preguntar a Samudio:

–¡Eh Hilarión, cómo anda Peralta?

–En el galpón.

–¿Lo golpearon mucho?

–Lo suficiente.

Sin más averiguar So Joao continuó el relato interrumpido, entre las risotadas de quienes le escuchaban. La banda había vuelto a la tarima. Ejecutaba a desgano. Unas pocas parejas salieron a bailar.

–Bienso que es hora de ir a dormir –dijo el turco Jalilo.

Las opiniones estuvieron divididas. Mientras se discutía, la banda ejecutó otro pasodoble.

–¡Esto no me lo pierdo! –dijo Tamara, levantándose.

La acompañé gustoso.

Lo que entonces ocurrió pasa por mi mente en un relampagueo de imágenes ajenas a la realidad. Apenas Tamara y yo dimos unos pasos, apareció Peralta y le descargó a la mujer un terrible latigazo en el rostro. Antes de que yo pudiera reaccionar, me derribó de una patada en el estómago y se puso a azotarme con la furia de un loco. Rodé por el suelo retorciéndome de dolor hasta que conseguí echar mano a mi revólver y dispararle un balazo a quemarropa. Cayó como fulminado.

So Joao corrió con la cabeza entre las manos hasta donde había caído Peralta. Se detuvo un momento, como si no diera crédito a lo que veían sus ojos. Lanzó un alarido y cayó de rodillas, sollozando, junto al cadáver.

–¡Salustiano, mi amigo, qué te han hecho, mi amigo!

Sostuvo el cuerpo exánime entre sus brazos, acariciándolo y besándolo entre gemidos.

–¡Ay, ay, ay Salustiano, mi amor, te han matado, te han matado!

Yo observaba la escena estupefacto.

De pronto So Joao levantó los ojos y me miró; le rechinaron los dientes.

–¡Asesino, criminal! –me gritó, amenazándome con un puño–. ¡Samudio, Samudio, dónde estás Samudio!

Samudio estaba junto a él.

So Joao me señaló con un dedo e imperiosa y secamente le ordenó:

–¡Mátalo!

Samudio me dijo, extendiendo una mano:

–¡Dame ese revólver!

–¡Te he dicho que lo mates ahora mismo! –rugió So Joao.

Samudio dio un paso hacia mí.

–Dame ese revólver, muchacho, nadie te va a matar.

Di un salto atrás.

–¡No te acerques, Samudio, sabes que no puedo entregarme!

–¡Mátalo, qué esperas, por qué no lo matas? –chilló histéricamente So Joao.

Samudio avanzó resueltamente para arrebatarme el revólver. Apreté el gatillo sin apuntar, en instintivo impulso de defensa. La bala le dio en el pecho. Apenas se tambaleó. Me dirigió una mirada perpleja.

–¡Hermano! –me dijo, y cayó muerto.

Entonces no sé qué me pasó. Me moví como en sueños. Di un paso hacia el administrador. Algo habrá visto en mis ojos porque lanzó un alarido de terror. No atinó a defenderse. Tenía su revólver. El mío colgaba con mi brazo derecho. Pero él se hincó de rodillas, entrecruzó las manos, suplicante, y se puso a chillar de un modo horrendo.

–¡Muchacho, qué vas a hacer muchacho, mi querido muchacho, no me mates, no me mates por amor de Dios!

No tenía intención de hacerlo, pero le disparé. Se revolcó en un charco de sangre dando espantosos alaridos.

–¡Socorro, confesión, confesión! ¡Virgen de la Concençao, Virgen de la Concençao!

Le apunté cuidadosamente a la cabeza. Dio violentamente contra el suelo y le estalló como un huevo.

Retrocedí lenta, amenazadoramente, con el revólver humeante. Entre tanta gente armada, nadie atinó a reaccionar. Ya en la oscuridad, eché a correr hacia el bosque.

No me persiguieron.

–XX–

–Así fueron las cosas, mi estimado Francisco. Han pasado cincuenta años y todavía me pregunto por qué maté a So Joao.

–Quizá temió inconscientemente que si no lo hacía él le hiciera matar a usted, como ya lo había intentado. Hubo exceso en la defensa, pero sin duda tiene atenuantes.

–No es eso lo que me preocupa. So Joao era un canalla, un degenerado, un asesino que había hecho atormentar y matar a peones indefensos. Tuvo su merecido, más lástima me hubiera dado un cerdo. Pero quiero saber si fui yo quien lo mató, o algún desconocido que me habita.

–¿Cómo pudo escapar?

Se había apoderado de mí una sangre fría demencialmente lúcida. No me interné en el bosque. Así como estaba, sin poncho, sin machete, con solamente dos balas en el tambor de mi revólver, no hubiera ido muy lejos. Además, era el primer lugar donde me buscarían. Un buen rastreador, con perros o sin ellos, no tardaría en encontrarme. Así que, después de descansar un rato, hice lo que supuse a nadie se le ocurriría que iba a hacer: regresar a "La Campana" por donde había venido. A esas horas el camino estaría desierto, pues no se anda de noche por el monte si no se tiene una buena razón para hacerlo. Mis huellas se confundirían con las de

quienes habían acudido a la fiesta caminando. Por eso, y para mayor comodidad, me eché las botas a la espalda. A buen paso, pero sin apuro para no agotar mis energías, cuando empezaba a clarear tuve a la vista el valle y la cabecera del establecimiento. Entonces salí de la picada grande. Siguiendo las sendas que usaban los mineros para sacar sus raídos, llegué al riacho, lo crucé a nado y me interné en la selva densa de la orilla opuesta. A media mañana estaba desayunando conservas enlatadas en el escondite que, de tiempo atrás, había venido preparando para mi más que planeada fuga.

Tenía de todo: mi viejo poncho, algo deshilachado pero de calidad insuperable, puesto que lo había traído de mi casa; una hamaca india de livianísima fibra de hojas de palma; una lona encerada para protegerme de la lluvia; un mosquitero de lienzo; una muda de ropa de tela fuerte; zapatones reyunos, guardamontes; una linterna, pilas de repuesto; anzuelos y liñada, un machete en su vaina; sal, raspadura, latas de carne conservada, yerba; plato, pava y ollita; todo metido en un morral de cuero al que había agregado un correaje para convertirlo en una cómoda mochila.

Y, lo principal: dos cajas de balas de revólver y otras dos de escopeta; un frasco de pólvora, y municiones y espoletas para recargar los cartuchos. Me faltaba una cosa sin embargo: la escopeta, que estaba guardada en la casa del finado don Moreira. Me senté a meditar si debía renunciar o no a tan precioso instrumento. Decidí aguardar la noche para ir a buscarla. Apoyé la cabeza en el morral y me quedé dormido. No me había dado cuenta de que estaba terriblemente cansado.

Era de siesta cuando me despertaron los gozosos ladridos de los protervos perritos, que se acercaban a toda carrera desplegados en abanico hacia donde yo me encontraba. Pegué un brinco, tomé el morral y eché a correr a lo que daban mis piernas hacia la cañada cubierta de tacuapíes, en la cual, como usted recordará, había abierto un pasadizo secreto. Las cañas que había cortado estaban

tiradas en el suelo o amontonadas a los costados, resecas por el sol.

Crucé corriendo a grandes saltos para que los pies no se me enredaran en las cañas y la hojarasca. Cuando llegué jadeando al otro lado ya unos cuantos perritos se habían metido en el pique, avisando con sus ladridos que habían dado conmigo. Les respondían otros que avanzaban deslizándose por debajo de los tacuapíes para cerrar el cerco. Abrí el morral, saqué el frasco de pólvora, lo derramé sobre las cañas cortadas y resecas, la encendí con el yesquero. Me ayudó un fuerte viento norte. El fuego corrió veloz por la picada, ensanchándose a los costados. Oí horrorizado lastimeros aullidos de perritos que se quemaban vivos. Un momento después la cañada era un incendio que amenazaba propagarse en el bosque. Me alejé temblando de miedo. Me había salvado de una buena.

–¿Cómo se le ocurrió hacer lo que hizo?

–No lo sé, lo hice sin pensarlo, de un modo automático. Tal vez mis largos y reiterados fantaseos con el tema de la fuga me habían, por así decirlo, entrenado mentalmente para reaccionar con rapidez, como un boxeador que esquiva un golpe y lo devuelve en fracciones de segundo. Si tuviera que pensar no tendría tiempo para hacerlo.

–¿Qué le hubieran hecho si lo hubiesen atrapado?

–¡Nada!

–¡Cómo que nada!

–Es para reír, lo supe mucho después. Para la mentalidad de esa gente un muerto ya se murió, no puede hacer mal ni bien a nadie. So Joao y los dos capangas estaban en el otro mundo; que Dios, si tenía ganas, se ocupara de ellos. Yo en cambio estaba vivo

y no era un cualquiera. El comisario, el turco Jalilo y otros testigos presenciales, entre los cuales se encontraba aquel señor de que le hablé, que conocía a mi familia, estuvieron de acuerdo en que había sido provocado y agredido a un extremo que ningún hombre puede tolerar. Había matado a los tres individuos en legítima defensa; era un joven valiente, digno de respeto y admiración.

El comisario tomó en sus manos el asunto. Decidió que se me dejara en paz por esa noche, para dar tiempo a que me tranquilizase. Había que evitar que, creyéndome perseguido, me internase en los montes, donde podía desatinarme y sucumbir víctima de las privaciones, de las fieras o de los indios bravos.

La madrugada siguiente salió a buscarme al frente de una comisión de voluntarios bien montados, entre los cuales se contaba un descubiertero, baqueano famoso. De un vistazo se dio cuenta de que no me había escondido en el monte. De ahí en más le fue fácil identificar mis huellas en el camino. Mis pies, aunque acostumbrados a caminar descalzos, eran muy diferentes a los pies de un campesino, que son anchos y chatos, de dedos desparramados. Al punto el comisario comprendió mi maniobra.

–¡Ese mozo es muy letrado! –dicen que exclamó, echándose a reír–; tiene muchas barajas, pero no me ha de ganar al truco. Va a equiparse y aprovistarse en "La Campana" antes de echarse al monte.

A medio galope, deteniéndose de vez en cuando para verificar mis huellas, alcanzaron el punto en que salí de la picada.

–Dará un rodeo para llegar a su casa sin que nadie lo vea –calculó el comisario–, seguramente de noche. Vamos allá a esperarlo. Si lo seguimos ahora puede pasar otra desgracia. No se olviden que está armado y es un mozo resolvido.

Ya en la administración de "La Campana" uno de los capangas le convenció de que, si estaba cerca, los perritos me encontrarían en un momento.

–No le van ni a morder –dijo–, nomás le van a acorralar y avisarnos dónde está.

El incendio de la cañada les tomó completamente de sorpresa. Provocó carcajadas y gritos de admiración en mis perseguidores. Los chamuscados perritos sobrevivientes encontraron lo que había sido mi escondite. Allí estaban, desparramadas por el suelo, dos latas vacías de carne conservada y algunas cosas que no alcancé a llevar. El comisario tomó el asunto deportivamente.

–Ese hijo de la diabla alcanzó a aprovistarse. Con lo militar que es no lo vamos a agarrar así nomás. Dejemos que se vaya, no ha de pasarle nada. Seguramente buscará salir al Paraná. Hay que avisar allá para que si lo ven le digan que no hay denuncia contra él, que puede volver si quiere. Esos tres que mató se murieron de diarreas.

-XXI-

Nada de esto podía yo siquiera imaginármelo. Suponía en cambio que me acosarían sin tregua, como a un tigre cebado. La facilidad con que descubrieron mi maniobra y dieron conmigo la primera vez, me obligaba a no subestimar a mis perseguidores. Me mantenía continuamente en guardia, de día y de noche, esperando verlos aparecer en cualquier momento. Daba por seguro que si me atrapaban me darían una muerte horrible.

Si salía de la selva, en el mejor de los casos me esperaba la cárcel, acusado de homicidio. Aunque saliese absuelto mediante la intervención de buenos abogados y de poderosas influencias, cargaría para siempre el estigma de que era un asesino. Había mancillado el honor de mi ilustre familia, que no tuvo una tacha en varios siglos. Me causaba horror lo que había hecho, con razón o sin ella. Cuando me detenía a pensar me abrumaba el sentimiento de haber malogrado mi vida en plena juventud. Me había convertido en un paria.

–¿Qué edad tenía entonces, don Marciano?

–Acababa de cumplir diecinueve años, pero estaba templado. No perdí demasiado tiempo en lamentaciones. Me interné en lo más profundo del bosque, lo cual significaba que, de un modo inesperado, se estaban haciendo realidad mis fantaseos, a los cuales

ni yo mismo había tomado muy en serio. Supe mucho después que, con excepción de mi madre cuya fe en mí se sobrepuso a toda lógica, como tardaba en aparecer acabaron por darme por muerto. No era de esperar que un ex estudiante capillero sobreviviese completamente solo en aquellas inmensas soledades, que se solían tragar a los monteros más experimentados.

–¿Tuvo miedo?

–Si lo tuve, no lo recuerdo. Caminé sin apuro, día tras día, deteniéndome cuantas veces me daba la gana. No tenía adónde llegar. La cordillera del Mbaracayú es una región de serranías que abarca miles de leguas cuadradas; no era un lugar sino un ensueño. No obstante, mi orientación general era hacia el norte, como si me guiara una brújula secreta. Me alimentaba de raíces, miel y frutas silvestres. Los ríos y arroyos literalmente hervían de peces. Para cazar me fabriqué una honda, que había aprendido a usar en mi niñez, y con un poco de práctica logré derribar algunos pájaros. También sabía armar trampas. Las balas de mi revólver las tenía reservadas para la defensa. No tuve que usar ninguna. Poco a poco, a medida que me iba sintiendo seguro, la aventura llegó a parecerme fascinante.

–¿Fascinante?

–Antes que enfrentado a la naturaleza me sentí acogido por ella; penetraba en la selva y me adentraba en mí mismo; era parte de una unidad más vasta y más profunda. Me apena que esos bosques ya no existan. Evoco como a amigos muertos a aquellos árboles enormes, centenarios, venerables, en los que aparecían de tanto en tanto, como espíritus tentadores, orquídeas de indescriptible belleza. Había un murmullo, un latir incesante que se me antojaba eran voces de la eternidad. La magia es tal, Francisco, que me quedé para siempre en el Alto Paraná. Sólo me ausenté durante mucho tiempo cuando fui a la guerra.

–¿Estuvo en la guerra, don Marciano?

–Estuve en la guerra sí, y fui varias veces herido y condecorado; soy capitán de reserva... Pero lo que usted quiere saber es otra cosa. Se la diré: matar en la guerra es muy distinto.

–¿Por qué?

–Es algo fortuito, impersonal. El instinto de la tribu, el patriotismo y esas cosas le dan al crimen una bandera. La guerra es absurda.

–Siga entonces contándome su aventura en el bosque.

–Una mañana remonté el curso de un arroyo que se deslizaba acariciando un lecho de arena entre paredones de basalto encortinados de madreselvas y lianas. Trinaban pajarillos en las ramas de los árboles que se entrelazaban en lo alto formando una fantástica glorieta. Danzaban mariposas de brillantes colores, colibríes de esmeralda. Llegué a un sitio donde una cascada cristalina se volcaba en un remanso azul. Entonces vi a una ondina...

–¿Una ondina? ¡Vamos, don Marciano!

–Recuerde que soy de Villarrica, que empezaba a ser criadero de poetas modernistas. Fue lo que creí en un primer momento. El agua de la cascada jugaba con sus cabellos y se deslizaba por su desnudo cuerpecito de bronce. Como si me estuviera esperando, al verme salió del agua y se me acercó confiadamente, sonriendo con una dulzura encantadora.

Le hablé en guaraní.

–Hola, ¿quién eres tú?

No respondió.

–¿No sabes guaraní?

Me siguió mirando, sin dejar de sonreír.

–¿Qué haces sola en el bosque?

Entonces me di cuenta de que era sordomuda. Como me enteraría después, se llamaba Panambí, Mariposa. Aún no había pasado los ritos de la pubertad. Le gustaba pasear sola por el bosque, como si oyera voces más allá del silencio al que la condenaba su sordera. Ni las serpientes ni las fieras le hacían daño. La habían visto jugando con los cachorros de una tigre, bajo la complacida mirada de la madre de estos. Muy querida de todos, la dejaban al cuidado de Caa-yaryi, de la Abuela del Bosque, que entre los indios es un espíritu benéfico, protector de la vida; no como entre los embrutecidos peones paraguayos, una hembra lasciva e insaciable que acecha al hombre en la espesura para introducirse en sus sueños y agotarlo con su lujuria bestial.

–¡Parece un cuento!

–En el desenlace está el proceso del que le hablé al principio de nuestra conversación

La indiecita me indicó que la siguiera. De nuevo experimenté la extraña sensación de que me había estado esperando. La obedecí.

Yo esperaba encontrar tarde o temprano alguna tribu de guaraníes selvícolas, de los llamados indios bravos, no porque fueran agresivos sino porque rehuían todo trato con la gente de los obrajes y yerbales. ya le di algunos ejemplos de cómo estos por su parte, cuando tenían ocasión de hacerlo, cazaban a los indios como si fueran animales, violaban a sus mujeres, capturaban a sus hijos.

–¿No temió que se desquitaran con usted?

–Existía el riesgo; pero había oído decir que los salvajes cayguá tenían sagradas tradiciones que les impedían negar asilo a

quien lo solicitase, a pesar de que los refugiados cristianos solían causarles graves perjuicios contagiando enfermedades y corrompiendo las costumbres.

–Con tales antecedentes francamente no entiendo por qué los recibían.

–El fugitivo podía ser el padre Ñamandú, Verdadero el Primero, en una imagen terrenal imperfecta; pero, también hubo casos en los que no se atuvieron a tan noble precepto. Había grandes diferencias de una parcialidad a otra, de una tribu a otra; y también entre los individuos que las integraban. Al igual que nosotros, los indios son seres humanos, y, como las nuestras, sus reacciones pueden ser caprichosas e imprevisibles. Fue una ventaja para mí llegar a la "tava", como llaman a las aldeas de dimensiones un tanto considerables, de la mano de Panambí. Atribuían a la niña la capacidad de percibir y despertar la bondad esencial que reside en el alma de todo ser viviente. Me trataron con reservas al principio, pero no tardé en ganar su confianza. Permitieron que me construyera un rancho y tomara una mujer. La india me dio un hijo, que ahora es contador de un aserradero y lleva mi apellido.

–Lástima que no fuera Yerutí... ¿De qué se ríe, don Marciano?

–¡Era Yerutí! No iba a decírselo, para que no pensara que le estoy contando una sarta de mentiras; pero estas cosas suelen ocurrir en la vida real con más frecuencia de lo que generalmente se cree. Tanto, que tal vez no sean del todo casuales.

A mi llegada me alojaron en una casa de huéspedes que tenían en la tava, algo apartada de las demás. Era espaciosa y sólo cerrada en tres de sus lados, supongo para que pudiera verse lo que se hacía dentro de ella. Había postes para tender hamacas y unos troncos para sentarse alrededor de un fogón. Con esos circunloquios que tiene el guaraní, me dieron a entender que podía hacer lo que

quisiera, pero que a ellos tal vez les gustaría que no me moviese de ese sitio por el momento. Si me vigilaron lo hicieron de modo que yo no lo advirtiera ni me sintiese ofendido por tamaña indiscreción.

Las mujeres y los niños se mantuvieron apartados. Un muchacho me trajo un abundante almuerzo y una buena cantidad de cigarros.

Recibí después la visita sucesiva de varios hombres de consejo, algunos de ellos muy ancianos, pero a los que apenas se les notaba su avanzada edad, pues eran lúcidos y vigorosos. Querían saber quién era yo, cómo y por qué había llegado hasta allí; pero, más que interrogarme, me observaban. Por último, ya al oscurecer, vinieron todos juntos a tomar mate conmigo. Tuve que repetir lo que ya le había dicho a cada uno de ellos por separado, y que, por lo demás, era la pura verdad. Aquellos indios parcos no podían ser más respetables, aunque estaban completamente desnudos. Parecían muy inteligentes, especialmente uno de ellos, de mediana edad, al que llamaban Avaré. Después supe que no era su nombre, sino algo así como un título equivalente digamos que al de "doctor". Comprendí que podía esperar un trato justo. Fue lo que pensé y fue lo que les dije. Se marcharon dejándome la impresión de que había aprobado el examen.

Al quedar solo me desnudé y me tendí en mi hamaca a fumar con gran placer uno de los gruesos y flojos cigarros indios que me habían regalado. La claridad de la luna entraba a raudales por la parte abierta de la casa.

Pensaba en el encadenamiento de hechos fortuitos que me habían ido empujando, sin que yo me propusiera ni hubiese realizado esfuerzo alguno deliberado para provocarlos, a una situación que sin embargo había entrevisto en mis ociosos fantaseos. Al extremo que en el momento justo en que renunciaba a ellos de un modo definitivo, se produjo un trágico incidente,

absolutamente imprevisible, que cortó mis ataduras y me lanzó a la selva sin alternativa de regreso. Lo único que me faltaba era encontrar a Yerutí, a mi Dulcinea, para reconocer la mano misteriosa del destino; pero, al mismo tiempo que hacía concesiones a la locura acariciando ese delirio, era lo suficientemente cuerdo como para saber que su realización era altamente improbable.

Ensoñaciones y reflexiones se cruzaban en mi mente como nubes empujadas por contrarios vientos, cuando apareció, perfilada por la luz de la luna, la silueta desnuda de una india. Lo primero que pensé fue que se trataba de una atención de mis huéspedes, ya que estaba enterado de que algunos indios procuran noches agradables a los forasteros que les caen en gracia. Como no tenía idea de cómo uno debe comportarse en tales casos, un poco asustado dejé caer el cigarro y me hice prudentemente el dormido para ver qué hacía la muchacha; porque para entonces ya me había dado cuenta de que era una muchacha.

Traía un bulto bajo el brazo. Tranquilamente tendió una hamaca junto a la mía y se acostó. Esto significaba que me había tomado por esposo, cosa que hacen las mujeres guaraníes con esa sencilla ceremonia. Si se quieren divorciar, descuelgan la hamaca y la llevan junto a la del hombre de su preferencia. No me moví. Supuse que una chica tan decidida sabría dar los pasos siguientes. De pronto se rió; no con esa risa breve y aspirada de los indios que yo conocía, sino de un modo abierto y franco.

Se me erizaron los pelos como si hubiera oído la risa de Caa-yaryi, la hembra-demonio que se apodera del alma de los hombres.

–¿Me tienes miedo? Si no me quieres por esposa descolgaré mi hamaca y me iré.

La voz era timbrada, ligeramente ronca, de una extraña dulzura.

Yo estaba mudo de espanto.

–Me llamabas y te llamaba; nuestras voces se cruzaban en el silencio, donde se acaban las palabras; donde solamente late el corazón.

Al dormir nuestras almas dejaban nuestros lechos y revoloteaban felices sobre los bosques y los ríos; jugaban con las estrellas, se bañaban en la luna, cantaban con los grillos. He evocado a los Tupá en los cantos sagrados. Ellos han obedecido. Los Tupá son distraídos e indiferentes, pero no pueden resistir a la danza ritual de las mujeres; al clamor de sus voces reiterativas, insistentes, que giran y giran como el jheymbaguá, el huso de hilar. Por ti he fatigado a los dioses, ¡tómame!

-XXII-

–Estas fueron exactamente las palabras de Yerutí, ¿las ha entendido usted?

–Es un guaraní muy cerrado; pero sí, creo haber entendido bastante bien.

–Eso es lo notable: fueron dichas en el habla de la comunidad, casi idéntico al guaraní paraguayo; hasta incluye, como el nuestro, palabras castellanas guaranizadas. Si Yerutí hubiese hablado en mbyá, pai-tavyterá, avá-chiripá o alguno de los otros dialectos conocidos de los guaraníes monteses, a mí mismo me hubiese sido difícil entenderla.

–¡Muy interesante!

–Lo es en efecto, y es una lástima que por aquel entonces lo que menos me interesaba era la etnohistoria, porque hubiera podido averiguar más acerca de aquella tribu singular. De la información que pude darle, la malograda Alicia, que era experta en lingüística, dedujo que la comunidad a la que yo había ido a parar era de origen cario, de la región de Asunción. Muchos de estos indios se refugiaban en la selva densa después de cada una de las fallidas insurrecciones. En algunas leyendas que me contaron y que yo le conté a Alicia, nuestra antropóloga percibió reminiscencias de la gran sublevación de Overá, ocurrida en la década de 1580, esto es, a casi cincuenta años del arribo de los primeros españoles. Estuvo dirigida contra los símbolos religiosos y culturales de la conquista

y la colonización, tales como la cruz y la vaca, pero ya influidos por estos, puesto que Overá se proclamó, como Jesús, hijo de Dios, y anunció su resurrección. Como usted sabe, la resistencia de los guaraníes duró más de cien años, y los monteses nunca pudieron ser sometidos.

–Eso puede ser muy cierto; pero, lo que a mí me cuesta creer es una india salvaje, casi adolescente, se expresara de aquel modo y dijese tales cosas.

–Bueno, en eso hay un par de cuestiones a considerar.

–Las escucho, don Marciano.

Es un prejuicio suponer que aquellos a quienes llamamos salvajes son necesariamente unos brutos. Lo que ocurre es que tienen una cultura diferente, que se ha desarrollado en una dirección distinta que la nuestra. Un idioma tan perfecto y maravilloso como el guaraní, que es una obra maestra del espíritu humano, no pudo haber sido creado por personas que no sienten con intensidad y que no piensan con exactitud, claridad y profundidad.

En segundo lugar, Yerutí no era una muchacha común. Su padre, hermano del avaré, fue un guerrero astuto y valeroso que falleció algún tiempo después de haber combatido con éxito una de las últimas expediciones punitivas del ejército paraguayo, destinada a exterminar a los indios de la región de los yerbales. En una de sus correrías rescató y trajo consigo a la madre de Yerutí, que había caído en poder de los cristianos. Aunque ella no lo dijo, existía la creencia de que esta mujer había escapado del Yvymarae'y, de la Tierra sin Mal, porque tenía recuerdos y visiones de una vida perfecta. Murió devorada por Mararó, un tigre mágico que, de tanto en tanto, rondaba la tava, y al que tuve la desgracia de conocer, como pronto lo sabrá. Yerutí heredó el talento y la intrepidez de su padre, y el espíritu errátil, extático y sibilístico de su madre.

Como recordará, Yerutí, tórtola, es un nombre inventado por mí. A ella la llamaban Tarumá, que es un árbol sombroso y perfumado que da unos frutos negros, del tamaño de la uva, de un extraño sabor. Tenía además un nombre secreto, que sólo conocían ella y los dioses. Nunca quiso decírmelo. Si lo deseaba pudo haberlo hecho. Los indios suelen confiar su nombre secreto a las personas que estiman, para reconocerse cuando hayan recuperado su verdadera imagen, puesto que la terrenal es imperfecta. Sin embargo, cuando la llamaba Yerutí solía vislumbrar en su rostro una sonrisa enigmática que me llenaba de inquietud.

Había algo muy extraño en Yerutí. Sus rasgos tenían una gran finura. Alicia me explicó que eran propios de la raza protomalaya, como son los guaraníes en general. Su cuerpo era espigado y esbelto; su piel, antes que cobriza, aceitunada; sus ojos, sin ser grandes, no eran oblicuos sino rasgados. En nada se diferenciaba de las paraguayas típicas, que, como usted sabe, tienen fama de ser muy lindas.

Sumaba a ello la primaveral fragancia de la juventud. Su sensualidad era profunda, discreta, sublimada. Como un fruto del paraíso, en un acto religioso, más que entregarse se inmolaba gozando el sacrificio. Pero nunca tuve la sensación de poseerla por completo. Algo de ella se me escurría de las manos como arena finísima, produciéndome una angustia imposible de describir. Tenía ganas de golpearla para imponerle mi dominio, pero bien sabía yo que nada conseguiría con eso.

Cuando estaba exaltada era bellísima; pero, por momentos se manifestaba en ella algo sombrío; entonces se tornaba fea, casi repulsiva, como si los espíritus benéficos la hubieran abandonado. Hablaba poco, con la parquedad propia de los indios, pero a veces le brotaban las palabras como un canto sagrado. A pesar de su juventud, su influencia era muy grande entre las mujeres. Los

hombres de consejo la escuchaban, quizá porque intuían sus imponderables vínculos con el jheruguá, con el misterio. No era hija de un gran jefe indio, como yo la había imaginado en mis románticos fantaseos; pero Yerutí era una reina. Ella desde luego lo ignoraba: la palabra no existe en guaraní

–¡Caramba, don Marciano, parece que no pasó del todo mal entre los salvajes!

–En absoluto; la vida espiritual de los indios guaraníes era mucho más rica que la de los peones paraguayos, y se comportaban de un modo más razonable. Su cosmogonía, su poesía y su narrativa son profundas, ricas y hermosas. Tuve ocasión de conocerlas porque me hice muy amigo del avaré.

–Supongo que el avaré era el brujo de la tribu.

–No había brujos en la comunidad en que viví. El avaré era sencillamente un hombre cuya opinión merecía ser escuchada y atendida porque estaba inspirada en el conocimiento, la experiencia y la rectitud. Además era versado en lo que podríamos llamar historia y literatura. La pobre Alicia lo llamaba "dirigente".

–¿Y el cacique?

–Sólo elegían un jefe en caso de guerra, y eran tiempos de paz. Obraban por tácito consenso, guiándose por la costumbre.

–Buena gente esos indios, ¿no los estará idealizando un poco?

–Ya verá que no los idealizo; pero tenían poca ocasión y ninguna necesidad de ser malos, aunque las diferencias de carácter y de temperamento provocaban a veces algunos conflictos. Había también entre ellos lo que hoy llamaríamos "inadaptados".

–¡No me diga!

–Uno de ellos era mi amigo Mokirasé, un indio de estatura gigantesca, cosa poco común entre los guaraníes. Aunque bien

parecido, cuando lo conocí andaba sin mujer, cosa que le ocurría frecuentemente porque ninguna lo soportaba mucho tiempo. Salvo súbitos estallidos de violencia injustificada, porque ha de saber que también los indios se toman a puñetazos, su trato era agradable. Si estaba de buen humor era alegre, cordial, dicharachero, bromista, siendo estas últimas otras de sus excentricidades entre esa gente taciturna.

Los indios eran muy cariñosos con los niños. Los cuidaban con desvelo, sin distinguir apenas entre hijos propios y ajenos. Era en lo único en que hasta los más ceñudos guerreros daban muestras externas de ternura. Como usted sabe, el guaraní está lleno de matices para expresarla, y entre los indios se conservan muchas partículas que han caído en desuso entre los paraguayos.

En esto Mokirasé no era una excepción. Se entendía con los niños. Siempre estaba rodeado de chiquillos. Quería entrañablemente a Panambí. Le traía frutas, miel silvestre; le hacía muñequitos de barro, tallaba para ella graciosos animalitos de madera. Era conmovedor ver iluminarse el rostro de la niña muda cuando aparecía aquel indiazo de regreso de alguna cacería. Jugaba con ella como si él mismo fuera una criatura, y Mokirasé sabía reír a carcajadas.

Pero era un individualista. Prefería cazar solo, cosa que rara vez hacen los indios. Alegaba que pocos eran tan veloces e incansables como él, pero se creía que éste nomás era un pretexto que ocultaba un motivo secreto. En tales ocasiones solía estar ausente varios días. Los regresos de Mokirasé eran todo un acontecimiento. Las mujeres y los niños lo recibían alborozados. Hasta donde se lo permitía su fuerza hercúlea venía cargado de cueros, carne fresca y ahumada, que compartía generosamente.

Los niños esperaban el relato de sus aventuras, que incluían fantásticos encuentros con Pies Dobles, con la Abuela del Bosque, con el fauno Curupí, con el pícaro Pombero, con la Víbora Perro, con el temible Yaguarón y muchos otros pobladores míticos del bosque, en general risueños, benévolos e inofensivos. Y también disputas escuchadas a hurtadillas entre Tu-i, el loro; Caimí, el monito; y Yaguareté, el tigre siempre burlado por los dos primeros.

Así también podía pasarse semanas enteras tirado en su hamaca u holgazaneando descaradamente, sin participar en las tareas comunales, que eran pocas y en las que todos colaboraban espontáneamente. Por todas estas cosas, los demás guerreros, sin dejar de estimarlo, lo trataban con cuidado y reserva, como si se tratara de un ser extraño, no del todo comprensible.

–Las cuatro almas de Mokirasé se entreveran y confunden –me dijo una vez el avaré–; ni él mismo sabe quién es en realidad.

Mokirasé era muy curioso, quería saber cómo era el mundo más allá de la selva. Me escuchaba boquiabierto, con una mezcla de asombro e incredulidad cuando le hablaba de ciudades, trenes, aviones, automóviles... Aunque yo le decía que se encontraría completamente desatinado e indefenso en aquel caos incomprensible hasta para los que viven en él, me hizo prometer que cuando me decidiera regresar lo llevaría conmigo, aunque sea para echar un vistazo a aquellas maravillas.

Gustaba de mi compañía y pasaba mucho tiempo en mi casa. Yerutí lo trataba como a un niño, lo mandaba a buscar agua y cortar leña, tareas impropias de un guerrero pero que Mokirasé hacía con gusto, sin avergonzarse por ello. A mí me ayudaba a cultivar la parcela que me habían asignado en el rozado comunal. A la suya, por supuesto, la tenía completamente abandonada. Se mostraba dispuesto a hacer cualquier cosa que le pidiera, menos llevarme a cazar con él.

-XXIII-

Yo llevaba la cuenta de los días, las semanas y los meses marcándolos en una vara cuidadosamente pulida que tenía en mi casa, bien a la vista. Lo primero que hacía al despertar por las mañanas era agregarle una muesca con mi cuchillo. Mokirasé me preguntó si aquello tenía un sentido mágico, como las pinturas en el rostro y el cuerpo de los guerreros. Me dejó pensativo, pero le di la explicación más simple. Se rió de mí: para él la naturaleza y el tiempo eran una totalidad continua. La pretensión de fragmentarlos le parecía absurda.

En guaraní es posible, pero muy complicado, contar más allá de cuatro. Tanto, que cuando tenían que hacerlo usaban los numerales españoles. Les bastaban conceptos como poco, mucho, corto, largo, chico, grande, extenso, próximo, alejado, anterior, posterior y otros por el estilo, con diminutivos que iban hasta lo infinitesimal y aumentativos que se proyectaban al infinito. El infinito tenía su palabra: "pavé", que usado como partícula significa "más allá de todo término".

Para decir muchos años decían muchos fríos; o el pasado frío, el antepasado frío, el posantepasado frío, y así también hacia adelante. Cada momento del día y de la noche tenía su palabra. Para referirse a una época determinada decían "ara", tiempo, igual que nosotros, aludiendo a algunos acontecimientos relevantes ocurridos en su transcurso: el de la gran sequía, cuando Mararó, el

tigre mágico, devoró a Ñasaindy, Luz de Luna, viuda de Ara-verá, el Relámpago, y madre de Tarumá, esposa de Macianó, que fue traído antes del pasado frío por Panambí, la Mariposa.

Solían usar las fases de la luna para aludir a períodos más cortos, pero de un modo sumamente vago. En cambio eran muy exactos en lo que se refiere a las cualidades. Cada palabra definía su objeto, y si este tenía una particularidad que lo diferenciase del género al cual pertenecía, el idioma contaba con recursos de sobra para ajustar sobre la marcha el concepto preciso, con una lógica interna realmente asombrosa. Para decirlo en términos un tanto pedantescos, su universo no era cuantitativo sino cualitativo.

Concebían la acción demiúrgica del tiempo: Ara-yaryi, la Abuela del Tiempo, era la madre de todo lo existente, como Cronos es el padre de todos los dioses del Olimpo.

A propósito de "yaryi", la abuela, usado de este modo, no alude a una anciana, sino al genio tutelar que tienen todas las cosas para preservarlas del abuso. Por ejemplo a Caa-yaryi, la Abuela del Bosque, la imaginaban una mujer joven y hermosa, protectora de la naturaleza y de la vida. Todo aquel que quebrara una rama o matara sin necesidad se exponía a los enojos de Caa-yaryi, que no ejercía venganza sino que le retiraba su afecto, lo excluía de su mundo y lo abandonaban a los azares de una existencia desolada y solitaria.

La muerte no era para ellos una fatalidad sino un accidente, que había que procurar evitar pero no temer. Ni los vivos ni los muertos podían sustraerse al presente global de la existencia. El Hombre, el Yvypóra, es el fantasma de la tierra, el alma del mundo, que no puede extinguirse. Sin embargo, una cosa es la doctrina y otras las realidades de la vida. Alicia no me quería creer cuando le dije que los admirables filósofos guaraníes podían ser tan inconsecuentes como un discípulo de Lucrecio en medio de una tempestad.

Yo tenía mi vara mágica, pero no pude fragmentar el tiempo.

Había sido aceptado por la comunidad. Aprendí a usar el arco y las flechas, pero en ningún momento pretendí ser un indio. Esto, lejos de provocar recelos, hizo que me respetasen. No andaba desnudo. Me construí una buena casa de adobe con dos habitaciones separadas por un solero abierto, y la doté de las mínimas comodidades para mí indispensables. No me fue preciso pedir ayuda. Cuando me vieron trabajar, mis amigos y los primos hermanos de Yerutí vinieron espontáneamente a ofrecérmela. Les enseñé algunas cosas y ellos me enseñaron muchas más.

No había ocasión de aburrirse. Eran frecuentes los bailes, las comilonas con libaciones de chicha o hidromiel, de íntimo contenido alcohólico, las competiciones deportivas. Concebían el trabajo de un modo distinto que nosotros. "Mbaapó", apócope de "mbé apó", significa literalmente hacer cosas. No las hacían por obligación sino por el gusto de hacerlas; tanto que, si no tenían ganas simplemente no las hacían.

Cubiertas las necesidades, que eran pocas, sobraba el tiempo. Se lo dedicaba a la alfarería, el tejido, la cestería, el arte plumario, la confección de juguetes y otras artesanías cuyos fines utilitarios se subordinaban al placer que proporcionaba su ejecución. El avaré me enseñó a hacer canastos mientras hablábamos de filosofía. Me perfeccioné de tal suerte que hasta ahora lo practico como entretenimiento. Me sirve para pensar y recordar. Estos sillones en los que estamos sentados, los hice en mis ratos de ocio, que son muchos.

Disfrutaban de una salud de hierro. En todo el tiempo que estuve en la tava no supe de nadie que enfermara gravemente. Las enfermedades infecciosas eran un regalo de nuestra civilización, por lo que se mantenían prudentemente alejados de ella. Pero practicaban el aborto y usaban hierbas anticonceptivas al parecer eficaces. Según Alicia, los antiguos guaraníes querían tener muchos

hijos, eran antropodinámicos; pero, los que yo conocí tenían el espacio muy reducido, y eran conscientes de ello. Ya no contaban con un mundo abierto a la inquietud del hombre desde el mar Caribe hasta la Patagonia, desde el océano Atlántico hasta la cordillera de los Andes, para lanzarse a fantásticas expediciones a buscar en la tierra la Tierra sin Mal. Aquella pequeña tava escondida en un valle del Mbaracayú era uno de los últimos refugios de un gran pueblo.

Mirando a la plaza central de la aldea había un amplio cobertizo de techo de paja al que llamaban Casa de Descanso. No era un templo, sino un lugar destinado a la meditación. Cualquier varón adulto podía ir allí, echarse a pensar, y, si había otros, intercambiar los pensamientos. En la Casa de Descanso era preciso hablar en voz baja, en un idioma reservado para comunicarse con los dioses. En realidad no difería mucho del habla común, salvo por el mayor cuidado que ponían en la construcción de las frases y en el uso de palabras que seguramente eran cultismos y arcaísmos, pero que dada la estructura del guaraní eran comprensibles si uno ponía atención en sus componentes.

Tuve la evidencia de que era verdaderamente estimado por la tribu cuando mi amigo el avaré me invitó a ir con él a la Casa de Descanso. Desde entonces fui cuantas veces sentí la necesidad de hacerlo. En aquel sitio, que nada tenía de particular, se percibía la presencia de un espíritu con el cual uno se sentía íntima y profundamente identificado.

Para entonces yo era padre de un niño, al que llamaba Alfonso en memoria de mi padre; y Yerutí, Ara-verá, el Relámpago, en memoria del suyo. Ahora es empleado de contaduría. A veces me pregunto si no hubiera sido mejor para él dejarlo ser un indio.

Se había despertado en mí el sentido de la responsabilidad conyugal y paternal. Tenía pensado que, cuando el niño aprendiera a andar, debía llevarlos a él y a su madre al mundo al cual yo

pertenecía. Se lo dije a Yerutí y ella no opuso objeción alguna. Se empeñó en aprender un poco de español y algunas reglas elementales de urbanidad. La convencí de que usara permanentemente la túnica de tela de algodón que las indias usaban ocasionalmente. Comíamos en una mesa, con mantel, platos y cubiertos. Dormíamos en una cama. Pasaba horas contándole cómo había sido mi vida en Villarrica, hablándole de mi madre, de mis hermanos y hermanas menores; de mis amigos. Me escuchaba con vivo interés y me hacía muchas preguntas. Estaba seguro de que, por su aristocracia natural, en poco tiempo se convertiría en una señora de la que no tendría que avergonzarme, y sin duda sería admitida en el exclusivo Club Social de mi ciudad natal. Nuestras relaciones eran casi perfectas. No solamente nos amábamos y gozábamos, sino que también éramos buenos amigos y nos sentíamos a gusto el uno con el otro.

Mokirasé, siempre soltero porque no había mujer que lo aguantase, pero que tenía sus aventurillas con mujeres del prójimo, prácticamente vivía en nuestra casa. No era cargoso, sino por el contrario sumamente útil, pues mantenía nuestra despensa bien provista de carne, pescado y miel silvestre. Era para nosotros como un primo un poco tarambana, al que no se toma muy en serio pero al que se quiere mucho.

A Panambí la habían encontrado, siendo una criaturita, jugando con la arena del arroyo, junto a la cascada. Nunca pudo averiguarse cómo fue a parar allí. Fue adoptada por la tribu. Todas las familias eran suyas. La querían enormemente. Y yo también. Se entendía sin palabras con Yerutí, y a mí se me antojaba que había entre ellas cierta complicidad. El avaré no se avergonzaba de hacer mimos a nuestro hijito. Le causaba mucha gracia que lo tuviera encerrado en un corralito de tacuaras, puesto sobre una estera de juncos, como si fuera un animal.

Tal vez fue aquella la etapa más feliz de mi vida.

Una mañana, en la que Mokirasé, que había dormido en mi casa, se aprestaba a salir de cacería, le convencí finalmente que me llevara con él.

Las indias nunca contradicen al marido en presencia de otros hombres, pero esta vez Yerutí perdió los estribos y le dijo airadamente a Mokirasé:

–No quiero que mi esposo vaya contigo porque no cuidarás de él, y él no podrá cuidar de ti, como es deber de los guerreros, porque le será imposible controlarte. Cuando te pones a cazar te conviertes en un animal de presa, peor que un tigre; te olvidas de todo lo demás, te vuelves loco.

Mokirasé se echó a reír y le dijo, para tranquizarla:

–No nos alejaremos mucho, volveremos esta misma tarde con algún venadito y unas cuantas perdices. Macianó no da para otra cosa.

Yerutí iba a responder, pero le hice una seña terminante de que el asunto estaba decidido. Comprendió que sería bochornoso para mí desistir por los temores de una mujer. Me dio la espalda y fue a atender al niño, que se había puesto a llorar a gritos en su corralito de tacuaras.

–XXIV–

No me sentía muy seguro de haber hecho lo correcto cuando me interné en el monte con Mokirasé. Respetaba mucho la opinión de Yerutí, y si ella se había tomado la libertad de oponerse como lo hizo, sus razones tendría. Pero a poco andar, entusiasmado con la idea de acompañar al mejor cazador de la tribu, olvidé por completo mis aprensiones.

Los indios procuran no molestar a los animales cerca de sus tavas, porque constituyen una reserva a la que se puede echar mano en caso de necesidad. Parte de la jornada nos llevó llegar hasta un lugar donde podíamos dar comienzo a la cacería. Resolvimos, antes de hacerlo, refrescarnos en un arroyo. Fue allí donde encontramos las huellas de un tigre. Mokirasé las reconoció de inmediato: eran de Mararó, el Maligno.

–Es un diablo asesino –me dijo Mokirasé–, acecha y mata a mujeres y niños; fue el que se comió a Ñasaindy, la madre de Tarumá. Hace muchos fríos que elude las trampas y el acecho de los cazadores. Muchos quedaron marcados por sus dientes y sus garras.

–¿Qué vamos a hacer? –le pregunté, adivinando cuál sería la respuesta.

–Yo lo mataré y me lo comeré para nutrirme con su fuerza y su astucia. Tú regresarás a la tava; es demasiado peligroso para ti.

–¿Crees que soy un cobarde?

–No lo sé, no te conozco; pero, aunque fueras muy valiente no podrías enfrentarse con Mararó. Es un tigre mágico.

–¿Tú no le temes?

–No, porque yo también lo soy.

–Si tú no le temes, yo tampoco. Aquí tengo mi magia, mi revólver.

–No te dará tiempo a usarlo, ¡vuelve te digo!

–Juntos salimos, juntos regresaremos; ni yo puedo dejarte, ni tú puedes dejarme a mí.

Esta era una ley poco menos que sagrada entre los indios, y yo sabía que Mokirasé era un cazador obstinado, que no renunciaría a seguir el rastro de Mararó.

–¿Tantos deseos tenía de acompañarlo?

–Tenía veinte años, Francisco, quería cazar un tigre, ¿qué hubiera hecho usted en mi lugar?

–¡Francamente no lo sé!

Al cabo de unos días yo estaba exhausto, arrepentido de mi temeridad, preocupado por los temores de Yerutí ante mi tardanza en regresar. Mokirasé era rápido, incansable. Se deslizaba en la espesura con la facilidad de una anaconda. Con frecuencia se me adelantaba, dejándome solo, y volviendo a buscarme horas después, generalmente ya de noche. Lo esperaba con un trozo de carne asándose en el fuego. Hambriento, lo devoraba a dentelladas, en tanto gruñía sordamente:

–¡Lo alcanzaré, lo mataré, me lo comeré aunque tenga que seguirlo hasta el confín del mundo, donde acaban todos los bosques!

Aunque le cueste creerlo, le diré, Francisco, que Mararó se había dado cuenta de que lo estábamos siguiendo. En vez de huir

se burlaba de nosotros. Yo sentía en la piel su presencia aterradora. Oíamos muy cerca el ruido que hace el tigre al mover las orejas, parecido al que se logra haciendo sonar las coyunturas de los dedos, aunque mucho más fuerte... Así: ¡toc, toc, toc!

Bostezaba, bufaba, ronroneaba complacido; por todas partes encontrábamos sus huellas, olíamos el olor acre de su orín; se insinuaba fugaz y silencioso en la maleza, pero nunca al alcance de nuestras armas.

La pasión de Mokirasé acabó por transformarse en cólera. Se volvió intratable, ceñudo; raras veces me dirigía la palabra. Me daba a entender que lo estorbaba.

Una mañana al despertar encontré a Mokirasé muy ocupado mezclando carbonilla molida con una resina muy pegajosa llamada mangaisy. Sin decirme una palabra, se pintó en el rostro bigotes irisados iguales a los de un tigre, y manchas en el cuerpo desnudo. Su transformación fue tan completa que sólo le faltaba rugir. hecho esto, tomó sus armas y se fue. Yo, que estaba muy cansado y me sentía un poco enfermo, resolví aguardarlo sin moverme del lugar. Regresó de noche, hambriento y furioso. Permanecimos junto al fuego, sin hablarnos. En cuclillas, en el resplandor de la fogata, el indio pintarrajeado parecía un espíritu maligno.

De repente sentí un estremecimiento. En una rama, muy cerca y arriba de nosotros, los ojos de la fiera brillaban siniestros reflejando el fuego. Mokirasé se incorporó de un salto blandiendo su cuchillo.

–¡Baja diablo maldito, baja a pelear de tigre a tigre! ¡Baja, cobarde, si te animas!

Quedó flotando en el aire un olor nauseabundo: Mararó se había echado una meada. Un momento después sus rugidos acallaron los ruidos nocturnos de la selva.

–¡Ah, quieres que me enfurezca para que pierda la cabeza y me descuide! –gritó Mokirasé–: ¡No lo conseguirás! ¡Veremos

quién de los dos ruge más fuerte! ¡Veremos cuál de los dos es el más tigre! ¡Grua'aaa, grua'aaa, grua'aaa!

Rugía Mokirasé golpeándose la boca con la palma de las manos, haciendo contrapunto a los rugidos de Mararó, entre aleteos y galopes de los habitantes de la selva que huían despavoridos.

–¡Se había vuelto loco!

–Fue lo que pensé, y ya no supe si temer más a Mararó o a Mokirasé.

Amanecí volando de fiebre. Propuse regresar a la tava. El indio me dijo, sin mirarme:

–No temas, Mararó no te atacará, es una guerra entre tigres.

Traté de explicarle que no se trataba de eso, sino de que estaba enfermo y ya no podía continuar. Soltó una carcajada gutural, agresiva.

–Entonces regresa solo; te regalaré cuando yo vuelva la uña del dedo chico de la pata trasera izquierda de Mararó, para que con ella le rasques la espalda a tu mujer.

–No matarás a Mararó y es posible que él te mate. Vuelve conmigo, no puedo abandonarte; si dos guerreros salen juntos, juntos han de regresar; es la ley de la tribu. Si me dejas serás un hombre sin honor, te expulsarán de la tava.

En los ojos de Mokirasé llameó la locura. Creí que iba a arrojarse sobre mí. Ostensiblemente llevé la mano a mi revólver.

–¡Eres un paraguayo, un enemigo! ¡No eres un guerrero, no eres un guaraní, no eres nada, no eres nadie! ¡No estoy obligado a llevarte de regreso! ¡Vete ya o peleemos a ver cuál de los dos ha de quedarse muerto!

Agazapado, en posición de lucha, aguardó mi respuesta. Le miré desdeñoso, sin dar muestra de temor. Entonces me dio la espalda y se internó en la selva, dejándome solo.

-XXV-

Nos habíamos alejado mucho de la tava. Con tantas vueltas que nos hizo dar Mararó yo no estaba seguro de acertar el rumbo. Me subía la fiebre. Acabó por sumirme en el delirio. Caminaba como en sueños, pero sin atropellar matorrales espinosos, enredarme en lianas, tropezar ni caer, como si una mano invisible me guiase y sostuviese. Formas confusas, evanescentes, corrían a mi alrededor, saltaban de rama en rama como monos traviesos. Me hubiese extraviado sin remedio si no hubiese salido por casualidad al arroyo que, la primera vez, me condujo al providencial encuentro con la niña muda.

Me dejé caer en la corriente y permanecí allí largo rato para que su frescura me aliviara la fiebre. Cuando me sentí un poco mejor, avancé tambaleando por el lecho de arena con el agua hasta los tobillos. Al llegar al remanso vislumbré a Panambí transfigurada en una bellísima doncella que salía de la cascada como una aparición.

De ahí en más sólo recuerdo vagamente una sucesión de atroces pesadillas. Mokirasé, transformado en un tigre, me acechaba en el bosque. Las ramas de los árboles se retorcían como serpientes, se extendían y me atrapaban. Mararó se arrojaba sobre Panambí, que en vano trataba de gritar pidiendo auxilio con su garganta sin voz. Desperté en una hamaca gritando:

–¡Panambí, corran a socorrer a Panambí, la está matando Mararó, el tigre mágico!

Yerutí me aferró de los hombros y me obligó a acostarme de nuevo. Estaba bañado en sudor, tembloroso de espanto. Me dio de beber una pócima que me procuró un cierto alivio. Cuando hube tomado conciencia de dónde me encontraba, mi mujer me contó que Panambí me había encontrado desvanecido en el arroyo, cerca de la cascada. Después había pasado dos días delirando de fiebre.

–El avaré vino varias veces a verte –me dijo Yerutí–, quiere saber qué le pasó a Mokirasé; todavía no ha regresado.

Le conté brevemente lo ocurrido.

–Creo que Mokirasé se ha vuelto loco –concluí.

–Te lo advertí, es su alma de fiera que se apodera de él cuando entra en el bosque.

De nuevo tuve un sobresalto.

–¿Dónde está Panambí?

–¡Oh, no temas por ella! Nadie puede hacerle daño, ni siquiera Mararó.

Quedé dormido, no sé por cuánto tiempo. Me despertó una gritería espantosa. Adiviné lo ocurrido con deslumbradora claridad. Salté de la hamaca y corrí a la plaza.

Mokirasé tenía en sus brazos el cadáver de Panambí. Corría en círculos, enloquecido, lanzando un bramido estremecedor.

–¡Gua'i'uu'ay'na'aaa! ¡Gua'i'uu'ay'na'aaa!

No me di cuenta enseguida de que estaba sollozando. Era un dolor terrible, desbordado, salvaje. El espectáculo era asombroso para mí, porque le puedo asegurar, Francisco, que en cincuenta años que llevo en estos bosques, fue la primera y única vez que vi llorar a un indio.

Las mujeres prorrumpieron en lamentaciones, alaridos, aullidos espeluznantes. Se revolcaban en el suelo, se arrancaban los cabellos a puñadas, se sangraban el rostro con las uñas.

Levantaban los puños hacia el cielo lanzando terribles imprecaciones. Los niños lloraban a gritos o corrían a refugiarse en escondrijos.

Llegó corriendo una mujer desnuda, con un arco y flechas en las manos. Giró en torno a la plaza a grandes saltos, bajando y levantando el torso y la cabeza en una danza frenética, lanzando flechas a lo alto, imprecando en alaridos:

–¡Cuarajhy, Cuarajhy, nde rejhechá, nde reyucá!

"Sol, Sol, tú lo has visto, tú la has matado!"

–¡Cuarajhy, Cuarajhy! –aullaban las mujeres, con los puños en alto, llenas de furor contra el Sol que había contemplado indiferente un crimen tan horrendo. Panambí era el corazón de la tribu; encarnaba la amistad con la naturaleza; la creían inmarcesible, invulnerable. El mundo se les desmoronaba.

–¡Sol, Sol, tú lo has visto, tú la has matado!

No reconocí en ese momento a Yerutí en la mujer de las flechas.

Entonces apareció el avaré con la cabeza cubierta de adornos plumarios y un manto de ceremonias echado sobre los hombros. Se plantó en medio de la plaza. Levantó los puños. Lanzó un grito tremendo que resonó con la fuerza de un cataclismo.

Fue como un tajo. La calma se hizo en el acto. El avaré había asumido el mando. Era una emergencia que hacía necesario que un hombre se impusiera sobre la histeria colectiva.

–XXVI–

Mokirasé había matado y comido a Mararó. Volvió orgulloso, trayendo como trofeo la piel del tigre mágico, cuando encontró a Panambí flotando en el remanso del arroyo, bajo la cascada. Su cuerpecito endeble mostraba que había sido brutalmente golpeada y violada.

Los guerreros echaron mano a sus armas y acudieron a la Casa de Descanso. Fui con ellos.

Había un sordo pesar, una callada indignación. Permanecieron silenciosos, alimentando su ira. Unos estaban en cuclillas, otros sentados en troncos o echados en yacijas de estera. Al acabar de oscurecer, avivaron el fuego de un fogón que había en el centro. En las cambiantes luces de las llamas asomaban como máscaras rostros broncíneos, concentrados. Nadie había dicho una palabra.

Finalmente habló el avaré. Antes de entrar a la Casa de Descanso se había despojado del manto y los adornos. Era un hombre desnudo como los demás.

–Ni los ancianos más memoriosos recuerdan ni tienen noticia de que haya cometido en nuestra tribu un crimen tan espantoso. No pudo haberlo hecho un Ñamandú-recoé, un hijo de nuestro padre Ñamandú, Verdadero el Primero.

Hubo murmullos de aprobación.

–¿Quién entonces?

–¡Paraguayos! ¡Paraguayos!

–Eso pensé en mi lecho de descanso. Máscaras grotescas de Ñamandú han invadido la pelusa del mundo. Seres atribulados que se atormentan los unos a los otros; que se odian a sí mismos y a todo lo demás; que destruyen el bosque y matan sin necesidad; que viven en el desenfreno y hacen el amor como las bestias, ¡sólo ellos hubieran tenido la increíble crueldad de violar y matar a una niña indefensa que jugaba con los espíritus benéficos del bosque y de las aguas!

–¡Jhu'uum...! –mugieron sordamente, con los labios apretados.

–Sin duda lo hubieran hecho de haberla hallado a su paso; pero estamos lejos de sus tavas y ellos raras veces se atreven a llegar hasta aquí... ¿Quién lo hizo entonces?

Sentí un escalofrío: todas las miradas se posaron en mí.

–No; todos sabemos que Macianó estaba en su hamaca, postrado por la fiebre. En su delirio vio que Panambí era atacada por Mararó, el Maligno. Macianó no lo hizo; Macianó es nuestro amigo; Macianó no es un indio, pero sí un verdadero ser humano. La amaba a Panambí tanto como nosotros.

Comprendí que sin aquella coartada me hubieran atribuido el crimen y hubiese sido condenado y ejecutado en el acto. Hice un esfuerzo grande para ocultar mi alivio y permanecer impasible como los demás. Para ellos el dominio de sí mismo era el rasgo distintivo de los Ñamandú-recoé, de los verdaderos hijos del padre Ñamandú. En aquel proceso lo pusieron a prueba en una suerte de ordalía.

–Si los extraños no lo hicieron, si Macianó no lo hizo –continuó el avaré–, ¿quién pudo lastimar y matar a una hermanita, la más débil de todas, a la que todos estábamos obligados a servir y proteger?

Hubo un largo silencio. Cada cual buscaba al culpable en sus adentros. De pronto Mokirasé se puso de pie y habló a gritos, desesperado, conteniendo los sollozos:

–¡Entonces quién! ¡Quién mató a Panambí! ¿No habré sido yo mismo? Yo maté a Mararó y me lo comí. Tal vez su alma vengativa penetró en algún hombre para con sus manos destruir lo que yo más amaba en esta tierra amarga e imperfecta de los largos sueños pesarosos. ¡Yo maté a Mararó, el tigre mágico, pero dejé escapar su espíritu maligno y atraje su venganza! ¡Mátenme, hermanos míos, arrojen mi cuerpo al fuego, devórenme para expiación de esta culpa terrible que sobre mí han descargado los dioses!

Como si nada hubiera oído, el avaré habló en voz baja, pausada, impersonal:

–No levantamos la voz en la Casa de Descanso para que nuestro espíritu inhumano no perturbe nuestras meditaciones, y el padre Ñamandú se incline a escuchar las voces que se elevan desde los corazones de los Ñamandú-recoé que habitan su morada terrenal imperfecta.

Abrumado, tembloroso, Mokirasé volvió a sentarse en cuclillas.

–El Hombre, el Yvypóra, Fantasma de la Tierra, tiene cuatro almas, una de las cuales es de naturaleza bestial, que aflora cuando las tres restantes no consiguen dominarla. Si la bestia se desata, el Hombre deja de ser lo que es para convertirse en una fiera. El causante de la muerte de Panambí está entre nosotros, pero ya no es uno de los nuestros.

Tensos murmullos fueron creciendo en intensidad hasta volverse inteligibles:

–¡Yaguareté-avá! ¡Yaguareté-avá! ¡Yaguareté-avá!

–¡Sí, un Yaguareté-avá, un Hombre-tigre! Es preciso saber

en quién se oculta, para aniquilarlo antes de que destruya a nuestra tribu.

No se habló más. En silencio pasó el resto de la noche. Con mi única excepción, cada uno sabía lo que tenía que hacer. Construyeron en el centro de la plaza una gran jaula de tacuaras, sujetas con lonjas humedecidas de cuero de tapir, que, al secarse, ciñeron firmemente barrotes y travesaños.

–XXVII–

Cerca de allí, bajo una arboleda, tocada con bellísimos adornos plumarios, el cadáver de Panambí yacía en una hamaca cubierta de flores. Sentados en círculo a su alrededor, las mujeres y los niños batían pausadamente palmas coreando canciones de cuna.

¡Eyeiyé, eyeiyé, eyeiyé!
¡Canta bambú, canta, canta!
¡Eyeiyé, eyeiyé, eyeiyé!
¡Hamaquita, hamaquita en la que yo me extiendo!
¿Quién me dará de mamar para el descanso?
¡Eyeiyé, eyeiyé, eyeiyé!
¡Canta, bambú, canta, canta!
¡Eyeiyé, eyeiyé, eyeiyé!

El efecto era desgarrador. Los ojos estaban secos, los rostros impasibles. Hubiese querido escapar de allí, esconderme a llorar como un mísero cristiano por la ondina del arroyo, por la celestial Panambí, la protegida de la Abuela del Bosque, que despertaba la bondad en las serpientes y en las fieras, y que había sido destruida por el espíritu maligno de un tigre mágico que penetró en el alma de un hombre para ejecutar su venganza. Pero el avaré me había advertido que no saliera de la tava y procurase mantenerme todo

el tiempo a la vista de los demás. Con Yerutí no había vuelto a hablar desde la víspera. Andaba con el niño a cuestas con las otras mujeres, que no dirigían la palabra a ningún hombre, como si todos fuéramos culpables de lo ocurrido.

Las estrofas se repetían una y otra vez, con ligeras variantes.

¡Hermanita, hermanita,
después de haberte ido,
dónde estarás?
Estaré en la fuente del arroyo angosto.
¡Eyeiyé, eyeiyé, eyeiyé!

Una tristeza cada vez más profunda se adentraba en el alma en tanto pasaban las horas.

Me recuesto, me recuesto
en el horcón de tu casa,
donde sé que no estás.
Ya no sé dónde estás.
¿Dónde estás, hermanita?
¡Eyeiyé, eyeiyé, eyeiyé!
¡Canta bambú, canta, canta!
¡Eyeiyé, eyeiyé, eyeiyé!

Al caer el sol acurrucaron el cuerpo de Panambí en una vasija de barro cocido. Cuatro guerreros armados la llevaron a enterrar en algún lugar del bosque que solamente ellos conocerían. Allí debía permanecer oculta, acurrucada, esperando que la tribu hallase finalmente la Tierra sin Mal, donde la verdadera Panambí, no la imagen imperfecta que conocimos en la pelusa del mundo, se encontraría de nuevo entre los suyos.

–XXVIII–

Esa noche, a la vista de la jaula, los hombres se reunieron torvos y silenciosos en torno de una fogata. Aunque ignoraba el significado y el objeto de aquel cónclave, asistí yo también.

Era un tribunal. No se veía al acusado, el Hombre-tigre, quien sin embargo se encontraba presente en cada uno de nosotros.

No se dijo una sola palabra en toda la noche.

–¿No deliberaron?

–No; cada cual debía deliberar consigo mismo y nadie más. Sólo se oían los ruidos del bosque y el crepitar de la fogata, que se fueron apagando hasta extinguirse por completo hacia el amanecer.

Lo mismo ocurrió las noches siguientes. De día los hombres dormitaban en sus hamacas, sin decir una sola palabra, pero sin dejar de observarse. Había cundido el espíritu de desconfianza entre individuos que, hasta entonces, por necesidad y por costumbre se habían fiado absolutamente unos de otros.

Las mujeres se mantuvieron apartadas. Se extremó la vigilancia de los niños. Se suspendió la cacería y la recolección. La tribu se mantuvo con el producto de sus huertas. Hasta la naturaleza parecía participar de la tensa expectativa. El calor era

denso, sofocante. No soplaba una brisa. Solamente las cigarras turbaban el silencio con sus tensos chirridos.

En el ruedo de las noches se destacaba la figura gigantesca de Mokirasé. Tenía la mirada fija, concentrada, cruel, como al acecho. Poco a poco, en noches sucesivas, fue dando muestras crecientes de impaciencia, como si tuviera los nervios alterados. Fue atrayendo y concentrando la atención de los demás. Ojos entrecerrados atisbaban recelosos sin perder detalle de su manera de moverse, de apartar la mirada, de suspirar y respirar. Una noche, de repente, como movidos por súbita inspiración, se arrojaron sobre él. No se resistió. Lo encerraron en la jaula.

–¿Creyeron haber identificado al asesino?

–No; el juicio recién comenzaba; como diría usted, estaba en su etapa indagatoria. Pero creo que antes que al ejecutor material del hecho, buscaban al culpable.

–¿Un instigador?

–No es tan sencillo. No creo que nadie pensara que Mokirasé había violado y matado a Panambí. Y en verdad no lo hizo. Años después me enteré por casualidad que quienes violaron y mataron a la indiecita fueron unos descubierteros que andaban por esos montes buscando yerbales.

–Ya vio usted, don Marciano, que no hay procedimiento judicial completamente seguro. El nuestro sin embargo prevé una serie de recaudos muy estrictos para evitar, en lo posible, que sea condenado un inocente. Los cumpliré al pie de la letra para que no se cometa una injusticia con Alejo Benítez.

–Estoy seguro de que lo hará, señor juez, es usted un hombre honrado. Creo no obstante que no me ha entendido.

–¿Que no le he entendido?

–Tal vez el fallo de aquel salvaje tribunal del silencio no haya sido del todo injusto. Mokirasé no mató a la niña muda, pero quizá se sintió capaz de hacerlo. Había cazado y comido a Mararó, el tigre mágico, cuyo espíritu encarnado en cualquier hombre, acaso en el mismo Mokirasé, se vengó en Panambí. Para él esta era una posibilidad completamente real. Por eso no pudo resistir la prueba... y porque era nomás el Hombre-tigre, lo he visto con mis propios ojos.

–¿El Hombre-tigre? ¿Cómo es eso?

–Lo sabrá si tiene un poco más de paciencia, aunque ya está clareando.

–¡Desde luego!

De día dejaban solo a Mokirasé, encerrado en la jaula, a pleno sol. Como si fuera un temible animal, le arrojaban de lejos la comida y le alcanzaban un poco de agua en una calabaza atada en la punta de un palo. De noche las indias avivaban el fuego y la tribu entera danzaba alrededor de la jaula coreando monótona, impersonal:

¡Yaguareté-avá!
¡Yaguareté-avá!
¡Yaguareté-avá!

Mokirasé, en cuclillas en el centro de la jaula, se mantenía impasible y silencioso. De tanto en tanto se pasaba la lengua por los labios resecos, o se los mordía como si estuviera haciendo un supremo esfuerzo de voluntad.

¡Yaguareté-avá!
¡Yaguareté-avá!
¡Yaguareté-avá!

Gutural y profundo retumbaba el canto de la indiada, que repetía la misma cosa golpeando rítmicamente el suelo con los pies desnudos, provocando en la tierra afiebrado temblor.

–¿Qué pretendían?

–Estaban induciendo a Mokirasé a que se juzgase a sí mismo; y, al mismo tiempo, que hiciera lo propio cada uno de los integrantes de la tribu, porque en todos ellos, sin excepción, se ocultaba el alma de una fiera.

–¿Cuánto tiempo duró aquel bárbaro proceso?

Perdí la cuenta de las noches y los días. Aquello transcurría como en la obsesiva pesadilla de un loco. La tensión fue creciendo hasta hacerse insoportable. Yo, que era un mero espectador, sentí que me ahogaba una inquietud desesperada, producida por el miedo de mí mismo. Un espíritu perverso, sanguinario, amenazaba dominarme. Tuve ganas de rugir, de matar, como si yo fuera el Hombre-tigre, causante de la muerte de la indiecita. Me repetí una y mil veces que tal cosa era imposible, puesto que había estado enfermo, postrado en una hamaca, cuando el crimen se produjo. Pero me espantaba la idea de sentirme capaz, y acaso deseoso, de haberlo cometido, al tiempo que luchaba contra la aterradora compulsión de purgarlo aunque, de hecho, fuera inocente.

Una noche las pupilas de Mokirasé reflejaron el fuego, continuamente alimentado por brazadas de leña seca que le echaban

las mujeres. Emitió un rugido sordo, amenazador, por la comisura de los labios. La boca se le llenó de espuma. De pronto, como si hubiera llegado al límite de su resistencia moral, lanzó sus últimos gritos con apariencia humana.

–¡Ay'na'aaa! ¡Ay'na'aaa! ¡Ay'na'aaa!

Aferrado a los barrotes de la jaula lanzaba desgarradores alaridos, que retumbaron en la selva provocando estampidas y bandadas de aleteos.

Calló el coro, se detuvo la danza. Los guerreros enfrentaron al preso blandiendo sus armas, dando brincos en el aire y patadas en el suelo, insultando y desafiando a pelear al Hombre-tigre.

Mokirasé se puso en cuatro patas; se le erizaron los cabellos; se le contrajo el rostro en la mueca espantosa de la cara de un tigre; gateó dentro de la jaula rugiendo enfurecido.

Las mujeres se revolcaban en el suelo, sangrándose la cara con las uñas. Los niños arrojaban piedras y basuras a la jaula, en gozosa algarabía, como ocurre en las fiestas pueblerinas en la quema del Judas. La indiada retozaba jubilosa, aliviada por haber identificado al Hombre-tigre y poder transferirle la fiera que cada uno de ellos llevaba dentro de sí mismo y amenazaba a la tribu.

Hostigado por la gritería y los proyectiles que le arrojaban, Mokirasé rugiendo cada vez más enfurecido, dio contra los barrotes de la jaula zarpazos tan violentos que rompió varios de ellos. Entonces lo dejaron salir, le dieron luz de escape, lo persiguieron y lo mataron a palos.

El cuerpo aún palpitante de Mokirasé fue arrojado en la hoguera. Riendo, burlándose, dando alaridos, se acercaban al cadáver imitando grotescos los movimientos de un tigre, haciendo morisquetas y ademanes como si lo estuvieran devorando. Vi con horror que entre ellos estaba Yerutí, con el rostro deformado por una mueca bestial.

Al día siguiente, apesadumbrados, abatidos, quemaron chozas, sementeras, todo lo que no podían cargar, y la tribu emigró a otros parajes, siempre en procura de la Tierra sin Mal.

–¿Qué hizo usted, don Marciano?

–Cargué a mi hijo y escapé a la civilización.

–¡Es comprensible!

–Nunca sabré si hice lo correcto. Horrorizado por lo que había visto, no me detuve a pensar que Yerutí era una india, y olvidé que la amaba. Cuando me di cuenta de lo que había hecho, ya era demasiado tarde para volver atrás.

–¿Qué fue de Yerutí y de su tribu?

–Un cacique de indios mansos me contó que se fueron hacia el Brasil. No se supo más de ellos.

–¿Se casó usted, don Marciano?

–¡Oh sí, tengo una buena esposa, hijos brillantes, nietos! Mi familia reside en la ciudad de Encarnación. La voy a ver de vez en cuando y a veces ellos me visitan. He sido un hombre afortunado.

–¿De veras?

–¿Por qué no? Además aquí tengo una amante.

–¡No me diga!

–Caa-yaryi, la Abuela del Bosque.

–¿Cuál de ellas? ¿La hembra-demonio, de los mineros paraguayos, o el genio tutelar de la naturaleza, de los indios guaraníes?

–¡Cómo saberlo, mi amigo, es una mujer!

* * *

Se terminó de imprimir
en agosto de 2001,
en QR Producciones Gráficas.
Tte. Fariña 1074.
Telefax: 214 295
Asunción-Paraguay

"...Las grandes empresas que se adueñaron de nuestros bosques después de la Guerra Grande crearon un sistema de explotación despiadado, que para ser más eficaz contemplaba el completo embrutecimiento de sus víctimas, las cuales en rigor tenían un período de vida útil inferior al que tuvieron los esclavos en las fazendas del Brasil. Muchos de los que caían en sus redes acababan por olvidar sus pueblos, las dignas tradiciones patriarcales del campesino paraguayo, a sus familias, y al cabo no sabían siquiera sus propios nombres. Algunos se olvidaban de las mujeres. Se hacían amantes de Caa-yaryi, de la Abuela del Bosque, una hembra celosa e insaciable que los visitaba en sueños y exigía fidelidad absoluta..."

La abuela del bosque, Juan Bautista Rivarola Matto.

Juan Bautista Rivarola Matto (1933-1991). Se nutrió desde muy joven en las costumbres y tradiciones del pueblo paraguayo, al que comprendió y amó por sobre todas las cosas. Como muchos de su generación, tuvo una activa participación en la azarosa vida política del Paraguay, conociendo las persecuciones y el exilio. Fue parte de los grupos armados que combatieron la dictadura de Alfredo Stroessner en la década de los '60. Incursionó en las carreras de derecho y filosofía en la Universidad de Buenos Aires.

Volvió al país en 1979 y fue editorialista y columnista en importantes diarios de Asunción. En 1980 fundó y dirigió Ediciones NAPA, que convirtió al libro paraguayo en protagonista de la vida nacional. Publicó: *Yvypóra*, *De* cuando *Kara'i Rey jugó a las escondidas*, *Diagonal de sangre*, *La isla sin mar*, *El santo de guatambú*, *Bandera sobre las tumbas*. Escribió además dos obras de teatro: *El niño santo* y *Vidas y muerte de Chirito Aldama* e innumerables cuentos, artículos y ensayos de carácter político, histórico y literario.